Volver a conocernos

José Luis Romero

Una pequeña historia de amor

Volver a conocernos

José Luis Romero

Para Digna, la mejor madre del mundo

Pero el dos no ha sido nunca un número
porque es una angustia y su sombra,
porque es la guitarra donde el amor se desespera,
porque es la demostración de otro infinito que no es suyo

FEDERICO GARCÍA LORCA,

«Pequeño poema infinito»

Sombragris

No la quiero, ahora mismo preferiría que no existiera. Es noche cerrada, no corre nada de aire, no se oye un ruido. A lo lejos, gracias al destello de la ciudad, se adivina el bullicio de Madrid. Abro el portón de nuestro adosado, me paro antes de pisar la acera y miro hacia atrás. Puedo estar en la puerta mirando la casa que abandono el tiempo que estime adecuado porque no soy un fugitivo. Un domingo de septiembre, donde el verano no sabe qué hacer, estoy a punto de salir de la casa familiar, de nuestro hogar, donde llevamos viviendo los últimos diez años. El verano duda con su aliado el alquitrán si apretar con su calor. Duda si saber retirarse, dejando que las noches empiecen a refrescar sin buscar excusas; saber marcharse, lento, pero con paso firme. La luz de la cocina sigue encendida. Hemos discutido tan fuerte, con tanta violencia contenida, que me he dado miedo. Todavía me tiemblan los labios, me rechinan los dientes y el pulso no encuentra su compás. Arritmias, cadencias, taquicardias como solo un corazón sabe intentar volver a coger su ritmo. Intento ver si sigue ahí, gritándome, escuchando cómo le gritaba. Cuando me esfuerzo por identificar si la sombra que asoma entre el espacio de las dos cortinas que nos protegen de las miradas es ella cogiendo un vaso de agua, la luz de la cocina se apaga. Y todo lo que era un torbellino hace apenas una hora, donde el viento no sabía a quién arrastrar, a quién empujar para darle fuerza, se ha quedado en nada, en un silencio tan absoluto que nadie sería capaz de imaginar que en esta urbanización de un pueblo de extrarradio las casas están llenas de familias que cenan felices.

Duda el verano, siempre en septiembre, si sabrá cómo marcharse. No sale a mirar cómo escapo, cómo me marcho.

Ahora, desde aquí, solo es eso, una casa, igual a los treinta adosados restantes, imposible de identificar en cuanto dé unos pasos y pise la acera. No huyo, así que puedo mirar hacia atrás las veces que quiera, porque aquí, desde la puerta, ya no soy un preso. Sale primero de la casa la maleta, tan pequeña, tan liviana en peso que puedo arrastrarla delante de mí sin mayor esfuerzo. La ropa de verano pesa menos, las culpas después de agosto son ligeras. Cómo vamos a ser felices si ni siquiera sabemos disfrutar de las vacaciones juntos.

Intento que no sea un portazo, pero me temo que el golpe, ayudado por el silencio, ha sonado fortísimo. Lucho por respirar, pero solo jadeo. He empaquetado lo imprescindible en una de esas maletas pequeñas que compramos para nuestro primer viaje a Londres, pues no queríamos tener que facturar nada para no perder ni un minuto de la escapada. Me ha costado mucho decidir qué llevar y qué dejar, sabiendo que al menos en unas semanas no quiero volver a por el resto de las cosas. He repasado una y otra vez lo importante: llaves del coche, cartera y móvil. Dos mudas, tres camisas, dos «chinos». Estoy sudando sin haber hecho ningún esfuerzo. Noto como caen gotas desde la axila. Es un sudor tan frío que hace que tiemble cuando resbala por el costado. Miro la ventana del cuarto de Hugo, nuestro hijo de ocho años. Doy por hecho que, o bien no llegó a dormirse, o lo habremos despertado, ya que llevamos desde la cena discutiendo, y ahora ya es casi medianoche. Nuestras discusiones son siempre iguales. Cautelosas, lentas, desafiantes. Los domingos tarde-noche son para pasar tiempo los tres juntos. Una regla que nos pusimos cuando aún creíamos que había algo que arreglar. Pizzas y película de Netflix elegida en turnos rotativos, aunque, cuando no recordamos a quién le toca, termina eligiendo Hugo. Ocio

organizado y premeditado. Ocio mentiroso. Hoy había escogido otra de superhéroes que nos narraba entusiasmado al saber lo que iba a ir pasando, ya que el año pasado fuimos a verla juntos al cine. Cada uno de nosotros estábamos en un extremo del sillón parapetados detrás de nuestros móviles. Hugo, en medio, relataba escenas, nombres de personajes, curiosidades de los superhéroes, y aplaudió entusiasmado cuando en la batalla final ellas y ellos se enfrentaron al villano y sus secuaces. No la veía, no me veía, nos tapaban los móviles. A cada mirada de Hugo indicándome que no me pierda algo, contesto con expresiones manidas, del tipo «qué guapo», «vaya pasada», «increíble»... La chispa salta, nos rodea, nos persigue hasta que nos encuentra.

Algo tan fácil como a quién le toca recoger la cena hace que todo prenda. Hugo, que ya está acostumbrado, nos ha mirado con la parsimonia de alguien que ya no se asusta fácilmente. Seguro que a ambos nos daba igual quién debería recoger, pero nos buscamos y siempre nos encontramos. Recogió la cena él, los tres platos, los tres manteles individuales y los tres vasos. Haciendo varios viajes a la cocina y en silencio. Tan sigiloso que hasta pasados unos minutos no nos dimos cuenta de que nos habíamos quedados solos, nosotros y ellos, los superhéroes, algo que, seguro, hace mucho que dejamos de ser para Hugo. Lo único que nos queda en común.

La voz. Nuestras voces. Cada uno intentando imponer la suya por encima de la del otro.

Hace años, en las primeras discusiones, se acercaba, posaba su pequeña mano casi sin presión en una de nuestras bocas. Otras veces nos chistaba, nos mandaba callar. Otras, solo decía «ven». Con un hilo de voz fácil de romper, pero que aún nos servía para cosernos. A uno de los dos, al que tuviera más cerca. Y nos apaciguaba. Nunca tuvo predilección por uno de nosotros, simplemente elegía a quien más le convenía en cada

momento. Nos hacía levantar, tirando sin fuerza de alguna de nuestras manos.

«Ven». Puedo oírlo decir desde la distancia que deja el paso de los años.

Seguíamos discutiendo de pie, no nos dábamos tregua. Nuestras voces no iban al unísono. Ninguno callaba, nadie escuchaba. Solo cuando nos poníamos uno al lado del otro nos aplacábamos. Seguíamos mirándonos con rabia mientras, por dentro, continuábamos la discusión. Tú, mi poco interés en la casa; yo, que no ves todo lo que también hago. Yo, que el problema es que solo hay una manera de hacer las cosas, la tuya; tú, que hay que hacerlo bien, atendiendo a todo lo demás. Tú, que no entiendes qué hago tanto tiempo delante del ordenador; yo, que no sé por qué te pasas las tardes perdiendo el tiempo delante del televisor. Yo, tú. Pero ya no nosotros. No queda nada de lo nuestro.

Hugo. Hugo sí es nuestro.

Cojo el utilitario que tenemos aparcado en la calle, el coche de batalla. Dejo el familiar y el de empresa para poder salir más rápido, por no hacer ruido con la puerta del garaje. Un Seat Ibiza de color gris con roces en ambos lados, golpes tanto delante como detrás, pero de cuyo estado de conservación no tenemos que preocupamos. Lo elegí de ese color porque oficialmente el coche es de color Sombragris, como el caballo de Gandalf. Busco las llaves del coche. Abro el maletero y dejo la maleta. Me palpo los bolsillos para comprobar que llevo la cartera y el móvil. Lo toco, pero no quiero mirarlo. Hay un hotel a la salida de este pueblo que hace las veces de dormitorio de la capital. Madrid es un gran salón donde todos comemos en mesas comunales en las que solo se sirve comida rápida. Alrededor de ese salón principal se encuentran las diferentes estancias de la mansión. Siempre me lo he imaginado así. Las carreteras que llevan la letra «A» son los

pasillos que conducen al gran salón, pero desde diferentes destinos. La A-4 es un pasillo bullicioso, viene desde el cuarto de los niños; la A-3 parte de la buhardilla, donde está la mesa de billar, que siempre es un lugar a donde huir para relajarte unas horas; la A-6 se pasa el día pensando en volver, te quiere tener cerca, es la cocina, que se sabe indispensable para el resto. La A-5 es la entrada de la casa, siempre abierta, recibiendo a buena gente que quiere traer queso, jamón y demás embutidos para compartir con el resto; la A-2 viene de la casa de al lado, a cuya mesa puedes ir a comer porque sabes que te esperan; por último, la A-1 parte de los baños impolutos de una casa de bien, siempre limpios, porque no sabes cuándo tendrás que usarlos.

El Ibiza ya sufre de reuma, le cuesta arrancar así, en frío, como a un caballo ya envejecido. Meto la llave, la giro. Suena el motor, pero el caballo no camina. Insisto, vuelvo a girar las llaves. Hace amago de arrancar, parece que sí. Solo le queda un último empujón. Insisto. El Ibiza arranca y pongo, con la energía que ya requiere la caja de cambios, la primera marcha. Aún relincha, aunque le pesan los años.

Conduzco despacio. Me limpio la cara con la manga de la sudadera de los paseos matutinos de los domingos. La misma que suelo ponerme para ir al pinar de cerca de casa. Hoy no fuimos, pero durante muchos años, palos y piñas fueron cómplices de nuestros juegos entre los troncos de los pinos. La sudadera está llena de grasa; esta madrugada, antes de que se despertaran, salí yo solo con la bicicleta. Tuve que poner la cadena varias veces, pues no paraba de salirse. Me cambié nada más llegar y la dejé en la entrada del adosado, junto a la bicicleta de montaña. Como me he ido de este modo, era la única prenda que tenía a mano para ponerme.

Las farolas se van encendiendo mientras galopo. «Un capricho innecesario» dijo que era la bicicleta cuando me vio

llegar con ella. Recuerdo la escena como si hubiera sido ayer. Yo llegué triunfante, alegre, ilusionado con una nueva bicicleta de montaña, y en cuanto vi su cara supe que había sido un gasto extra e innecesario. Tú, con la comida a medio hacer, recordándome que tengo que arreglar la puerta del garaje, que no cierra bien; yo, deseando que me dijeras que me diera una vuelta con Hugo. Hugo nos miraba, bajaba la vista hacia su consola portátil, dando a entender que lo ha visto tantas veces, que ya ni se preocupaba. No paso de treinta kilómetros por hora en ningún momento. Veo las luces del hotel, localizo la forma de entrar en el aparcamiento. Hay pocos coches, así que lo dejo cerca de la entrada. Me miro en el espejo del coche. Me atuso el flequillo para disimular las entradas, me vuelvo a limpiar la cara, me paso el dedo índice por debajo de los ojos buscando alguna lágrima rabiosa que haya podido quedar suelta. Sola, convencida de que alguien vendrá a por ella, que su ira está justificada, pero que se secará y aquí no habrá pasado nada.

Dejo el coche en punto muerto, echo el freno de mano. Cierro la puerta con la cautela que da saber que son más de las doce de la noche de un domingo y tengo que buscar dónde dormir. No puedo pasar otra noche de sofá para que a la mañana siguiente parezca que todo está bien. Han sido tantas noches en el sofá después una discusión, que ya he perdido la cuenta, tantos días en los que la rutina termina haciéndose la dueña de los enfados y los pactos tácitos y silenciosos que se gestan en paseos a la cocina, nuestro lugar de encuentro, para terminar volviendo al punto de partida al cabo de unos días. Salida, una discusión; la meta, el silencio. No hay nadie más en el aparcamiento, solo tres farolas. Siempre tres.

Abro el maletero y arrastro la maleta. Compruebo por enésima vez que lo llevo todo, cartera, llaves y móvil. No lo quiero mirar, tampoco quiero apagarlo. No hay nada que

resulte más terapéutico para ambos que estar unos días sin hablarnos, solo con la careta de padres puesta. El problema de las caretas, y de los disfraces en general, es que empiezan a molestar al cabo de unos días y, al final, cualquier elástico que nos apriete más de la cuenta termina haciendo daño.

El hotel me mira majestuoso desde su posición de altura, donde se sabe necesitado. Me imagino lo que dicen de él: «El hotel Mirasierra se encuentra inmejorablemente situado a veinte minutos de Madrid, una de las ciudades más atractivas, con una amplia oferta cultural, y donde todo el mundo es bienvenido. De igual manera, nuestro hotel es una referencia para todas aquellas parejas que buscan un espacio de intimidad, relax, y disfrutar de una amplia oferta gastronómica». Me cuesta meter la maleta por la puerta giratoria. No quiero salvar la noche, no he venido con una pareja. Ni necesito Madrid a un tiro de piedra. Levanto la vista para comprobar si alguien está dándose cuenta de lo torpe que soy. Consigo enderezar la situación. En la recepción un elegante e impoluto treintañero me mira con expresión condescendiente. Me está esperando, imperturbable, y cuando me acerco simplemente me pregunta en qué puede ayudarme.

—Solo necesito una habitación en silencio para esta noche.

Tiene una expresión vigorosa. Tan afeitado que podría parecer imberbe, y desprende un olor que no logro identificar si es el de su *aftershave* o de una colonia barata de anuncio caro que podría dar a entender que acaba de echársela para que yo no pueda advertir mi propio olor. Me pide el DNI y la tarjeta de crédito mientras noto como se fija, sin perder la compostura, en mi sudadera sucia llena de lamparones, mis vaqueros gastados, la maleta pequeña. Empieza a teclear mientras saco la cartera del bolsillo. No levanta la vista, durante unos minutos solo suenan las teclas, como si saber si tiene una habitación libre para esta noche le supusiera un esfuerzo considerable de

concentración que no le permitiera dejar de mirar la pantalla. Entra un wasap, no voy a mirarlo. Al abrir la cartera, ni el DNI ni la tarjeta de crédito están en su sitio. Iluso de mí, busco en otras solapas. Iluso porque, al abrirla, acabo de recordar que Hugo llevaba pidiendo desde hacía días un juego de su consola para su cumpleaños.

Después de hacer las tareas de Sociales —los ríos de España, con un mapa donde hemos pintado cada vertiente de la Península con un color distinto—, me hizo caer en la cuenta de que el pacto era que si durante el fin de semana no tenía que recordarle que había que hacer los deberes miraríamos el regalo para su cumpleaños. La pereza de unos es el trabajo de otros. Ya era tarde para ir al centro comercial, ocio de fin de semana. Hugo no paraba de insistir en que un pacto era un pacto, como yo le decía a menudo. Dejé de repasar los objetivos de ventas mensuales que estaba redactando en el ordenador y lo invité a sentarse en mi regazo. Rechazó la propuesta. Se acercó a otra de las sillas que tenemos en el despacho, de la época en que su madre y yo compartíamos el espacio de trabajo. Trató de cogerla a pulso, pero le entorpecía el poco espacio que había entre la pared y la mesa. Optó por arrastrar la silla el metro escaso que lo separaba de la pantalla del ordenador. Me dijo que entrase en Amazon, que ya sabía cuál quería.

—Ya salió a la preventa, aunque no se puede jugar hasta el 28 de noviembre, eso no es mucho, ¿no? Será antes de Navidades, si estamos a casi finales de septiembre son menos de dos meses, antes de que acabe el 2019. Ya vi dos *reviews* en YouTube y tenemos en clase el *hype* por las nubes. No pasa nada porque llegue unos días antes de mi cumpleaños, a veces llega antes de lo que dicen. Vamos a mirar si tiene multijugador.

—¿No prefieres esperar a probarlo a ver si te gusta? Otras

veces los hemos alquilado antes de decidirnos.

Me contó que en clase no dejaban de hablar del juego, que su compañero de pupitre le había dicho que se lo iba a traer Papá Noel, que él ya sabía que Papá Noel son los padres, que eso era obvio, que no le quiso decir nada por si acaso, que a veces no pasaba nada por aparentar no saber algo que ya sabes.

Yo lo miraba admirando su razonamiento. Minimicé el Excel, abrí el navegador y tecleé en Google el nombre del videojuego. Tenía razón, ya se podía comprar, reservar, prevender o cualquier noble término que le quieran poner a tener que pagar por algo de lo que no vas a poder disfrutar hasta dentro de unas semanas. Me extrañó, pues Hugo es del aquí y ahora. De la satisfacción rápida, de lo quiero ya. Me preguntó si tenía pase de temporada. Lo miré en silencio, disimulando, como si entendiera lo que me estaba sugiriendo. Me fijé en su cara, tan redonda; en el hueco que hay entre la oreja y los rizos de su pelo, que cambian de color cuando el día es soleado; en el vello que empieza a dejarse ver a contraluz; en esos ojos grandes como los de su madre, dibujados por algún artista japonés que quiere ocultar complejos.

Abrí la descripción del producto: al parecer no ofrecía la posibilidad de ser usado por varios jugadores, solo se podía reservar el juego. Aseguraban que las aventuras de estos Pokémon seguirían el año próximo con una nueva expansión que lanzarían en junio de 2020. Le pedí que bajara a por mi cartera. Mientras lo hacía, me registré como comprador, prerreservista, cliente, vago, comodón o como quieran llamarme desde la empresa que se frota las manos con quienes no sabemos buscar, ni encontrar, un rato para pasear hasta la tienda mientras charlamos con nuestro hijo, mirar juntos las novedades que han de salir, preguntar cuándo estará a la venta el videojuego, posponer su compra hasta que llegue el videojuego, y así tener otra tarde para volver a pasear juntos,

sin prisas, y comprar su regalo de cumpleaños. No encuentro la tarjeta y aprovecho para sacar el DNI, el carnet de conducir, una tarjeta de un videoclub que hace años que cerró y ordenarlo todo. Apareció al cabo de unos minutos. Dejé todas las tarjetas encima de la mesa cuando oí que Hugo bajaba, nervioso, entusiasmado, hacia la cocina para contarle a voces a su madre que ya tenía regalo de cumpleaños.

Entonces, en uno de esos momentos en que el niño daba rienda suelta a su ilusión, me di cuenta de que comprar un regalo también podía ser un motivo de reproche.

Metí la cartera en el pantalón del chándal de estar por casa y bajé apresuradamente a dar explicaciones, antes de que el martillo golpease tan fuerte la espada que hiciera que las chispas prendiesen en las cortinas. Pero no, se limitó a mirarme levantando las cejas, apretando los labios y negando con la cabeza repetidas veces. Nos sostuvimos unos segundos la mirada. Callados, pero sintiendo por dentro un intenso deseo de proclamar que ya no nos aguantábamos.

—¿Algún problema, señor?

—No llevo conmigo ni el DNI ni la tarjeta de crédito, pensé que los llevaba encima, mira..., no sé, déjalo...

—Me temo que en ese caso no podré hacer nada.

—No he dicho que tuviera que hacer nada, solo quiero un lugar donde dormir, solo necesito una cama...

—Lo siento, señor —me responde en cuanto termino de hablar, como si hubiera estado toda su vida esperando poder rechazar a un cliente.

Me invita a marcharme con un leve gesto de su mano; ya es el segundo lugar que tengo que abandonar en lo que va de día. Sucumbo, no he llorado hasta este momento. No voy a hacerlo ahora, delante de un desconocido. He aguantado la ira, el despecho, las voces. Pero al girarme, cuando nadie me ve, se han vertido solas dos gotas. Del ojo izquierdo. Sin preguntarme

si eso era lo que buscaba, llorar de espaldas. Sin obstáculos, pero sin ganas, como un recipiente que se derrama al estar lleno, aunque no fuera su intención. Llorar, sin quererlo, es la peor de las maneras de hacerlo. Veo el reflejo en los cristales de las puertas giratorias, me veo desfigurado. Vuelvo a tener las mismas dificultades al salir, pero ahora me da igual saber si el afable joven me estará mirando mientras trato de introducir sin éxito la maleta a través de las puertas giratorias. Tengo que pasar yo primero para poder cruzar la delgada línea que te conduce a darte cuenta de que no tienes donde cobijarte, de que vas sucio, estás cansado y te han derrotado. Para llorar, como para todo, hay que tener ganas.

Miro mi Ibiza, destartalado, debajo de una farola que a ratos pierde la luz, dejándolo a oscuras. No me ve llegar, me acerco despacio desde el morro para no asustarlo. Antes relucía, lo mimaba hasta el último detalle. Ella y yo acabábamos de empezar, con pocas semanas de diferencia, a trabajar en la misma empresa, aunque en departamentos diferentes. Cada vez que nos veíamos, intercambiábamos una sonrisa, y siempre que nos encontrábamos a la salida, hablábamos con el único objeto de mirarnos. Una tarde cualquiera, cuando salíamos del trabajo, le conté que me iba a comprar un pequeño utilitario. Algo fácil de aparcar por Madrid centro, que consumiera poco y que no me supusiera más años de ahorros.

—Te acompaño cuando quieras —se aventuró a contestar mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja.

Debió de ser cuando aún no me peinaba hacia delante para disimular las entradas, ni me daba por correr para bajar la eterna barriga, ni estaba pendiente de que el color de mis zapatos coincidiese con lo que llevo puesto. No teníamos un futuro adonde mirar, y esa ausencia de horizonte lo hacía todo más fácil. Lo que no tiene nombre no se puede estropear. Dos o tres semanas más tarde devolví la pelota a su tejado: le conté

que ya había visto uno de kilómetro cero, y que lo recogería esa misma tarde. Me respondió con toda naturalidad:

—He quedado con las amigas, dame unos segundos.

Por aquel entonces aún no había empezado a imaginar que fuéramos a tener nada en común. Solo había sexo, risas, copas, llamadas a deshora con mi Alcatel nuevo que incluía saldo de regalo para gastar en ella, y muchas ganas de hablar de nada, que es lo mismo que decir de hablar de todo. Cuando me entregaron el Ibiza, nos dieron un juego de llaves a cada uno, dos llaveros con una ostentosa «S», y nos despidieron con un «¡Enhorabuena, pareja!».

—Me gusta el color, ¿me llevas a estrenarlo?

—Por supuesto, sube al caballo.

Fuimos juntos, por primera vez, en un coche cuya radio solo hablaba de la siguiente jornada de fútbol, pues el reproductor de CD venía roto y no pude ponerle el que llevaba preparado para ese momento; después, a un McAuto, pero como no sabía qué pedir, terminó diciendo que quería lo mismo que yo; al cine, a ver la última de *El Señor de los Anillos* —me preguntó por la trama y yo le fui contando al oído, uno por uno, quiénes eran los innumerables personajes que iban apareciendo, mientras mi mano buscaba y al fin lograba encontrar la suya—; y a un descampado, donde, tras sudar un buen rato, traté de localizar mi buena estrella desde la ventanilla, después de tener que abrir para que corriera algo de aire. No la vi, pero intuí que la debía de tener justo encima de mí. Madrid solo tiene estrellas en su bandera; eso sí, engancha tanto como la comida rápida.

Miro el móvil: las doce y media. Ya es lunes y en pocas horas tengo que ir a trabajar. No lo desbloqueo. Podría llamar a mi hermana. Podría ir a casa de mis padres. Desecho al instante las dos ideas. Ambas me obligarían a dar explicaciones, a revelar los porqués. A oírme contar lo que estoy haciendo. Podría

dormir en mi coche. Vuelvo a meter la maleta ya sin cuidado, pienso dónde puedo aparcar y, mientras conduzco hasta la salida del pueblo en busca de un descampado donde dormir, trazo el plan de mañana. Porque mañana siempre está a la vuelta de la esquina, esperando tus decisiones y, desde allí, te está mirando. Sombragris fue domado por reyes. Es inteligente, veloz y resistente; su color es gris, con toques plateados. Sombragris puede entender el lenguaje de los hombres y sabe que ahora mismo solo soy un paria. Me lo está contando, también me dice que no me preocupe, que él seguirá a mi lado, que no me guarda rencor, aunque ya solo seamos capaces de compartir algún que otro viaje a ritmo de artrósico, aunque ya hayan pasado muchos años desde que dejé de cuidarlo. Tirito toda la noche, más por miedo que por el frío que deja el verano cuando decide irse.

Fotos que mienten

Las ciudades se avivan pronto. Antes del amanecer ya se oyen sirenas, cláxones y frenazos. Se adivinan vidas ajetreadas, prisa por llegar al trabajo, ganas de volver a casa. Me he despertado apenas con el primer ruido. He logrado dormir algunas horas. Miro qué hora es: en apenas unos treinta minutos ella llevará a Hugo al colegio. Voy a aprovechar ese rato para ir a casa. Así no puedo presentarme en la oficina y no creo que pueda cambiarme en el coche. También necesito una aspirina. En nuestro día a día, todos iguales, todos del mismo color, aprovecho el rato que están fuera para ducharme, planchar la camisa, tomar un café y dejar otro preparado para ella. Otros días solo dejo la cafetera italiana lista y, con el bollo en la mano, termino de ponerme la chaqueta. A veces nos encontramos en la puerta y nos decimos que luego nos vemos. Luego, todo siempre es luego.

Si calculo bien, hoy podré aprovechar ese hueco para ducharme rápido y coger mis tarjetas y el DNI. El móvil ya no tiene batería. Solo tengo que entrar por el otro lado de la calle de sentido único y parar allí hasta que los vea salir. Antes de ascender de categoría y de asumir más responsabilidades en la empresa, podía permitirme el lujo de llevar yo a Hugo al colegio. Si subes por un lado de la calle no te queda otro remedio que bajar por el lado contrario.

Cualquiera que tuviera que orientarse en estas urbanizaciones casi idénticas, con bares de nombres exóticos en las esquinas, con sucursales de bancos que llegaron antes que las tiendas de «chinos», tendría serias dificultades. Aparco en la

esquina, deseando que ningún vecino quiera darme los buenos días. Un lunes laborable, contando las horas que faltan para volver al hogar con los tuyos, y cuando llegas ya es tan tarde, y estás tan cansado que las últimas horas del día solo sabes arrastrarte malhumorado por tu casa. Salen a la misma hora de siempre. Los veo desde aquí, intento adivinar qué llevan puesto. Dejo el coche aparcado mientras espero que no se hayan olvidado nada en casa que los haga volver. Abro el portón, meto la llave de la entrada y desactivo la alarma con mi llavero. Encima del recibidor ya veo mis tarjetas, las han debido de bajar a esta planta. Sabrá que estuve por aquí, sabría que tendría que estar por aquí a las pocas horas. Huele a café. De repente la casa me parece de otro. Tonos grises, negros y blancos. Suelo de tarima que imita la madera vieja, desgastada. Muebles de acero que quieren hacerte pensar que estás en una fábrica con trabajadores de cadena de producción.

Subo rápido las escaleras, debería darme una ducha antes de volver a coger el coche. Tiro toda la ropa al suelo y, mientras busco una muda nueva, dejo que el agua vaya cogiendo temperatura. Tenemos dos geles, cinco champús, tres mascarillas. Cada uno sus olores artificiales, químicos, que disfracen el olor a podrido que ya exhalamos nosotros. Sábanas que desprenden olor a suavizante, y en el vestíbulo, perfumes que disipan de tres en tres sus fragancias por toda la casa, para que así nada sea auténtico y nuestro hogar no huela a como huelen los hogares de verdad. Esos que, aun sin quererlo, tienen su propio olor. Un olor que les viene dado, que no ha sido importado desde fuera. Todas las casas deben ser capaces de crear su propio aroma. Cuando descubres que la tuya no lo tiene después de muchos años, es que ha dejado de ser un hogar. La ducha me reconforta. Lo dejo todo recogido y bajo en busca de un café que me centre. En la cocina está el café hecho y a su lado, pegado sobre la encimera, un pósit. Lo guardo en el

pantalón sin querer leerlo. Me sirvo el café en una taza de Mr Wonderful. No caliento la leche, la cojo de la nevera y derramo una pequeña cantidad, que mancha el café lo suficiente, pero sin hacerle perder la acidez. Lo bebo casi sin tragar. Lavo la taza y la dejo en su sitio.

«Aquí desayuna el mejor padre del mundo».

Vuelvo a conectar la alarma y, esta vez sin mirar atrás, vuelvo al coche. Arranco a la primera. Son casi las ocho de la mañana, en media hora debo estar en mi mesa de trabajo. Rodeo Madrid, con sus «Emes», que sirven de murallas fortificadas, delimitadoras de espacios y sueños. En la almendra central, los que llegaron antes que mis padres y que ya llevan más de cuarenta años en la capital. A los que llegaron en los setenta, huyendo de las aceitunas, del algodón y del trigo, les tocaron los barrios que se construyeron entre la M-30 y la M-40. Los menos, ya en las afueras de la muralla.

Tomo la A-2, miro los paneles de información donde te avisan de lo que te queda para llegar a las «Emes». Quince minutos para la M-40, veinte para la M-30, veinticinco minutos para Madrid. Repaso tiempos para saber si me conviene rodear la ciudad o intentar apurar por Moncloa. Pongo la radio, donde tres estarán hablando de lo que otros tres hablaron el viernes y así, en bucle, se irán respondiendo los unos a los otros, hasta que otros tres saquen otro tema, que hará que el resto empiece a responder. Pero, aun así, me hacen compañía durante el viaje, y por un rato me olvido de que esta noche todavía no sé dónde voy a dormir. Entre frenazos, paradas y demás momentos en los que no tengo que estar pendiente de no darle a ningún coche y que ninguno le vaya a dar un golpe a mi ya maltrecho Ibiza pongo el móvil a cargar. Introduzco el PIN y entran mensajes. Llama mi secretaria, atiendo la llamada con un efusivo y falso «buenos días». Me recuerda que a las once tengo reunión con los de marketing. Le digo que estoy a punto

de llegar, que necesitaré un café cargado y, quizá, una aspirina.

Recuerdo el día que vimos la que sería nuestra casa por primera vez. Íbamos por esta misma carretera, en sentido contrario, en este mismo coche. Veníamos de la sierra, de andar unas horas. Esas caminatas, durante una época, las disfrutábamos muchos fines de semana. Cogíamos palos, nos imaginábamos unos enemigos, tirábamos piedras y nos contábamos que subiríamos con nuestros hijos en cuanto pudieran andar. Nos quejábamos de la contaminación de Madrid, de las calles estrechas, del ritmo de vida tan ajetreado. Yo siempre sonreía mientras le contaba que los barrios también tienen su encanto, que yo fui feliz en Vallecas. Y ella siempre me devolvía, con ganas de agradar, la misma mueca, y me decía que no querría criar a sus hijos ahí. Vimos la promoción, unos precios «desde» que nos parecieron prohibitivos. Mientras fantaseábamos con tener un hogar común vivíamos en un pequeño piso de Vallecas, el primero que compraron mis padres al llegar a Madrid. No tardó en preguntar en voz alta, sabiendo ya la respuesta de antemano:

—Eso es sin IVA, ¿verdad?; si ese es el precio, ¿cuánto tendríamos que dar de entrada?

Durante el resto de la tarde en los atascos de la M-40 estuvimos sumando números, restando lujos. La mera posibilidad de vivir fuera del barrio me sonaba ridícula, innecesaria.

Sonaba Camela, no sabía desde qué piso, sonaba el vecino de abajo discutiendo con alguien a miles de kilómetros, tan fuerte que no le hacía falta el móvil; sonaban niños jugando con un balón, golpeando las paredes y molestando a la dueña del locutorio. Llamaron al timbre repetidamente, dejé el informe que me había traído para terminar en casa y fui a abrir la puerta. Era ella con una carpeta en la que se especificaba cómo sería la urbanización.

—¿Y tus llaves?

—Hace unos días que no sé por dónde andan.

No se rendía. Tampoco le salían las cuentas. Estaba ilusionada y eso lo compensaba. Desde nuestra panorámica de ladrillo visto, desde nuestros cuarenta metros cuadrados, desde ahí era difícil imaginarse en un adosado con jardín, aunque la publicidad mostrara una preciosa ilustración con una pareja haciendo una barbacoa en la terraza de su nuevo hogar. Con unas caras de felicidad tan fingidas que no las querría para mí.

Apuro todo lo que puedo. Saco la tarjeta del aparcamiento y dejo el coche en su plaza. Al lado de los otros coches se ve tan pequeño como un juguete. Si me preguntan, diré que no conseguí arrancar el de la empresa, mentiré, pondré excusas porque aquí no ha pasado nada. Solo soy un expresidiario. Esta tarde la llamaré. Ahora, solo un wasap para decirle que estoy bien. Que peso un poco menos. Lo último no lo escribo, solo lo siento en la boca del estómago, así que no hace falta dejarlo por escrito. Paso el día sin cambiar el gesto. Si no te mueves mucho, la mierda no se esparce. Sin mirar el móvil. Dando órdenes, ejecutando compras, diciendo que lo quiero todo para ayer. Pidiendo ventas, más energía, ritmo, que fluya el dinero. Atiendo en la reunión con los de marketing, donde me explican el nuevo producto que tenemos que vender.

Tengo en la mesa del despacho una foto en la que los tres sonreímos. Mi sonrisa y la de ella son de verdad, la de Hugo es falsa, lo sé. Hugo tiene una pose que siempre pone para darnos a entender que lo estamos obligando a mostrarse feliz, pero que, si fuera por él, estaría serio. Esa mueca la repite en casi todas las fotos. Como un reflejo natural para eludir lo que no quiere hacer. Tengo muy pocas fotos de las que le he sacado con el móvil en las que su sonrisa me resulte creíble. Hay personas que saben hacernos reír y, hasta que no lo consiguen, no saben hacerlo ellas mismas. Hugo es una de ellas.

Paso el día sabiendo que no lo veré esta tarde. Ahora, desde la mesa garabateo una especie de isla, la mía, donde solo vivo yo. Cuando aún leía intenté dibujar un mapa del tesoro, verdadero protagonista de *La isla del tesoro*. No acababa de quedarme tal como lo imaginaba en mi cabeza ni plasmar todos los recovecos de la trama. Solía leer una colección de literatura juvenil que había llegado a plazos, como las enciclopedias de la época. Sigue colocada en perfecto orden en la estantería de mi cuarto de niño. Cuando lo terminé, se lo mostré a mi padre, cartero por la mañana, taxista por la tarde. Me dijo que el fin de semana lo haríamos juntos. Durante meses recuerdo haberle insistido en el mapa, hasta que un día lo perdí mientras mi padre le gruñía desde el sofá a una madre abnegada, cada vez más exhausta, que recogía la cocina mientras él le indicaba cómo debía hacerse. La primera vez que vi la cara rojiza de Hugo, con el pelo tan fino y tieso, pensé que un gato había visto a un perro furioso y que, para hacerme con ese tesoro, no iba a necesitar mapas ni la ayuda de nadie.

No me quedo mucho rato por la tarde, alego tener que atender asuntos fuera de la oficina y sobre las cinco salgo sin despedirme de nadie, fingiendo ante los demás que atiendo una llamada de teléfono. Con un gesto inútil, paupérrimo, con el que vuelvo a tomar conciencia de mi estado de persona sin hogar, compruebo que la maleta sigue en el maletero. Mi única pertenencia. Conduzco como si fuera una carrera, vuelvo al hotel donde anoche no pude conseguir una habitación. Con la cartera en la mano, como si fuera una espada que estuviera a punto de blandir contra quien se me pusiera por delante, me dirijo presto a la recepción. No está el elegante muchacho de ayer. No puedo dar por terminada la guerra con su derrota. No presento batalla, así no la puedo perder. Le digo a la recepcionista que no sé cuántos días me quedaré. En cuanto llego a la habitación me tumbo sobre la cama y busco una

llamada perdida de ella.

—Ya era hora, ¿te parecerá normal?

—Pensé que era mejor salir así. Además, te escribí.

—No puedes desaparecer así, Hugo ha preguntado por ti esta mañana. Le dije que tuviste que salir de viaje. Volvió a preguntar al llegar del colegio, decía que tenía que terminar algo de *Science*. Joder, que has entrado en la casa a escondidas.

—Dile que se ponga. No me digas qué puedo y qué no puedo hacer. Ahora no, por favor.

—Pero háblame, no te cierres.

—¿Se puede poner Hugo?

—Tenemos que hablar, no es normal. La gente no reacciona así por una discusión.

—Que se ponga Hugo.

Cuento los segundos, cierro los ojos al oírle decir «¡qué bien, es papá!».

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Cuándo vuelves?

—¿No te dijo mamá que tuve que salir de viaje?

—Ya..., pero...

—¿Qué?

—Nada, tengo que terminar los deberes.

—Oye, ¿qué tal si el fin de semana...?

Cuelgan. Dudo si volver a llamar o mejor dejarlo así y esperar a mañana. Espero que me devuelvan la llamada, que me obliguen a hablar. Que tire de mí, me desenrede como un ovillo y me haga soltar que no puedo, ni quiero, seguir con ella. Miro el wasap y está en línea.

Escribiendo, escribiendo, escribiendo...

No llega ningún mensaje, no vuelven a llamar. Hugo solo en su cuarto, terminando los deberes. En un rato cenará y pronto se irá a la cama. Ahí llegaría yo. Vería su cara de aburrida, miraría mi cara de cansado y hastiado y el silencio haría lo

suyo. Ella ya tendría puesta la ropa cómoda de estar en casa, el moño, una diadema de tela si ya se notase que tiene canas, un pantalón de chándal raído. Me preguntaría qué tal el día, yo le contestaría con desgana. Ya habría cenado y, dependiendo de si ya se había tomado la pastilla para dormir, compartiríamos un rato más o menos largo en el sofá. Cenaría cualquier cosa, pondría una película de Netflix y esperaría a que se durmiera.

Sigo teniendo sed, sueño con agua, pero de otros ríos. Estoy en una habitación de hotel, vestido, sobre la cama. Vuelvo a mirar el wasap, sigue en línea, no quiero escribirle. ¿Estará ella viéndome en línea también? Los dos, como idiotas, viendo que el otro está esperando a hablar. Los dos, a menos de cinco kilómetros y a años de distancia. Desde el momento en que dejamos de necesitarnos y empezamos a sobrarnos. No quiero llamar a nadie solo por el hecho de que necesito hablar con alguien. Ojeo la carta del servicio de habitaciones, paso canales extranjeros, miro revistas turísticas de Madrid y alrededores. Miro al techo.

Cuando se hubiera quedado dormida la despertaría, «para que no te quejaras al día siguiente de que te duele el cuello por haberte dormido en el sofá», y me quedaría solo, ya en reposo, un rato más.

Muchas noches subo a verlo, solo quiero ver como duerme. Sin hacer ruido, me acerco hasta conseguir verle la cara. Hace años que no me llama por las noches. Ni me pide que me quede con él. Ni que me duerma a su lado. Hace mucho; tanto, que parece que no me necesita.

Bajo a la cafetería del hotel para cenar algo. En la recepción pregunto por el servicio de lavandería, por el planchado de mis camisas. Mientras tanto, una pareja risueña se coloca detrás de mí. Me molestan sus cuchicheos íntimos, sus carantoñas, su cercanía. Los miro como si no pudieran verme: edad parecida, forma de vestir parecida, estatura parecida. Parejas que

parecen hermanos siameses. Me siento en la cafetería de forma que pueda seguir fijándome en ellos. Pido una cerveza y pregunto por la carta. Voy deteniéndome en los detalles. Ella es, quizá, un poco más alta. La ropa de él, aun siendo cara, parece más gastada. Ella lleva anillo de casada; él, pulseras de hilos de colores. Como no han traído ni aceitunas, ni patatas fritas ni nada por el estilo, me he bebido la cerveza en unos pocos tragos. Si sigo fijándome, llegaré a descubrir que no llevan maletas al hacer el *check in* en el hotel.

Hubiera sido más fácil así. Con amantes secretos que llevar a hoteles escondidos. Igual de cobarde, seguro. Pero si me hubiera enganchado a otra, no albergaría la duda de si lo estoy haciendo bien o simplemente estoy rompiendo una familia, destrozando a Hugo. Pido un bocadillo de calamares. Entre bocado y bocado la pareja se aleja para perderse entre los ascensores. Me dejan aquí, en compañía de un camarero que ni siquiera me ha mirado y un hombre trajeado con un periódico a estas horas, sin reparar en la fugacidad de las noticias. Repaso la noche anterior: podría haber sido una discusión como las que llevamos protagonizando los últimos años, pero en esta ocasión se da una circunstancia que permite diferenciarla de las anteriores. Me tuve miedo. No tardo mucho en comerme el bocadillo y, aburrido, ya sin nadie a quien observar, vuelvo a la habitación.

Puedo recordar decenas de viajes, pero pocas habitaciones de hotel sería capaz de poder describir. Como si estuvieran diseñadas para acordarte solo de dónde estuviste, pero no de dónde dormías. Puedo recordar caras felices en los móviles que, vistas en una de estas habitaciones, parecen reflejar viajes inolvidables. Aun cuando yo sé que no me reí en ningún momento. La verdad es que ya casi ni sonrío, ni siquiera soy capaz de intentar hacer una mueca que denote algún rastro de felicidad en mi interior. Hablo de una risa alegre, casi infantil,

de esas que ya solo son capaces de sacarte los amigos del barrio. Debe de estar ahí, lo intuyo, pero se ha ido diluyendo entre los días. Tampoco recuerdo la última vez que la hice reír. Como si tuviéramos un número limitado de ocasiones y, una vez consumidas, ya no quedara ninguna más.

Una tarde, cuando Hugo aún era muy pequeño, tuve un mal día. Uno de esos que olvidamos rápido, pero que en esos momentos pesaban como mochilas llenas de obsoletos libros de texto. Llegué a casa cansado, sin energía, y Hugo aún no estaba dormido. En aquella época yo suspiraba por encontrarlo despierto al llegar y, cuando eso sucedía, era como si te dieran un regalo sin que fuera tu cumpleaños. Los presentes que no esperas siempre gustan más. Dejé el maletín, me desanudé la corbata como pude y mientras me quitaba la camisa ya sudada de todo el día lo llamé, entusiasmado.

—¡Papá está aquí!

Debía de tener unos dos años. Bajó las escaleras con una parsimonia inusual y, con su lengua de trapo, me dio a entender que yo no podía estar allí. Que allí, en la casa de Hugo, vivían él y su mamá.

Lo que le pedí a continuación sonó como un ruego:

—Anda, dame un abrazo.

Pero dijo que no le quedaban, que ya no tenía, levantó ambas manos, como diciendo «esto es lo que hay». Con la misma lentitud con la que había bajado a informarme de que aquella casa de lunes a viernes no era mi hogar, volvió a subir junto a su madre.

De Hugo le hace gracia todo, hasta lo que no debería. Su pelo tan rizado, recién lavado y aún mojado que le tapa la cara mientras él hace de monstruo, lanzando unos gritos tenebrosos al tiempo que levanta ambas manos; el juego con los macarrones con tomate, en el que cada mancha roja se convierte en una herida y él se hace el muerto; los jerséis a

medio poner que le tapan la cabeza mientras él grita todo el rato: «¿Dónde estáis...?».

Todas esas risas suyas suenan a verdad. Con lo que yo la hacía reír a ella, y ahora solo el niño es capaz de lograr que se ría. Come mal, la hora del baño nos cuesta una pelea diaria, todos los días salimos tarde de casa cuando por fin conseguimos que se vista. Pero ella se ríe, mientras que yo me desespero.

Cuando me he quitado el pantalón, se me ha caído del bolsillo el pósit que guardé esta mañana.

«Nunca es tarde, por Hugo, por lo que fuimos».

Como unos cromos

Solo me desvelé unos instantes alrededor de las tres; del resto de la noche no recuerdo nada. El colchón está duro y la temperatura de la habitación resulta confortable. Aunque he descansado bien, oí un fuerte frenazo en mitad de la noche, pero ningún golpe. Abrí los ojos e intenté reconocer dónde estaba. Si puedo, duermo con toda la estancia a oscuras, así que, a veces, hasta que algo salta en mi interior, me cuesta ubicarme. El interruptor que se activa para avisarme dónde me encuentro ha tardado hoy más de lo normal por dos razones que ahora, al despertar, veo claras: la primera, porque al girarme, el resto de la almohada no olía a camomila, rastro inequívoco que ella deja en nuestra cama; la segunda razón es que ayer, después de leer la nota, me enfadé. De una forma extraña, casi infantil. Me pareció que había recurrido a un truco barato y además me tomé como un chantaje emocional el hecho de que incluyera a Hugo. Tiré la nota con mucha rabia contenida en la papelera que hay al lado de la mesa de escritorio. Y así, sentado encima de la cama, pensé en gritar, en salir a andar, en llamarla. Al final, de entre todas las opciones, me incliné por la bebida, abrí el minibar y vacié la minúscula botella de Cardhu en uno de los vasos cristal. Me lo bebí en dos tragos. Sin hielo. Me raspó y me aturdió lo suficiente para dejarme caer hacia atrás sin esfuerzo, y así, poco a poco, la cama nueva y yo fuimos encontrándonos. Noté el tacto áspero de la colcha usada del hotel justo antes de dormirme.

Organizo el día, tengo que llamar a mi madre y a mi hermana e ir a algún supermercado a comprar tres o cuatro

cosas que echo en falta. Digo llamar a mi madre porque hace años que no hablo con mi padre. Primero porque no quería, luego porque ya no podía. Desde que me mudé a su primer piso, aquel en el que yo no había vivido, fue como si dejáramos de tener temas de conversación. Yo sentía que ya no lo necesitaba, y él, que ya había cumplido su parte del trato. Los años nos fueron distanciando y con la jubilación el camino se hizo más largo. En cuanto mi padre se jubiló, le entró un interés inusual por todo lo que antes no parecía llamarle la atención. Pintó; un único cuadro con una perspectiva horrorosa, pero con un azul que era capaz de cambiar de tonalidad según quién y cómo lo mirase, y que mi madre colgó en el salón; fue a la universidad para adultos, él, que no se cansaba de repetir que los estudios no servían para nada, se apuntó a un curso sobre geopolítica en Asia Menor. Al menos fue a las primeras sesiones, hasta que un día llegó despotricando de la profesora y de su actitud condescendiente hacia lo que él creía que eran comentarios muy acertados; le dio por andar, al menos durante un mes, dos veces por semana, no sin antes haber comprado todos los accesorios deportivos que consideró necesarios, pero después de unas pocas caminatas volvió al sofá. Y así un sinfín de actividades que fracasaron. ¿Se jubiló y necesitaba encontrarse? ¿Se jubiló y se vio incapaz de gestionar tanto tiempo libre? Comprendió que, una vez privado de su trabajo, poco quedaba de él. Pasó de trabajar en Correos por la mañana y de taxista por la tarde a no saber qué hacer con tanto tiempo libre. Acompañaba a mi madre a la compra, la desesperaba; intentaba organizar las rutinas de la casa, se enfadaban. Le dio por ser abuelo, a él, que pasó de puntillas cuando le tocó ser padre.

Miro hasta qué hora sirven el desayuno y si apuro aún me da tiempo de llegar. Gasto toda el agua que quiero, tiro las toallas por el suelo, no limpio los restos de la pasta de dientes del

lavabo. Deshago la maleta, dos camisas limpias, una camisa para lavar. Esperaré a tener las tres sucias, repetiré camisas al final de la semana. Salgo de la habitación perfectamente uniformado. Me lavo las manos concienzudamente antes de salir. Me las miro mientras reconozco ya las primeras manchas oscuras, quizá prematuras, que me recuerdan las manos de mi padre. Esas manos que te sujetan cuando das los primeros pasos. Manchas del mismo color que el café, que salen cuando ya llevas muchos bebidos.

Son casi las ocho y Hugo ya estará desayunando en el programa «Los primeros del cole».

Recuerdo el primer día que supe que venía. Noté por primera vez su presencia un sábado por la mañana. Llevaba unos días lloviendo en Madrid, una lluvia que siempre es bienvenida y acude a la llamada de la ciudad cuando necesita ser limpiada. Tiene Madrid la particularidad de que, cuando lleva semanas sin llover, la ciudad lo grita a voces, y más en esos días casi primaverales en que empieza a haber polen y la contaminación hace de las suyas. Miraba el cielo reposado sobre unas nubles tan blancas que parecían pintadas, ella estaba tumbada detrás de mí, perezosa, alargando el despertar. Un claxon provocaba un ruido estrepitoso de pájaros que se quejaban del estruendo. Lo malo de los pájaros es que nunca sabes si pían de alegría o de pena. Fueron solo unos segundos. Como desde esa ventana no se veía nada más allá del edificio de enfrente, me dio por pensar en otros paisajes, otros sitios donde nos podía imaginar juntos: en unos frutales y la lentitud con que daban sus frutos; en rías, en mares pequeños con su abundancia de marisco, en la facilidad de recoger moluscos mientras paseas por la playa; en montes, todos verdes, escogidos por los vientos que desenredan la flora autóctona, dispuesta a dejarse reemplazar por madera, que crece más rápido. Pensaba en la tierra pobre, con harapos como árboles. Bellotas y avellanas, algodón sin recoger porque

ya no compensa. En la ausencia de agua, en sequías personales. En carreteras que no sé adónde llegan, dónde termina una para que empiece la otra. Casas desperdigadas que hacen aldeas, o quieren parecerlo para poder decir que viven en alguna parte y no en mitad del monte. Para saber adónde volver. En cortijos suntuosos que dan nombre al pueblo entero, que encierran a señoritos que juegan a ser toreros. Pienso en ríos llenos de peces de los que nunca me aprendo sus nombres, en ríos secos en veranos que esperan otoños para ser ríos otra vez. En ríos que se desbordan con las mínimas lluvias, a los que hay que inventarles cauces para que no arrollen todo cuanto encuentran. En todo lo que no veo desde aquí, pero anhelo y temo. Pensaba en que me gusta vivir así, en la pobreza, pero no una pobreza desangelada y deforme, una pobreza de clase media madrileña, trabajadora y decente.

Solo transcurrieron unos segundos antes de volver a precipitarme en la cama y despertarla a besos, mientras los pájaros se volvían a quejar, esta vez de nosotros. De sus risas con mis cosquillas. Cuando se espabiló me sonrió. Le recordé que la noche antes se había enojado por mis comentarios sobre una actriz del DVD que habíamos alquilado. No fueron intencionados, pero al notar que el primero la había molestado, me entraron ganas de hacerla rabiar un poco.

—Ya se me ha pasado, aunque si quieres compensarme, un desayuno estaría bien.

Si hoy no estuviera desayunando un cruasán y un café americano bastante insípido en un hotel, ya no sabría qué día de la semana es. Los días se solapan, se superponen entre sí sin saber dónde empieza uno y dónde termina el otro. Solo sé cuándo es lunes, lo noto en la tripa, y cuándo es viernes, por el dolor de cabeza, pero he dormido en un hotel y ante mí se despliega un suntuoso bufet. Entre el *hall* del hotel y la cafetería hay un largo pasillo curvo decorado con cuadros, cada

uno de los cuales está iluminado por su propia lámpara, provocando la extraña sensación de que estamos descendiendo a otro edificio, hasta que, al final del pasillo, unas escaleras nos conducen al comedor. Un servicial camero se sitúa justo frente a mí y me ofrece más café. Lo observo detenidamente, sus labios fruncidos, la mirada de autómata, el pelo relamido, los ojos medio abiertos. Es mi cara de hace veinte años, arrugas a medio hacer, ojos que no ven, modales lentos y concisos. Cuando es lunes me duelen las articulaciones, cuando es viernes el lumbago me parece una enfermedad tan lejana que ni me la planteo.

—¿Hay café normal?

—Buenos días, ¿qué quiere decir con café normal? Esto es café.

—Debe de ser café en otras latitudes, aquí es una especie de «aguachirri».

—Déjeme que pregunte.

Veo como se aleja mientras va ofreciendo el sucedáneo de café a los clientes de las demás mesas. Tiene el mismo color, el mismo olor, pero no es café. Sucede lo mismo que cuando ves a una familia cansada, ojerosa: se sonríen los unos a los otros, pero no se ven, son sucedáneos de amor, de otras familias que tienes que inventarte cuando dejas la tuya.

En aquel piso de mis padres que compartimos la cocina estaba a seis pasos desde nuestro cuarto. Preparé tostadas y café y puse unas magdalenas. Le pregunté si quería zumo de naranja, que no me costaba nada prepararlo. Giró la cabeza despacio, me miró. Sostenía el café con las dos manos para que le sirviera de calefactor. Tenía los pies encima del sofá y las rodillas a la altura de los hombros, de modo que sus propias piernas también contribuían a mantener su cuerpo caliente. Esa noche, para hacer las paces nos encontramos en la cama, casi desde el momento en que nos rozamos. En cuanto dimos por

terminada la conferencia de paz, le pregunté el clásico «¿qué tal ha ido?», esperando salvar mi hombría. Me respondió a su manera, diciendo que cada orgasmo fue una sucesión de figuras geométricas. Las dibujó en mi espalda mientras hablaba.

—Empezó siendo muy circular, lo rondaba a una distancia equidistante. Luego fue muy triangular y luchaba por encontrar la equidistancia. Se transformó en un equilátero. Pero conforme se acercaba iban quedando menos transformaciones geométricas. Finalmente se convirtió en un rectángulo que terminó formando un cuadrado con cada espasmo.

Su explicación me recordó esos días que son capaces de contener las cuatro estaciones en sí mismos. Siguió acariciándome la espalda hasta que volví a la vida. Cuando nos recuperamos, me levanté a bajar las persianas. Pero al cabo de un momento me resbalé entre las sábanas, el olor de su pelo y mi propio cansancio acumulado durante toda la semana.

—No, solo quiero café, estoy mareada.

Un sábado de marzo, mal tiempo en Madrid. No tenía ninguna prisa por salir a andar un rato por el barrio, pensaba en esa tarde y en que haría la visita semanal a mis padres. Por la noche queríamos ir a beber alguna cerveza con los amigos del barrio y comer patatas bravas, pocos planes había mejores. Aún andaba por la cocina preparando unas tostadas para untar con aceite de la cooperativa del pueblo de mis padres, cuando la vi cruzar el pasillo hasta el baño. Desde la sala de estar había exactamente dos pasos de los míos y tres de los suyos. No cerró la puerta y en cuanto bajó la tapa del baño vomitó el café.

Me quedo mirando como el camarero pasa olímpicamente de mí. Termino de tomar el cruasán y, mientras me levanto para coger algo de fruta, llama ella. Me vuelvo a sentar, por si necesito controlarme.

—Papá, soy yo.

Un rayo de sol entra por la ventana e ilumina la mesa,

dejando el resto casi a oscuras y, por supuesto, en un completo silencio. Cierro los ojos porque solo quiero ver como su voz me va a dejar imaginar sus rizos.

—¿Aún no estás en el cole?

—No, estoy desayunando en casa con mamá. Me ha dicho que mientras estés de viaje vamos a desayunar juntos.

—Bueno. ¿Los deberes, bien?

—Sí, mañana tengo examen de Matemáticas, fracciones. Pero las tengo controladas.

—Estudia por la tarde, recuerda que estudiar matemáticas es volver a hacer todos los ejercicios del tema...

Intento contarle, pero no me deja acabar la explicación. En parte le estoy hablando de sus responsabilidades para que las tenga presentes, pero en parte también para recordarme a mí mismo que él sigue siendo mi mayor responsabilidad y que los viajes, aunque sean ficticios, también tienen fecha de regreso.

—Yo te llamaba porque como a veces me traes un regalo de los viajes...

—¿Qué quieres que traiga?

Me cuenta algo sobre unos cromos, que no son cromos, que también vienen en sobres y son coleccionables. Cada personaje tiene unas características diferentes basadas en la naturaleza, en los cuatro elementos, y hay una especie de deidad que les otorga los poderes. Dice que son fáciles de encontrar, que apunte un nombre —hago un esfuerzo considerable por memorizarlo—. En cuanto acaba la explicación cuelga casi sin entonar un «hasta luego» y sin darme tiempo a decirle las ganas que tengo de regresar de este viaje sin tener que volver a vivir a esa casa. Aprovecharé que voy a ir al supermercado para hacer la compra en el centro comercial que hay cerca de donde vivimos y de paso resolver allí el jeroglífico que me ha planteado Hugo. Me levanto a por algo de fruta, justo a la derecha de las bandejas, y allí está, perfectamente cortada,

como si participase en un concurso de modelos y tuviera que posar para la prensa. El camarero que podría ser yo hace unos años está a mi lado, llenando el tanque del zumo de naranja. Le digo a sabiendas que, de verdad, que ya no se preocupe por el café, que voy a coger algo de fruta y me iré a trabajar. Le recalco lo de trabajar, por si no lo ha entendido.

Tras vomitar en el baño se quedó unos segundos mirando el váter. En cuanto arrancó a hablar bajó la mirada, como una niña que espera una reprimenda. Desde la puerta del baño al retrete había un paso, dos para ella. Desde esa distancia me dijo que llevaba casi un mes de retraso, que no le diera importancia porque ya sabíamos que su periodo era muy irregular. Yo no estaba preocupado, es más, creo que se me escapó una sonrisa por la comisura de los labios, como se ríe alguien que sabe que no debe, pero es incapaz de controlarse y al final termina componiendo una mueca bastante ridícula.

—¿Y ahora...?

—Podríamos hacer una prueba de embarazo, así me quedaría tranquila.

—Termino de desayunar y bajo a por ella.

—Voy a tumbarme un rato.

Ahí me quedé, en una sala de estar vacía mirando una televisión apagada, fundida en negro, donde podía ver mi reflejo. Ella estaba a ocho pasos de mí, la distancia más larga dentro de nuestro piso. A más de quince pasos para ella. Cuando terminé las tostadas y el café bajé a por la prueba de embarazo. Fui a la farmacia de siempre, la que nos provee de ibuprofeno para los días que suceden a las noches alegres. El farmacéutico me atendió rápido, me ofreció dos o tres marcas. Como yo ignoraba la efectividad de cada una de ellas, no le contesté. Me vendió la más conocida y la más cara y, cuando me devolvió el cambio, creí escuchar un «buena suerte».

Aprovecho la hora de comer, me excuso ante los compañeros

antes de volver a la oficina y me siento en un banco enfrente del pequeño parque que alivia la plaza. Llamo a mi hermana. Mientras suena el pitido me da la sensación de que, en realidad, sí que estoy de viaje en la otra punta del mundo. En un país con mucha humedad y un calor asfixiante. Un sucedáneo de *jet lag*, que me hace sentir a ratos inseguro. He pensado en la palabra «frágil», pero creo que es más adecuado «vulnerable», «fácil de derrotar». El sol me está dando directamente en la nuca, pero no me empuja, me agota y cansa. Me siento ridículo ante la idea de tener que llamar a mi madre, a mi hermana, y decirles que he perdido, que me rindo. De sentirme otra vez un adolescente que las necesita para romper mi mutismo.

—¿Puedes hablar?

—Sí, acabo de comer donde los padres, preguntaron por ti. Irás el sábado, ¿no?

—Como cada sábado.

—Mamá quiere hablar con nosotros.

—Yo también con ellos.

—Qué mal me ha sonado eso.

Le cuento lo ocurrido estos días, se preocupa por mí, me escucha todas las veces que le repito que no puedo más. Me dice que no es para tanto, que lo importante es Hugo y que me vaya preparando para lo que me viene, que lo había visto ya otras veces y que esta vez no será diferente. Cuelga después de lanzarme la advertencia y me anuncia que el sábado también irá a casa de nuestros padres. Suena amenazante, suena a noticia nefasta. Yo ya no puedo hablar con mi padre, pero cuando sí podía no recuerdo haber tenido una conversación que pudiera considerarse real. Preguntar «¿qué tal?», «¿cómo está Hugo?», o decirte «qué bien que confíen en ti». Cuesta tanto echar de menos a alguien con quien tienes oportunidad de hablar a cada momento, que esa esencia, esa distancia tan

fácil de romper a través de un wasap o de una llamada —que ya no cuestan tan caras como hace años—, en lugar de acercarnos, nos alejan. Hace años que ni mi padre ni mi madre me preguntan qué tal estoy con la intención de saberlo de verdad.

Para seguir queriéndolos, debemos recordar cómo nos cuidaron y que, en cuanto crecimos, dejaron que voláramos por el mundo. Y ahora ellos son como hijos, que necesitan nuestras atenciones.

Estos días no me apetece quedarme más allá de lo normal en la oficina. Una vez organizado el día, reuniones, visitas a sucursales para enseñar cómo vender productos que el banco quiere dinamizar, vuelvo a mi vida de turista en un hotel. No dejo de darle vueltas a que tengo que ir al centro comercial y repaso una y otra vez la lista de la compra. Hay atasco a estas horas y aprovecho los momentos en que estamos parados para terminar de responder correos de clientes. Repaso la conversación con mi hermana, se me ha quedado grabada la advertencia.

La prueba de embarazo dio positiva, pero ambos seguíamos desconfiados, no sabíamos si celebrarlo o no, si contarlo o callárnoslo. En unos días le harían un análisis de sangre y a partir de ahí ya sabríamos qué hacer. No dejábamos de repetirnos por turnos nuestras propias instrucciones acerca de cómo debíamos actuar. Se sucedieron unos días atípicos; por la mañana, el azul del cielo contrastaba tanto con el marrón de los ladrillos de mi barrio que te entraban ganas de salir a saludar al sol, con la cautela que se le exige a alguien que acude a una fiesta sin permiso y se marcha cuando quiere. La cautela propia de quien quiere que los demás se sientan cómodos en su presencia, pero que no deja de tener una vida cruzada que le impedirá quedarse en la sala todo el tiempo que le gustaría. Llegué antes que ella al piso, buscando el sofá, un

café y su mirada. Llovía por las mañanas y hacía un tedioso bochorno por las tardes. Y fue precisamente uno de esos días, después de que me cayera un chaparrón encima y tuviera que cubrir corriendo la distancia entre el coche aparcado y el portal de nuestra casa, cuando supimos los resultados. En cuanto abrí la puerta me lo soltó, arrojándose en mis brazos. No me importó que estuviera mojada, calada hasta los huesos, ni que hubiera puesto el suelo perdido. Me estrechó con fuerza, como se sujeta a alguien que no quieres que te suelte.

—Vamos a ser padres.

Ambos lloramos juntos por primera vez. Quiero recordar desde aquí que lloramos de felicidad, pero, aun así, lo hicimos con mucha cautela.

Aparco el coche enfrente del supermercado del centro comercial. Voy directo a la zona de parafarmacia. Tengo obsesión con los dientes, con su limpieza. Así que me hago con una pasta de dientes en condiciones, con flúor y con todas las propiedades capaces de caber en un envase tan pequeño, y con un enjuague bucal. Compro algo de cena, ensaladas preparadas, para no tener que salir una vez vuelva al hotel. Cuando estoy en la línea de caja me saludan con mucha efusividad: «¡Cuánto tiempo!». Lo dice tan alto que creo que realmente se alegra de verme. Nos abrazamos y nos damos unas palmadas en la espalda. Fue compañero en la facultad, debe de tener unos años más que yo, pero compartimos varias asignaturas de Derecho que él iba arrastrando. Lleva a su hijo al lado, casi tan alto como el padre. Parece que se han vestido a la vez, o que están patrocinando alguna revista de moda. Llevan sudaderas con capucha en tonos pastel, vaqueros a medio gastar y zapatillas de deporte blancas. Los pantalones cortos y ese tipo de sudaderas deberían estar prohibidos a partir de los cuarenta años.

—¿Qué haces tú por aquí?

Intento no contar mucho, pero sí quiero intercambiar algún comentario. Está separado y los martes y jueves va con su chaval a merendar al Vips unas tortitas. Yo le cuento que he venido a por unas cuantas cosas y a por un regalo para mi hombrecito. Él siempre pide las tortitas sin nata, su hijo con sirope de caramelo. Su chaval, casi tan alto como yo, me mira abnegado con una mirada que implora salvación, pero a la vez también con deferencia. Le digo que quiero comprarle unos cromos en sobres, pero que no son cromos. Su chaval me dice el nombre y creo reconocerlo. Lo había aprendido tan de memoria que ni me acuerdo. Me dice que lo mejor es encontrarlos en el FNAC y si no, que pruebe con las tiendas de videojuegos. Se ofrece a acompañarme, quiere ver qué videojuegos de segunda mano tienen. Sigue explicando, mientras su padre no deja de mirarlo y asentir, que en casa de su padre no hay buena conexión para poder jugar en línea, así que prefiere llevar algunos juegos físicos. Declino su oferta, lo convenzo diciéndole que seré capaz de conseguirlo. Pago, empaqueto todo en una bolsa de plástico y me despido de ellos. Mientras avanzo entre la gente y las otras cajas los vuelvo a mirar. Desde donde me encuentro —por el tono de la voz, los gestos, la ropa— podría parecer que el padre se estuviera convirtiendo en el hermano mayor y el hijo en su hermano pequeño.

Los centros comerciales son todos iguales, las mismas tiendas, las mismas marcas, las mismas familias. Madres agotadas detrás de niños que no toman la merienda, abuelos haciendo de canguro, jóvenes que los usan de punto de encuentro, hombres aburridos que miran escaparates. Yo puedo estar mirándolos desde lejos porque estoy de viaje. Personas que andamos en círculos, concentrados en si lo que vemos es algo de lo que buscamos. Cuando venimos los tres por aquí, repetimos patrones de comportamiento. Entramos por el mismo

acceso y vamos recorriendo el centro siempre en el mismo sentido, justo al contrario que las agujas del reloj. Al final Hugo y yo terminamos juntos en cualquier tienda, a veces, yo mirando vinilos que empiezan a reeditar y él videojuegos, esperando a su madre que, bolsas en mano, va acaparando lo que la familia necesita. Más tarde, después de haberle dicho unas cuantas veces a Hugo que no se puede ir comprando todo lo que nos apetece, y de no haberme comprado ningún vinilo de uno de esos grupos que nos hacían cantar a pleno pulmón, nos tomamos un bocata en la cafetería. Si hay que hacer la compra, uno de los dos se adelanta y nos volvemos a encontrar en las cajas, para embolsar juntos. Así tres o cuatro veces por mes. Desde hace unos ocho años.

No me cuesta nada encontrar el regalo de mi viaje para Hugo, compro tres o cuatro y pido que me los envuelvan. Me avisan de los nuevos juegos que van a salir al mercado, pero no sé muy bien cómo se llama exactamente la consola de mi hijo. Le cuento que hemos reservado uno de Pokémon y parece alegrarse, o sorprenderse. Desde donde estoy, fuera de su mostrador, no consigo distinguirlo. Me preguntan más cosas, como que si quiero un carnet de la tienda, pero yo ya me he esforzado lo suficiente en parecer agradable y respondo con un gruñido que hace que esa sea su última pregunta. Por primera vez en unos días me siento exultante, me levanta el ánimo saber que voy a hacer feliz a Hugo con ese pequeño gesto. Los centros comerciales son todos iguales, las mismas tiendas, las mismas marcas, las mismas familias. Niños agotados de correr delante de madres que no dejan de ofrecerles diferentes opciones para merendar, canguros en paro dando vueltas mientras vigilan a abuelos que cuidan nietos, esquinas llenas de chavales que solo se miran entre ellos, escaparates cansados de ser mirados por hombres aburridos. No paro de darle vueltas a la advertencia de mi hermana sobre empezar a recorrer el viaje

ya recorrido por otros, y que debo andar con pies de plomo. Al resto de los inconvenientes llevo tanto tiempo dándoles vueltas que tengo la extraña sensación de que este proceso de soledad, de separarme empezando por darnos unos días, ya lo había vivido. Me acuerdo de otra advertencia en un viaje, la que le lanzaban al profesor que quería llegar al centro de la Tierra en aquellas lecturas de mis sábados por la tarde, justo después de comer y de acabar de ver los dibujos de después del telediario. Recuerdo la frase exacta, cuando lo previenen de que está tomando el mismo camino que había seguido su predecesor para llegar al centro de la Tierra: «Tomo buena nota de la advertencia».

Me llaman de la oficina, escucho sin interrumpir, suelto un escueto «mañana lo vemos» y ya sé que me espera un día duro. Pensaba tomar algo en la cafetería que hay justo al lado de una tienda de zapatos que suelo mirar cuando paseamos los tres por aquí y, quizá, tomar una cerveza antes de volver al hotel. En cuanto llego al hotel y me quito los zapatos que quieren ser de piel y les paso la pequeña esponja para dejarlos listos para el día siguiente, suena el móvil.

—Dime.

—¿Vamos a vernos?

—Deberíamos.

—Mañana después del trabajo, ¿pasas por casa?

—No, fuera, en una cafetería, la que quieras, pero fuera de casa.

—La que hay en la esquina de tu trabajo, te escribo cuando salga. Acuérdate de que mañana será miércoles y Hugo tiene clases de inglés hasta las ocho.

—No dejo de pensar en lo que andará haciendo en cada momento. ¿Está por ahí?

—Es que... te hemos visto en el centro comercial, en el supermercado..., y no he sabido qué decir. Solo señalaba y

decía: «¡Es papá, es papá!».

—¿Cómo?

—Yo intenté convencerlo de que no, que no eras tú. No sabía cómo salir del atolladero y fingí que había olvidado algo en el coche. Cuando volvimos ya no estabas, pero no ha vuelto a hablar en toda la tarde.

—Tú eres quien le dijiste que me había ido de viaje. Soluciónalo, te lo pido por favor. Ayúdame.

—Y qué querías que dijera. Te fuiste de repente, ¿qué querías que le respondiera cuando no vio que volvías del trabajo? Siempre huyendo en lugar de hablar. ¿Por qué no se lo dices tú?

—Dile que se ponga, anda.

Cierro los ojos; le diré que ya me ha contado mamá que habéis visto a alguien que se parecía a mí, que a veces creemos ver a personas que tenemos muchas ganas de volver a tener cerca. Los segundos me parecen minutos, pero de fondo solo oigo: «Estoy harto de vuestras mentiras, lo he visto en el supermercado, lo vi desde la esquina de mi habitación salir el domingo, no quiero verlo, no quiero verlo nunca más. ¡Te odio, mentiroso!».

La llamada se corta y esta vez sé que no puedo hacer nada desde un teléfono. Su madre estará calmándolo, no sé si está arreglando la situación. Un fraude de padre, de marido. Voy al baño a echarme agua, pero también a que el espejo sea capaz de contarme qué estamos haciendo tan mal. La imagen que me devuelve me muestra a un señor ojeroso, cansado. Pálido y tan inseguro que dudo que pueda ser alguien capaz de responsabilizarse de un hijo. Yo le pregunto a ese hombre qué estamos haciendo. Se me queda mirando fijamente, pero no me dice nada. Creo que tampoco lo sabe. Solo le digo que, si no hacemos nada en la vida, nada seremos. Pero sigue callado. En unos días he pasado de ser un paria, un sintecho y un turista, a

ser un mendigo. A tener que hacerme a la idea de que ser padre solo es saber pedir limosna por la atención de un hijo.

Sigue tu propia aventura

Mientas me siento y espero a que me atienda, mi yo de hace veinte años deja una jarra y me mira como si entre nosotros reinara cierta confidencialidad. Puesto que aún no hemos cruzado ni media palabra, intento arrancar con unos buenos días, pero su determinación al posar la pequeña jarra de aluminio sobre la mesa me hace dudar si es conveniente saludarlo.

—Lo traje de casa, tendrá que calentarlo.

Estupefacto, miro la jarra y esta me devuelve un deformado reflejo lumínico con la imagen del camarero recogiendo la mesa de atrás. Me sirvo el café que he traído de la casa de mi otro yo y llevo a calentar al microondas solo la leche, para que temple el café. Tengo que esperar, porque un padre primerizo está calentando tanto el biberón que acabará por hacerlo hervir, así que va a tener que esperar un buen rato a que el bebé, que no deja de llorar, pueda tomárselo. Esos gestos nos delatan, no saber cómo reaccionar a la primera fiebre, al primer cólico, o no saber qué más hacer a las tres de la mañana para que se duerman. Saber que te lo están descontrolando todo y tú ya solo debes intentar no pifiarla tanto como para que el resto lo note. Oí durante meses cómo había que cambiar al niño, cómo y qué tenía que comer, cómo había que dormirlo, cómo había que cogerlo... Todos parecían saber qué hacer con mi bebé menos yo. Su madre me miraba paciente, sin darle importancia y quitándome las ganas de contestar que es mío, que haré lo que crea que tenga que hacer. Atiendo la llamada de mi secretaria para recordarme que me esperan a primera

hora. Consigo beber un café en condiciones gracias a la generosidad del camarero que, lejos de rendirse, saltó por encima de mí. Cuando me voy le dejo una tarjeta personal, a la antigua usanza, donde se ve el logo de la empresa bien grande, y le digo sin esperar respuesta que me llame en dos o tres meses.

Aprovecho el rato que me paso conduciendo para llamar a mi madre. Tras unos minutos de intercambio de frases de cortesía le preguntó por mi padre. Papá está sin quererlo, está, pero no sabe estar solo. No puede. Cada vez habla menos y me mira desde más lejos. Le vuelvo a recordar que nos vemos el fin de semana y le miento para no tener que explicarle por qué Hugo no viene. Las palabras de mi padre se pierden en el silencio, seguro que las dice, pero se las lleva la niebla de su cabeza. El nombre de las cosas se difumina. Los objetos desaparecen si no pueden ser nombrados. Seguro que están escondidos en el lugar secreto donde de pequeño escondía todo. La primera vez que lo noté fue cuando perdió durante horas las gafas que la edad le hacía usar y no pudimos ayudarlo a encontrarlas porque no era capaz de saber cómo se llamaba lo que buscaba. No quiero que sea eterno, la eternidad no está de moda. Ahora la inmediatez resulta ganadora. Pero no queremos morir, que no sea inmediato, no querer que mueran los que parecen eternos porque siempre estuvieron, desde que tienes memoria.

Lo nota la piel de mi frente, que el flequillo no logra taparme. Lo nota la piel de mi barriga, que se estira todo lo que puede para acoger lo inevitable. Lo nota la piel de mis patas de gallo cada mañana más visibles al no tener adónde ir, al llevar tres días sin tener a quién cuidar.

Hugo me miraba sin entender nada mientras yo le llevaba objetos que iba recogiendo por la casa y le preguntaba si era eso lo que no encontraba. Revolvimos media casa, teniendo

claro que no estábamos haciendo nada en realidad. Hugo empezó a amontonar toda clase de objetos en la repisa y cada cierto tiempo iba nombrándolos en voz alta por si acaso era uno de ellos. No sabíamos qué estábamos buscando. Si pierdes la voz, pierdes a tu mejor amigo. A tu confidente y al testigo de tus días. Parejas deseando que sus retoños digan sus primeras palabras para mandarlos callar constantemente con los años. Al final las encontró; estaban entre los cojines del sofá del salón donde no se entra, la estancia reservada para las fechas señaladas. Estarían allí días atrás y debieron de quedarse entre uno de los huecos de los cojines. Las encontró el único que podría hacerlo. Fue la primera palabra que perdió en un bolsillo. Aún no nos preocupó, tenía los bolsillos llenos, pero se fueron vaciando rápidamente. Le digo que no pasa nada, que es la vejez, y que el paso de la edad no se espera en el sofá. Que me gusta ese último cuadro suyo. Siguió pintando, siguió asistiendo a las clases, aprendiendo geopolítica y cualquier otro inútil saber durante algunos meses más.

Queríamos oírlo antes de empezar a hablar de él, de hablar de ella, de ponerle nombre. De imaginar si sería chico o chica. Habían pasado seis semanas de mareos y vómitos y de ensaladas de jengibre y teníamos cita a las doce y veinte en el hospital. No pudimos resistirlo, empecé a llamarlo como yo, su madre como una amiga que tuvo de pequeña, el mismo nombre con el que ya bautizó a su muñeca favorita. Tuvimos que pedir hora varias veces para hacernos la ecografía. A ella le pusieron mil excusas sobre las pruebas médicas que se piden a media mañana, a mí no me pidieron que volviera por la tarde. Salimos por la misma puerta, pero no cruzamos ninguna palabra al salir del edificio.

—¿Nerviosa?

—Mucho. ¿Y tú?

—Menos.

Nos habíamos sentado en las banquetas de plástico, enfrente de una puerta doble cerrada, como quien espera a que lo llamen para tomar la lección y cree que se la sabe de memoria, pero no se quiere confiar, así que la repasa en silencio una y otra vez. Seguíamos sin mirarnos, habíamos adoptado posturas diferentes, brazos cruzados yo, ella mirando el móvil. Nuestras piernas se tocaban mientras esperábamos para no olvidarnos de que andábamos a la par, de que cuando estaba acurrucada en mi hombro intentaba respirar a la vez que yo. La llamaron solo a ella y yo hice un amago de levantarme también, pues me sabía muy bien el tema cinco, el de la clasificación de los nombres.

Nombres propios, hoy lo llamaba como a mi hermana, ella como al presentador del telediario, porque dice que llamándose así llegará lejos. Lejos, ¿lejos de quién? Echaba cuentas, treinta años yo, nace. Cuarenta años yo, tendría diez. ¿Hasta cuándo le duraré? Noventa yo, sesenta él. Me empezaban a fallar los detalles a esa distancia. Me dejaron entrar detrás de ella. Sería el segundo que dictase la lección. Ya no recuerdo casi a la médica. No sabría decir si tenía el pelo recogido, si llevaba bata verde o blanca, si tenía los ojos oscuros o claros. Pero puedo volver a entonar su cálida voz.

Su «Está aquí, fíjate, ¿ves eso?», «Esa forma, eso es».

Yo dije que sí, aunque no veía nada y, además, no dejaba de mover el mango, con lo que no conseguía fijarme en los monitores. Decía que sí porque decir que no veía nada sería como admitir que no me creía que ahí hubiera algo mío, nuestro.

Su «Esperad, que ahora lo oiréis».

Me cogieron la mano, había olvidado que allí tumbada estaba ella, la madre. Solo tenía ojos para el monitor. Nos concentramos en la pantalla y la médica subió el volumen. Volvió a hacer una serie de maniobras, pero no permití que me

distrajera. Me apretaron fuerte la mano y tuve que mirar. A ella se le saltaban las lágrimas, el rímel estaba deseando perderse. Irradiaba ternura. Así, tal como me miraba ese día, nunca nadie volvió a hacerlo. Justo cuando quise acercarme para sentir su cara, un estrepitoso ruido con una mínima cadencia me hizo volver a girar el cuello hacia el monitor.

Su «¿Lo oís?, aquí está».

Fuimos a celebrarlo, yo creo que brindamos juntos más de tres veces. Ella volvió a la oficina, al turno de tarde, mientras yo busqué a los amigos del barrio para seguir de cervezas en la plaza que forman dos aceras que se cruzan entre los coches aparcados y los papeles del suelo. Allí donde de niños jugábamos con el balón. Como llegué el primero, me senté en el banco que está justo detrás de la única mercería que quedaba abierta en la zona. Aún fumaba en esa época, así que con toda la parsimonia que pude me encendí un cigarro, y la primera calada fue como un grito de celebración. Enfrente había un grupo de niños que jugaban al fútbol. La verdad, dos de ellos se defendían medianamente bien y el resto de los jugadores los perseguían. Al menos estaban en equipos diferentes. Uno de ellos amoldaba su juego a su equipo, repartía pases desde el interior, daba indicaciones sobre a quién cubrir y no dudaba en dejar que el resto de los jugadores finalizasen las jugadas. No lo oí quejarse de ninguno de sus compañeros. Sin embargo, el otro capitán jugaba para él, sus compañeros lo molestaban, a veces les gritaba que se apartaran como si también tuviera que regatearlos. Todo terminaba de la misma forma, con él chutando a puerta, daba igual lo lejos que estuviera la portería improvisada que habían montado. A veces entraban, a veces no. Solo él celebraba sus goles. Cuando vinieron los del barrio nos sentamos en la terraza, ya de espaldas al partido, y creo que volví a brindar tres o cuatro veces más.

Ahora estamos ante la misma puerta del edificio, tampoco nos hablamos. Debe de hacer unos seis años que no trabaja aquí, de modo que me espera fuera. Además, ya le quedan pocos compañeros que saludar. Hago otro amago, esta vez de darle dos besos, quizá abrazarla. El gesto no resulta y yo no sé qué hacer con las manos ahora mismo, así que las meto en los bolsillos pensando «y ahora, ¿qué?». Solo han sido unos días. Sigue firme, sin acercarse. Hasta que arrancamos, pasados unos segundos mirándonos sin saber qué hacer, hasta que pronunciamos un «vamos» casi al unísono. En la esquina hay una cafetería donde, desde la hora de los desayunos hasta la de las cenas, suele haber bastante ruido, así que me oiré menos. Nos sentamos uno frente al otro, yo veo la puerta de salida, mientras que ella ve la puerta de entrada al baño. Tenemos un gran ventanal a nuestro lado. En la barra, los rezagados apuran sus bocatas y algunos ya se toman el café de la tarde. Hay tanto barullo que tenemos que incorporarnos para oírnos. Huele como me esperaba. Me mira. Pregunto por Hugo.

—Enfadado, no entiende por qué le hemos mentido. Está en extraescolares, ya te lo recordé ayer. Mi madre irá a recogerlo.

—No puedo más.

Lo suelto con un hilo de voz tan débil, pero tan firme, que si me lo dijeran a mí en ese tono no sabría qué contestar.

—Hay otras formas de hacerlo, lo hemos hablado otras veces. Deberíamos ir a terapia. Somos una familia.

Yo no quiero negociar, no quiero volver a empezar. Lleva el pelo suelto, entre el cabello lacio distingo el inicio de las orejas. No lleva pendientes, el lóbulo inferior derecho está un poco enrojecido. No le veo el cuello porque lleva un jersey muy fino, negro, de cuello alto, quizá de algodón, que no recuerdo haberle visto puesto antes.

—No puedo más.

Coge con las dos manos la manzanilla que se ha pedido al

sentarnos y bebe un sorbo pequeño. Lo suelta y decide echar un poco de azúcar. Yo empiezo a mirar detrás de ella. Sale un chico del baño y le obstruye el paso a una señora que se encuentra en el pasillo esperando su turno. Un camarero con acento sudamericano suelta un «¡marchando!» y se oye la moneda que al caer indica que el bote está un poco más lleno. La máquina tragaperras intenta llamar la atención de alguien, de quien sea, con una canción pegadiza y unas luces histriónicas. Nos quedamos callados, dejando que el ambiente del bar hable por nosotros.

Percibo cómo va perdiendo las ganas de seguir hablando conmigo e imagino que pensará que lo que falla siempre es no saber comunicarnos, no saber expresar con palabras que ahora mismo ya no somos nada.

—Démonos una tregua, ven a casa. Hablamos con Hugo y te tomas el tiempo que necesites. Aléjate, pero no te vayas.

Un cliente desaliñado y con las manos llenas de pintura blanca apura el bocata mientras paga. Aprovecha las monedas sueltas que los camareros le dan a posta para echar algunas en la máquina, y esta lo saluda afectuosamente con una canción de bienvenida y lo anima a seguir jugando al grito de «¡Avances!». La señora sale del baño tan despacio que dudo que tenga a donde ir. El chico del baño se despide de los camareros con un afectuoso «hasta mañana» mientras se va colocando el casco de la moto.

—No puedo más.

—Háblame, dime algo, mándame a la mierda, pero habla de una vez. ¿Hay otra, o qué? ¿Eso es lo que quieres?

Me miro el puño de la camisa, lo sujeto con los dedos y lo saco por fuera de la americana de lino tostado. Creo que nunca había ido peor vestido. Los zapatos no van ni con el cinturón ni con la correa. El puño de la camisa empieza a amarillear. Hago lo mismo con el otro puño, intentando ganar tiempo antes de

soltarlo todo. El zapato derecho está bastante más sucio que el izquierdo. Intento, de manera forzada, que este silencio la incomode tanto que sea ella quien termine diciéndome lo que necesita oír, y así saber que no me equivocaré diciendo otras palabras. Me pesan los hombros y justo cuando termino de acomodar los puños de la camisa me quito la chaqueta, demorándome todo lo que puedo en colocarla sobre el respaldo de la silla y procurando que no toque el suelo, aun a sabiendas de que en cuanto me vuelva a apoyar se arrugará. Me oigo tartamudear. Cuento, explico, que no es eso. Que no hay nadie. Que somos nosotros, que algo me aprieta en la tripa desde hace años, que me voy a la cama con la misma cara tibia que pongo al levantarme. Que ya no cambio de expresión desde la mañana, que voy como un autómata, un robot que ya no siente, que debe de haber algo más que no sea llegar a la noche sin más ganas que de meterme en la cama y esperar, de nuevo, a que salga el sol para querer volver a estar debajo de las mantas y las sábanas que me escondan. Ser invisible, incorpóreo hasta que llego a la oficina y hago como que soy un alto cargo cualificado. Que relleno los huecos del fin de semana entre las actividades lúdicas de Hugo y las tardes de sábado, primero visitando a mis padres y más tarde, en el centro comercial, oliendo el aburrimiento de los demás.

Al final, de tanto repasar en voz baja la lección, no he sabido recitarla bien.

—No sé qué más esperabas, tienes todo.

Miro por el ventanal la claridad que Madrid, aun a estas horas, es capaz de ofrecer. No oigo nada de lo que sucede fuera, solo veo unos plataneros tan ornamentales como impertérritos a lo que sucede aquí dentro, porque ellos tampoco son capaces de escucharnos desde allí. Un señor con un traje de otra temporada va con prisas, mientras una muchacha con la tez quemada recoge una mierda de perro.

Casa, coche; mujer e hijo. Como un *pack* completo. Tengo salud, un hijo precioso. Él tiene una madre, una buena madre. Me tiene a mí, una estafa de padre. Pero yo no sé qué más tengo. Tengo llamadas de teléfono de la mía, de mi hermana, visitas de sobrinos que me sacan de quicio. Tengo un padre que ya no habla, conocidos que para quedar con ellos hacen falta semanas de organización. Un trabajo que odio, una casa que nunca considero mía. Parejas de vecinos que hacen de amigos a las que no aguanto, con las que no sé de qué hablar, amigos del barrio con los que no quedo y a los que ella no aguanta, que dejaron de incluirnos en sus planes.

Tuve pareja hasta el domingo pasado. O la tendré hasta dentro de unos minutos. Una pareja a la que me paso días sin mirar y con la que llevamos años sin darnos placer. Que no me busca, que no dejo que me encuentre. Y no hay otra. Quiero volver a tener sexo con alguien que me desee y no finja hacerlo y que, durante esos momentos, solo me preocupe disfrutar. Al acabar, por favor, que no me recuerde que no me acueste con los calcetines puestos, para que no ensucie las sábanas que ha cambiado esta mañana. Que, en lugar de eso, sepa contarme la intensidad del placer obtenido y dado.

—Me quiero separar, quiero divorciarme.

Ya está dicho, lo solté como se le dice a alguien «te quiero» la primera vez. Rápido y casi sin pensar las consecuencias. Siento una tranquila impaciencia por saber qué va a responder de primeras, una de esas respuestas que se lanzan casi sin pensar. Yo dije «te quiero» la primera vez un verano en el sur, donde creí enamorarme. Cuando se lo solté a mi deseada morena me miró con un gesto de incredulidad y, casi al instante, se echó a reír. Tenía mis manos en su cintura y mientras la apretaba contra mí no dejábamos de besarnos. Una playa con una arena que ahora mismo me molestaría, una luna que parecía haberse aliado conmigo para que pudiera ver a la

chica, una hamaca ya sin colchoneta, de la que ahora me quejaría por su incomodidad, la marea bajando, el aire salado... Ella, mucho más ducha que yo en estos temas, me contestó que eso no era querer, eso era tener ganas de follar, y que para conseguirlo solo tendría que decirle al oído las ganas que tenía de hacerlo. La amé de una manera desesperada ese verano durante el cual me hice adulto. La llamé dos o tres veces a la vuelta de vacaciones e intenté seguir viéndola, pero todo eran risas y amables propuestas de citas que nunca llegaban a materializarse. No volví a verla, no volví a veranear con mis padres ni visité nunca más aquel emplazamiento turístico del sur. Somos lo que el primer amor que tenemos fuera de nuestras casas nos hace sentir. En este silencio puedo oler ese mar, pero también comprobar lo inútil de estos recuerdos que no tienen valor para nadie. La pérdida de tiempo que supone recordar que fuiste feliz. No contesta, así que sigo hablando.

—Quiero la custodia compartida, pasar la mitad del tiempo con Hugo.

Me vibra la voz cuando lo digo. También me gustaría decirle que tengo miedo. Miedo a estar equivocándome. Ese miedo que te hace aferrarte a cualquier cosa para sentirte protegido. Un miedo que provoca náuseas, vómitos y dolor de cabeza. Tras el cual solo se esconde la posibilidad de que esté destruyendo toda una vida, de hacernos daño aunque, en el fondo, lo único que quiero es dejar de interpretar mi estafa, como marido y como padre. Como amante, ya ni siquiera sé el rol que me corresponde.

—¿Cómo vas a querer pasar la mitad del tiempo con Hugo si hasta ahora, que hemos vivido juntos los tres, no te has ocupado de él? ¿De repente quieres empezar a preocuparte?

Balbuceo un «siempre estuve ahí» con un tono de voz tan suave que parece cartujo y dudo que haya resultado inteligible. Ella gana por goleada. Jugamos en un mismo equipo, pero no

tratamos el balón igual. Vienen una serie de preguntas ante las que me quedo en fuera de juego. ¿Cuándo fue la última vez que bañé al niño? ¿Cuándo me quedé en vela para ver si le bajaba la fiebre? ¿Cuándo fue la última vez que hablé con la tutora?

Nuestra conversación se ha terminado. Ha recogido su gabardina de entretiempo y se ha marchado indignada, entendiendo aún menos que cuando llegó. Quiero andar, perderme por estas calles de Prosperidad que rodean el edificio donde trabajo. Sentarme en un banco y mirar. Hay un parque justo unas manzanas más arriba, cruzando dos avenidas con pasos de peatones que quedan a desmano. Es bastante pequeño, como una plaza de un pueblo extremeño en invierno. Elijo un banco donde pueda obtener una vista panorámica de abuelos paseando, niños con madres y perros con correas. Busco con la mirada si hay niños jugando algún partido improvisado. Tampoco me importaría conocer a alguien por aquí y que nos sentáramos a hablar un rato de nada, echarme un cigarro si no hubiera dejado hace años de fumar, o que el yonqui de mi barrio me pidiese uno. En verano la plaza del pueblo de mis padres es inmensa. Los niños corretean, las familias cenan melón con jamón mientras la juventud hace botellón en el parque que da a la orilla del río y todo huele a dama de noche. Me quedo mirando al resto, a lo que me rodea. Por hacer tiempo.

Después de oír a Hugo la primera vez, estábamos flotando. Organizábamos y deshacíamos todos los planes que se nos iban ocurriendo. Al final, a última hora de la tarde, decidimos pasarnos por casa de mis padres. Fuimos andando, mientras pensábamos cómo se lo íbamos a contar a la otra abuela. Mirábamos las casas más antiguas del barrio. Había hileras de hogares que parecen pueblos sureños a los que les falta la cal, los geranios y el regusto que deja el aceite en todos los alimentos. Llegamos ya entrada la noche, sobre las nueve. Esa

hora, en verano, puede ser el comienzo de cualquier aventura. En pleno invierno, hace más de tres horas que ha anochecido. Como quería que siguiera siendo una sorpresa, abrí con mis propias llaves. La puerta de entrada está enfrente de la salita. Al oír el ruido, mi madre se acercó a la entrada. Llevaba puesta una bata llena de lamparones, de un azul desteñido que cada vez se iba pareciendo más al blanco, como si le estuvieran saliendo canas también. Debía de llevar muchos días sin ir a la peluquería, no solo por las raíces, que nunca se las había visto, también por el aspecto descuidado del pelo. No llevaba zapatillas de estar por casa. En su lugar, se había puesto unos calcetines marrones que le venían grandes y no debían de ser de ella.

—No sabía que venías hoy, ¡qué vergüenza! ¡Qué va a pensar mi nuera!

Nos explicó que tenía cita para la peluquería el jueves, que como casi nunca salía no la pidió hasta que no estuvieran más cerca las fiestas de su pueblo extremeño.

—Esta es mi bata preferida, sé que está vieja, pero es que me la regalaron cuando mi boda junto con un albornoz, que ya lo he tenido que tirar porque no servía ni para trapos. Las zapatillas me hacen daño en los dedos y les entra humedad, así que, por encima de los calcetines, me coloco unos de tu padre. Lejos del brasero, siempre tengo frío.

Ella ni se inmutó, ni ante la escena ni ante sus explicaciones.

—En unos diez minutos subirá tu padre del bar.

Mientras nosotros avanzábamos hacia ella, desde el otro extremo del pasillo se quejaba de que no sabía qué le había entrado a mi padre con el bar, que ahora bajaba cada tarde. Yo le estaba diciendo que quería coger algo de ropa que todavía tenía en mi cuarto. Lo dije como excusa, pero también porque había un abrigo de plumas de los noventa que me podría servir para las caminatas por el monte.

—Ha pasado de criticar a quienes se tiraban todo el día fuera de casa a ser el que más tarde vuelve a entrar.

Iba detrás de nosotros por el pasillo, soltando su cantinela. Al abrir la puerta de mi antiguo cuarto, no me creía lo que encontré. No es que las camas no estuvieran preparadas, es que estaban sin hacer, había ropa vieja nuestra tirada, dos o tres juegos de zapatillas por el suelo y la percha detrás de la puerta tenía tanta ropa colgada que me costaba abrirla. Mirábamos la escena sin entender nada y empecé a dudar si haber llegado sin avisar había sido una buena idea. Cogí el abrigo de tonos ocres y esperamos a mi padre en la sala de estar.

Empezó a sonar el traqueteo de las llaves y, al momento, el sonido de las cerraduras. Sus tentativas de abrir la puerta principal no prosperaban. Miré a mi madre y noté que la cara se le iba desencajando. Al tercer o cuarto intento, mi madre saltó del sofá y se fue hasta la entrada. Pisos pequeños, con habitaciones a ambos lados del pasillo, que de niño hacía las veces de pista de carreras y por el que ahora corría mi madre para sofocar el incendio. Iba farfullando:

—¡Ay! Este hombre me va a matar a disgustos.

Mi padre entró tambaleándose. El mismo que durante cuarenta años había trabajado mañanas y tardes solo por nosotros, por creer que esa era su única responsabilidad. El mismo al que le contaron que llevar dinero a la familia es la única obligación de un padre. Y al mismo a quien le decían que eso era lo que tenía que hacer, ahora le dicen que no puede estar todo el día en el bar. Antes solo los sábados, ahora todas las tardes. Llevaba tal borrachera que me dio un abrazo y un beso al verme, creo que esos fueron los últimos. Mi madre le tuvo que contar a la mañana siguiente que estuvimos en casa para decirle que iba a ser abuelo de nuevo.

Una encrucijada, una elección de opciones. Aquí, desde este banco, me acuerdo de que entre los libros juveniles que solía leer de manera compulsiva había una serie que se llamaba algo así como «Sigue tu propia aventura». Llegué a tener tres o cuatro de diferentes editoriales, todas con el mismo funcionamiento. Al final de cada capítulo te planteaban algunas opciones y tenías que decidirte por una. Cada decisión tomada te llevaba a otro número de página, lo cual podía significar el final de la aventura. Tenías dos opciones: volver a la página donde tuviste que elegir y seleccionar otra, o rendirte y dejar de leer el libro. Seguir adelante cuesta tiempo, paciencia y cierta destreza; y abandonar algo que creías que era tuyo puede llevar la vida entera.

Las últimas veces

Acabo de aparcar el coche en la plaza Roja, aunque creo que ese no es su verdadero nombre. Podía haber dejado el coche justo debajo del portal de la casa de mis padres. He decidido dejarlo cerca de nuestro primer piso. Solo hay dos o tres kilómetros entre los dos pisos. Voy con Sombragris, así que no me preocupa dejarlo aquí las horas que hagan falta. El estanque está vacío, el jardín presenta grandes calvas de hierba y la que queda tiene un tono bronceado que se va perdiendo al final del verano. Mañana hará una semana que no pude más. Paso por Pedro Laborde, me asomo a mi portal.

En cuanto terminé de estudiar y empecé con los primeros trabajos esporádicos, quise mudarme a este piso. Hoy hay anuncios de cerrajeros y el botón del tercero-dos está quemado. Me costó convencer a mis padres de que me dejaran el piso, ya que lo tenían alquilado, le venía bien a la economía familiar. Pensar en la familia siempre me recuerda mirar álbumes familiares. Siempre dos en concreto: el de la boda de mis padres y el de mi hermana y yo de pequeños. Cuando crecimos, desaparecieron los álbumes. Ahora que me separo tampoco tengo que preocuparme de quién se quedará los álbumes familiares que no tenemos.

Tienen los barrios de Madrid algo que asemeja la capital con las ciudades de provincias. Tienen plazas que hacen de alamedas por donde pasear las tardes en las que lucirse, parques que rellenan los huecos que las promotoras de los años setenta desecharon, casas bajas donde solo faltan las abuelas en las puertas. Durante dos o tres meses se lo fui planteando a mi

padre. Me ofrecí a pagar el alquiler y los mismos gastos que cualquier inquilino. Daba por sentado que no podría conseguir mejores dueños, no serían intrusivos y estarían siempre atentos. Sin embargo, lo que más me atraía era vivir donde habían vivido por primera vez mis padres recién llegados a la capital, estar en el mismo cuarto donde se había criado mi hermana durante los tres años en los que fue hija única y dormir donde mis padres soñaron con otro hijo. Tienen los barrios la misma gente que las ciudades de provincias. Las dos calles a las que da el edificio de los pisos de los señoritos de Pedro Laborde tienen la misma población que el pueblo natal de mis padres.

Anoche llamé a Hugo al móvil de su madre. Mi interlocutora, con un tono de azafata que ha memorizado las instrucciones antes de que despegue el avión, me informó de que mi llamada no sería atendida por motivos de odio. Le pregunté qué tal estaba mi hijo. Lo único que saqué en claro fue que la semana que viene hablaremos con el abogado. Me acordé de que, desde hace unos años, antes de que mi madre sucumbiese a la idea de tener móvil, tenemos fijo en casa. Intenté recordar en vano un número que nunca llegué a memorizar. Podría decir los fijos de la casa de los padres de cada uno de los amigos de la pandilla; sin embargo, no me sé ningún móvil, ni el fijo de la casa de Tres Cantos. Busqué el número de casa sin acordarme de con qué nombre de contacto lo había guardado. Por «casa» no salía, el único contacto que se autocompletaba era «Casa Vallecas», y dudo que ese número siguiera operativo. Por «Tres Cantos» tampoco lo encontraba, así que, tumbado en una cama sin dueño, empecé a revisar uno por uno los contactos. Empezaba a atardecer cuando, después de contestar unos correos electrónicos, actualizar la agenda para el lunes y leer en diagonal los titulares de dos o tres periódicos en el móvil, encontré el contacto. No recordaba la última vez que había sonado ese timbre tan agudo en la salita, solo anhelaba que

fuera Hugo quien lo cogiera. Por la hora que era, ya estaría cenando mientras veía algo en la televisión. Pulsé el botón de llamada del contacto «Adosado con jardín» y empecé a contar los tonos.

No lo cogió nadie.

Hay dos formas de llegar desde aquí hasta la casa de mis padres. Puedo atravesar el barrio o bajar dando un pequeño rodeo por la avenida Pablo Neruda hasta la Asamblea de Madrid y allí, detrás del centro comercial, aprovechar para comprar algún postre. Acelero un pie, murmuro un «izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda», y mi padre me lleva de la mano; estamos acompañando a mi hermana a clases de danza. Sigo andando, marcando el ritmo, y soy yo quien llevo de la mano a Hugo con tres años. Estamos escoltando a su madre al coche mientras gritamos tan alto como podemos el paso militar antes de empezar a inventar nuestros propios pasos más complicados. Sigo andando, buscando la sombra de los edificios, mientras pienso cómo poso primero el talón de mi pie delantero y me imagino descalzo por un camino horadado por piedras incrustadas que asciende por una montaña llena de arbustos secos, charcos embarrados llenos de agua y polvo que genero al andar y que me molesta en la nariz.

Resuenan las palabras de ella preguntándome sobre mis últimas veces. La última vez que bañé a Hugo todavía usábamos la cómoda que incorporaba una pequeña bañera de plástico en la parte superior y que, al cerrarla, servía como cambiador. El plástico que recubría la parte blanda tenía una casa roja, un avión azul y un árbol verde. Son las tres primeras palabras que se empeñaba en decir antes que yo. Le gustaba que fuera cambiando los colores. En la esquina superior derecha se empezaba a ver el relleno. La última vez que lo bañé debí de poner el agua muy caliente, pues dio un respingo mientras me agarraba el pulgar con todos sus dedos. Volví a

tocar el agua para comprobar si el pez que hace de termómetro me estaba diciendo la verdad. Como las quejas no cesaron, lo cogí con una mano apoyando su cuerpo contra mi pecho y mi hombro y con la otra llené una jarra de agua tibia del grifo. Lo volví a sentar cuando ya había llenado la bañera. Una vez sentado, empezó a chapotear. Desnudo, frágil y dependiente. Usé la jarra para lavarle despacio el pelo mientras se entretenía con tapones de geles y champús que le tenía preparados para que no notase el esfuerzo que me cuesta hacerme valer. Abría y cerraba cajones torpemente, me dejaba las cremas, olvidaba partes de su muda encima de la cuna o no tenía toallitas, los pañales eran de otra talla..., como aquel día que le puse un pañal de piscina. Sonreía cuando, aún mojado, lo arropé con la toalla. Bajé el cambiador y nos pusimos a enumerar sus tres objetos. Les cambié los colores y sin hablar, sin emitir ningún sonido, sabía que estaba a gusto. Le puse un bodi blanco de puntillas que me costaba abrochar mientras él no dejaba de jugar con mi mano. Las manos le hacían de primer juguete, las suyas y las mías. Lo dejé encima de la cama de matrimonio, justo en medio, y empezó a cogerse los pies mientras yo terminaba de encontrar el pijama. La última vez que lo bañé, su madre había vuelto a trabajar. Después de la baja por maternidad, no la reincorporaron a su puesto; tras unas semanas sopesando si debía hablar con sindicatos o con abogados, aceptó la oferta de cambio de turno que le ofrecieron. La necesidad nos obligó a asumir que, en adelante, su trabajo de teleoperadora sería en horario nocturno.

Elijo bajar por la avenida. Voy despacio, sin prisas, tratando de reconocer a alguien del barrio. Como en un primer intento no conseguí hablar con Hugo, esperé diez minutos y volví a llamar. Creo reconocer a uno de los yonquis históricos del barrio, pero va andando por la acera de enfrente y desde aquí no estoy seguro de si es él. Lo llamo por su nombre, se gira, me

mira desde la distancia unos segundos y al cabo de un momento prosigue su camino cuesta arriba. Sigo sin saber si era él o solo se volvió al oír una voz que gritaba. Habrá sobrevivido a los amigos que se le han ido cayendo, como los dientes. Puede que sea un náufrago agarrado a lo único que flota a su alrededor. Los ochenta arrasaron. Tengo varias imágenes suyas. La que me viene en este momento a la cabeza es cuando lo vi vendiendo clínex en un semáforo de la avenida de la Albufera. Si bebía café, era el que más bebía; si jugaba al fútbol, era el que más fuerte iba a los cruces; si jugaba a las tragaperras, se dejaba el sueldo que empezaba a ganar en la obra. Una tarde lo vimos con una barba de tres semanas y una bolsa de limones mientras hacía señales a un coche destartalado, un Supermirafiori de color azul en cuyo interior iban tres o cuatro tíos con sus mismas pintas, que ni siquiera lo miraron cuando subió. Las barbas largas ocultan raíces. Se dejan crecer para demostrar que se está sufriendo. Ocultan cercos, fosas y caídas. No dejan ver la cara para que solo notes una parte del dolor. Tengo el recuerdo de olores suyos, desprendía sudor y grasa, dermatitis y psoriasis.

En el momento en que nos anunciaron que la parte más delicada del embarazo había pasado, volvimos a pasear por la Gran Vía. Siempre rodeados de gente, despacio, mirando escaparates de tiendas para turistas. Andábamos en dirección a la plaza Mayor. Lo mejor para conocer una ciudad son ese tipo de locales donde las postales que no se mandan se acumulan junto a los imanes que esperan su frigorífico. En las pocas escapadas que hice en esa época descubrí el arte de ser turista por un día y no disimular que lo eres. No hace falta una oficina de turismo cuando puedes entrar a comprar un imán. No hace falta irse muy lejos para sentir que eres un viajero sin quehaceres. Yo disfruto perdido en una ciudad en la que no sé llegar a ninguna panadería, en la que me cuesta aparcar, donde

no sé encontrar el centro histórico.

Sigo bajando la avenida y recuerdo otros sábados, otras tardes. Un sábado, en que ella quería pasar el día charlando con su madre, conduje hasta Valencia. Cuando llegué, solté el coche en el paseo de la Malvarrosa y paseé, sin más. Lo primero que hice al llegar al centro fue entrar en los locales predestinados a mi oficio turístico. Miré postales, todas las que tenían sobre la ciudad. Ahí elegí qué visitar. Las repasé y tomé nota en una pequeña libreta. Cada ciudad vende lo que quiere y puede: pórticos de catedrales, detalles de mosaicos, jardines con fuentes, paseos marítimos, casas de colores al atardecer. Para comer salí de la zona turística. No por el precio, ni siquiera por una mejor calidad; solo para poder volver a entrar otra vez como turista. Busqué un restaurante donde el mantel de papel blanco siempre estuviera sujeto con pinzas rojas. Lo aprendí de uno del barrio, hay que pedir siempre lo que el camarero te recomiende.

—¿Qué pedirías tú si quisieras comer aquí?

Esta vez no tuve suerte. Me contestaron que nada. La primera idea fue irme. Como tuvo que volver a dejar la bebida que ya había decidido, quise insistir.

—Si pudiera comer fuera, no me quedaría en mi lugar de trabajo.

Daba igual la calidad de la comida, el precio y su situación laboral. No iba a comer ahí. No elegiría ese restaurante. Le pregunté que si lo invitasen, por el hecho de trabajar allí, y la comida le saliera gratis, entonces sí se quedaría.

—De ninguna manera, no comería aquí.

Los sábados por la tarde, en el *impasse* de la comida, todas las ciudades cambian. Turnos diferentes que hacen el cambio de guardia cuando los locales cierran a mediodía. Gente que va a comer a casa mucho más tarde que entre semana. Gente que tiene que volver a abrir el negocio. Las tardes del sábado se

diluyen y se mezclan con la promesa de un eterno descanso dominical y la emoción de la llegada de una noche que pueda dar de sí. Al diluirse la mezcla, puede decantarse hacia un lado u otro, dependiendo de quién sostenga el cóctel. La fuerza de las manos se va perdiendo, las carnes cuelgan. La promesa que ofrece un domingo se estropea siempre cuando llega la tarde. Comparar ambas tardes es un ejercicio digno de recordar toda la vida. Las tardes son tan iguales y a la vez tan distintas que sus promesas son opuestas. Cuando hoy termine de comer, el barrio será otro; cuando mañana sea domingo, habrá pasado una semana sin que haya visto a Hugo.

Una vez acabé de comer en el restaurante de fritanga blanca, caminé de vuelta al coche hasta el paseo marítimo. Había salido el sol después de unos días parcialmente nublados y la playa se llenó de familias. Los miraba desde lejos y me parecían ideales. Desde la distancia parecen unidades propias que se mueven al mismo son y a las que se les podría poner música. A veces se mezclaban, se saludaban, se abrazaban, pero las unidades volvían a su esencia para seguir bailando dos pasos a la derecha y tres a la izquierda. A fin de evitar el trasiego y de que invitasen a pasear con ellos, me senté en la arena, dispuesto a recrearme con la visión del mar, pero no pude evitar seguir observando a las personas de la playa. Aquí abajo las unidades han desaparecido para dar lugar a los conjuntos. La edad hace que sean conjuntos parcialmente uniformes, distribuidos en grupos que oscilan entre las cinco y las once unidades. Se organizan en torno a planetas que buscan satélites, los cuales, a su vez, buscan gravedad. La fuerza de su gravedad oscila en consonancia con la de los planetas tendentes a chocar y a repelerse entre sí, de forma tan caótica que los satélites no tienen claro por qué fuerza dejarse atrapar. Los eclipses que forman los planetas no tardan en declinar, al no tener nada con que mirarlos. Cuando cae el día se produce otro

cambio de guardia. Los soldados se dedican a pasear delante de reyes y reinas y esta parte me entretiene menos. Busqué el coche para emprender el camino de regreso con el placer de haberme sentido ilocalizado durante unas horas. Siempre viajo en sábado para poder creerme las promesas del domingo. La promesa para mañana domingo es que no voy a pasar otra semana sin ver a mi hijo. La promesa para esta tarde de sábado es volver a reírme con los amigos del barrio.

Llego a mi calle, a la patria que abandonamos cuando creemos dejar de necesitarla pero que nunca termina de irse. La forman el descampado que ya no existe, los portales con rampas añadidas a medida que los vecinos fueron envejeciendo, otras cuestas que dan a garajes que se abren para dejar de ser porterías, paradas de metro que te ayudan a huir y a volver. Un cuarto infantil, casi adolescente, que habría que mantener tal y como se quedó, pero que ha acabado convirtiéndose en ropero de tus padres, en cuarto de invitados. No quiero volver a esa infancia, pues ya la doy por vivida, pero sí mantener las cosas sencillas que me gustaron de ella. Iba a llamar al portero automático para avisar de que ya estoy aquí cuando la vecina del cuarto me saluda mientras arrastra un carro de la compra. Reconozco la voz, reconozco esa cara que no ha cambiado en los últimos veinte años. Mientras abre la puerta y la ayudo con el carro empieza su monólogo, sin darme tiempo a responder.

—Qué alegría se van a llevar algunas... Tu hermana llegó hace un rato. ¿No viene Hugo? A tu padre le habría gustado verlo. Ya te contaron, ¿no? El otro día se escapó.

Aunque la puerta ya está abierta, llamo al primero B y respondo con un rápido «soy yo». Le abro a la vecina la puerta del ascensor y subo por las escaleras. Huele a ropa húmeda, un olor desagradable y casi nauseabundo de alguien que no ha secado bien las prendas y se las ha puesto antes de tiempo.

Miro hacia arriba entre el hueco de las escaleras para ver el edificio entero.

La última vez que me quedé en vela cuidando a Hugo tuve que llevarlo a nuestra cama, ya casi de madrugada. Su madre no llegaba del trabajo, el cercanías se averió y estuvieron parados, sin poder avanzar ni retroceder. Pensó en coger un taxi, pero al final decidió quedarse y desear que no fuera por mucho tiempo, pues se olvidó de cargar el móvil y además solo se sabía de memoria el de su madre. Al ser tan temprano, no quiso llamarla, por no asustarla. Esa noche en vela, con paños húmedos, Dalsy y canciones de cuna que iba improvisando y cambiándoles la letra según las repetía mientras paseaba por el pasillo, se me hizo eterna. Cada vez que lo ponía en su cuna lloraba desesperado, gritaba tan fuerte que parecía que necesitara una presencia continua para no sentirse abandonado. Lo llevé a mi cama; yo, de costado secándole el sudor; él, quejicoso, farfullando sin cesar. Nos mirábamos y hacía una mueca, una especie de medio sonrisa de tunante. Y así consiguió dormirse unas horas. Como ella no llegaba ni respondía al móvil, le cambié la ropa que había empapado por la noche y lo llevé a Vallecas. Cuando mi madre descolgó el teléfono, creo recordar que no fue hasta la tercera llamada, se asustó.

—Tráelo aquí.

En cuanto llegamos acunó a Hugo en su regazo mientras yo le daba mil y una instrucciones sin que ella levantara la mirada. Fue de las primeras veces que desaprendimos a discutir como padres y empezamos a gritarnos como compañeros de piso que cuidan por turnos un bebé. Un hijo duele, eso nadie se atrevería a discutirlo, pero una madre a las siete de la mañana a medio despertar sabiendo que en ese momento es imprescindible, duele también, hiere y resquebraja cuando vuelves a coger el coche para tirarte otra media hora de

frenazos y paradas pensando en cómo hemos podido llegar a eso. Duele ver que envejecen, que te reclaman como yo los reclamé, oír como se despiden pidiéndote que cuando vuelvas a recoger a tu hijo te quedes a comer con ellos. Al cabo de unos meses, ella dejó de trabajar.

La puerta está abierta, se oye al fondo una cafetera silbando y reconozco el tono de mi madre hablando, aunque desde donde estoy no entiendo qué dice. Siempre me fijo en las tres fotografías que destacan encima del austero mueble de la entrada. En la primera, los abuelos de Hugo miran a cámara, muy arreglados, como de película clásica, aunque no una española que te recuerde el hambre que pasaron, sino una americana, de metas cumplidas. Sé que se la hicieron justo al llegar a Madrid y la ropa se la prestaron unos amigos del pueblo que habían llegado antes. Ambos están guapos, jóvenes y, seguramente, enamorados. La siguiente somos nosotros cuatro —con «nosotros» me refiero a ellos dos, a mi hermana y a mí—. Yo no miraba a la cámara porque por detrás la tía de Hugo me estaba pellizcando sin dejar de sonreír, mi padre nos miraba con cara de que nos estábamos ganando un azote y mi madre sabía guardar la compostura. Todo eso lo sé porque yo estaba allí. Desde aquí, esos matices solo se insinúan. En la última solo están los tres primos, el primo mayor —el jefe de la tribu—, en medio. Los dos pequeños, sus escoltas. El primo mayor sonríe forzando la mueca, los dos pequeños posan serios. Ese día desquiciaron tanto a los abuelos que mi hermana y yo tuvimos que ir a recogerlos. La historia se va perdiendo, mi madre dice que no fue para tanto, que solo nos llamó porque no se encontraba bien, mi hermana hace como si no se acordase.

Volví a insistir, llamé una tercera vez al fijo. No pensaba dejar de llamar hasta que alguien lo cogiera. En la casa ya debían de estar sonando esos esperanzadores timbrazos que

anhelan ser atendidos.

La última vez que me sentí padre fue hace unos tres años, al inicio de primaria. Hugo no lo pasó muy bien durante ese cambio de etapa y su tutora, que le exigía más de lo que el niño era capaz de dar en ese momento, nos llamaba mensualmente para que le confirmáramos lo que ella ya sabía acerca del ritmo de aprendizaje de nuestro hijo. Fueron unos meses angustiosos, pues pensábamos que se estaba quedando atrás con respecto a lo que su profesora juzgaba que debería ser el ritmo normal de aprendizaje. Acudí a varias de esas reuniones con una profesora de mirada triste y huidiza, que intentaba aparentar que su existencia estaba llena de exóticas vivencias; sin embargo, el tono de su discurso era tan cenizo que no pude evitar concluir que debía de tener poca vida fuera de aquellas cuatro paredes decoradas con trabajos de sus alumnos. La escuché solícito como se escucha a un profesional, sin interrumpirla. Al final le pregunté qué le pasaba a ella. No le gustó la pregunta, no entendió mi preocupación. Por suerte —a veces es necesario tenerla—, solo fue su tutora ese año. Durante el siguiente curso no nos llamaron ningún día a filas, señal inequívoca en un colegio de que el niño progresaba todo lo bien que su profesor esperaba.

Cuando por fin respondieron, la voz al otro lado del aparato apenas resultaba audible, lo cual resulta lógico si quien responde lo hace por primera vez desde un teléfono que apenas se ve, medio oculto como está detrás del televisor.

—¿Quién es?

—Soy papá.

—¿Por qué llamas aquí?

—Mamá me dijo que no querías ponerte al teléfono. Ya te habrá contado tu madre lo que está pasando, ¿no?

—No quiero hablar.

—Tengo los cromos que me pediste.

—¿De verdad?

—Mañana iré como cada sábado a ver a los abuelos y los llevaré.

—Me da igual, y no son cromos.

Colgó sin un adiós, pero no me creí su indiferencia final.

Lo primero que hago al entrar en casa de mis padres es ir a la salita donde suele estar mi padre sentado en su sillón. Solo quiero darle un beso. En cuanto me ve, me pregunta desconfiado qué hay en los cajones de la cómoda que tiene enfrente. Ya me avisó mi madre, ahora está obsesionado con el contenido de los cajones. Los últimos días, en unos en concreto, no en los cajones distribuidos en diferentes muebles de la casa, sino en los cajones de la cómoda donde antes había un televisor. Recuerdo dos de ellos: uno rojo al que se le tuvo que arreglar la botonera, y otro con una pantalla plana pero un culo enorme, que era capaz de hacer de entretenimiento vespertino y de calefactor. En esa cómoda hay tres cajones con tiradores que antes eran de color bronce. Debajo de cada cajón hay una puerta. La primera guarda botellas de alcohol y eso le aporta un olor fuerte y amargo. La segunda, la vajilla que no se saca, excepto la jarra de agua, que se usa cada día. En la tercera hay manteles: tres en el primer estante y dos en el de abajo. Uno de cuadros rojos y blancos con birretes de hilos rojos; otro, que fue blanco, pero acabó del mismo color sepia que las paredes, por imitación; y el tercero, que es marrón y tiene la virtud de no poner el grito en el cielo si le cae algo encima y lo ensucia. Los dos de abajo solo se ponen en contadas ocasiones en la mesa grande del salón. Blancos, impolutos, con pequeños agujeros a modo de adornos. En el primer cajón hay servilletas a juego con los manteles de la tercera puerta, no sé cuántos, ni si todos los manteles tienen sus correspondientes servilletas. Hay una regla no escrita según la cual, los que ya no tienen su pareja pueden elegir otra compañía. En el cajón del medio hay velas

rotas, mecheros, cajas de cerillas, un juego de cartas, dados y fichas sin cubiletes. En el tercer cajón, justo debajo de la tele que muda cada década y encima de los manteles, vivían mi padre y sus preocupaciones en forma de facturas. Ahí dejo a mi padre, pensando en los cajones, porque mi hermana avisa a voces de que el café está listo.

Están las dos sentadas, cada una en un sillón. El sofá queda libre, encima de la mesa hay galletas cubiertas de una fina capa de chocolate. Mi madre me mira con expresión de renuncia mientras se coge las manos. Adivino que ya ha sido informada de que hasta aquí hemos llegado. Me pide un beso. Mi hermana me abraza. Miro a mi madre, tan pequeña, cada vez más, y aún intuyo la cara tan bonita que debió de tener; a su lado, mi hermana, un poco más alta, quizá más esbelta, que permite confirmar la preciosidad de cara que debió de tener mi madre. Me gusta que tengamos rasgos físicos comunes de dos en dos: esa nariz aguileña que da tanta personalidad y atractivo como ganas de una rinoplastia en la adolescencia, esos ojos pequeños pero vivos que hacen sonreír a una cara sin mover los labios, esa forma de andar a pasos pequeños, casi de ballet, y un permanente olor a rosquillas de anís.

En poca cosa quedan nuestras espaldas generosas, calvicies prematuras y aspecto taciturno característicos de mi padre y de mí.

Mi madre no puede evitar preguntarme:

—¿... Ni por Hugo?

Le cuento lo que ya ha oído por boca de mi hermana. Solo empleo dos o tres minutos, durante los cuales intento hacerle entender que un día dejé que me comieran la tostada que yo ya no preparaba por comodidad y, desde aquel momento, cada vez me fui haciendo más pequeño, más prescindible. Ella me devuelve la típica mirada vidriosa propia de una madre cuando intuye que a su hijo le duele algo y ella no va a poder curárselo

con un bocata de jamón york y un zumo de naranja.

—Espera a que Hugo sea más grande.

Cuando Hugo tenga otra edad para odiarme aún más, yo seré tan diminuto que cualquiera podría pisarme sin darse cuenta, sin esfuerzo, y el crujido del insecto sería tan tenue que nadie se preocuparía por mirar lo que había machacado. Mi hermana, como siempre, intercede por mí y le resta importancia. Es una especie de madre sin haberlo elegido, pero que desde pequeña quiso arropar a ese bebe feúcho, enclenque y enfermizo que le había tocado. A ese hermano que le robó protagonismo. Hablamos de otros temas: de papá y de como ahora la llave de la puerta de casa tiene que estar echada porque ayer se escapó hasta el portal y los vecinos tuvieron que convencerlo de que estaba en su casa; de mis sobrinos, de lo grandes que se están haciendo; de la visita al abogado de la semana que viene; del nuevo contrato de mi hermana en el Doce de Octubre, su sexto en lo que va de año, y la mañana fue pasando tan liviana, tan sencilla que no dejo de tener la sensación de que mientras sigamos en este refugio que forman los hogares en mitad de la montaña invernal, seguiremos sobreviviendo.

Comemos en silencio. Mi padre no quiere venir con nosotros, así que le sirven la comida en una bandeja con hendiduras que hacen de platos y permiten posar el vaso. De debajo de su sofá sacan una pequeña mesa auxiliar para que él pueda seguir buscando algo en los cajones sin moverse de su sitio. Terminamos de comer, saco el postre de crema pastelera. Mi hermana celebra desmesuradamente poder rematar la comida con algo dulce. Paso de vez en cuando a ver a mi padre; está comiendo y me mira asustado, como si yo fuera un intruso que quiere quitarle su comida. Lo oímos quejarse, a veces llamar a familiares que ya no están, a amigos, repitiendo sus nombres, que suenan a canciones de la infancia supuestamente olvidadas, pero que en cuanto las oyes no puedes evitar canturrearlas.

Recojo rápido la comida y las dos se acomodan en los sillones. Quiero estar un rato en mi propio cuarto y quizá echarme una pequeña siesta antes de salir a pasear con mi padre. Me tumbo apoyando las manos en la nuca. Después del paseo me gustaría ver a los amigos del barrio, sé dónde encontrarlos. El cuarto se quedó tal y como lo dejé: pósteres de Héroes del Silencio colgados en las paredes, tebeos antiguos de Pedrín que mi padre compró en un caótico y soleado Rastro, libros de aventuras en los que se puede elegir a cada final de capítulo, clásicos juveniles —todos de una misma colección—, fotos de otro yo más joven, con más pelo y menos complejos junto a fotos de amigos de la pandilla sin camiseta y sin barriga. Entre el sueño ligero me parece oír el timbre del telefonillo, debo de estar dormido. Un brusco golpe de la puerta que nunca puede abrirse del todo al chocar contra el armario me despierta del letargo. Mi madre, casi susurrando, me dice que está aquí Hugo.

Instrucciones de uso

Quédate quieto, que sea él quien se acerque, dudas si salir al salón a recibirlo o simplemente esperar aquí, en tu cuarto.

Disimula las ganas de abrazarlo, de notar su calor.

Presta atención a cómo saluda a tu hermana, que se lo come a besos, mientras él se deja hacer y ríe sin querer evitarlo.

Escúchalo ir a ver a su abuelo, que le ordena abrir todos los cajones porque dice que está buscando una factura de la luz. Abrir y cerrar cajones y que el abuelo grite que ese papel no y Hugo se lo tome como un juego hasta que vaya la abuela a preguntar por qué está todo abierto.

Disfruta cuando pregunta por ti, por saber dónde estás, aunque sea así, en voz baja, casi en un suspiro.

Oye como cuenta que ella lo espera a las seis abajo, porque quiere ir a un cumpleaños en su urbanización, que no le importa seguir viviendo allí, aunque intuye que, ahora, será todo distinto.

Sal del cuarto, despacio, míralo desde la entrada, en silencio. Reconoce en él lo mejor de los dos y elimina vuestros defectos.

Bienvenido al Club

Me asomo despacio al salón, miro desde la puerta sin querer interrumpir la escena. Hugo es el mismo, mentiría si pensase lo contrario. Juraría que es el mismo que hace una semana recogía la cena. Tiene su mismo pelo rizado y enredado que siempre parece despeinado. Me sigo fijando ya en detalles, en la nariz, en el culo escuálido, que le viene de herencia, en los hombros anchos, en la voz, que ya está dejando de corresponderse con el cuerpo...

«Quédate pequeño para papá», le decía cuando él aún hablaba con lengua de trapo. Y él siempre contestaba con un «yo grande, más grande».

«Quédate pequeño para que me necesites más de lo que yo ya te necesito a ti», pienso ahora mismo.

No quiero interrumpirlo. Les está contando a su tía y su abuela que en unas semanas es su cumpleaños. Relata con entusiasmo lo que le gustaría hacer. Presto atención a sus deseos.

—No me puedo olvidar de los del equipo de fútbol, también los he apuntado. En total seremos casi veinte. Más de veinte me dijo mi madre que no.

La abuela lo mira embobada ante tanto despliegue de energía y tantos planes, mientras que mi hermana, más acostumbrada a organizar esos maratonianos cumpleaños, en los que hay que distraer tanto a los niños como a los progenitores despistados que no ponen ninguna excusa para dejar a sus hijos colocados unas cuantas horas, lo interroga sobre aspectos logísticos.

—La tarta me da igual. Cuando cumplí cinco hubo una de la

Patrulla Canina, ¿os acordáis? Ya voy a cumplir nueve, no quiero tarta de niños pequeños.

—Perfectamente, y de tu personaje favorito. Pero claro, ya eres mayor. Será mejor pensar en pequeños aperitivos, tipo cóctel de bienvenida.

Mi hermana le habla con confianza, como a un adulto. Asiente con la cabeza en silencio, pensando y, quizá, imaginándose a sus amigos ante semejante festín. Le cuesta arrancar, tartamudea ligeramente. Los veo desde aquí lejos, desde la puerta en la que estoy apoyado, en el mismo marco donde una tarde marcamos la altura de mi hermana solo con su inicial y recibimos un castigo por haberla rayado, mientras mi hermana intentaba explicar que esa señal era la «A» de su nombre.

—Eso sería una idea estupenda. Se lo diré a mi madre. Vosotras podéis venir un poco antes con los primos.

—Allí estaremos. Tienen muchas ganas de verte.

Aprovecho el *impasse* para llamarlo, suave, casi susurrando, por su nombre. Se gira, se me queda mirando. Quisiera pensar que esa mueca denota alegría. Exclama un escueto «papá». Me quedo parado, no sé qué hacer con mi media sonrisa. Quiero abrazarlo para sentir que es mío, sentir que no puede estar sin mí.

—¿Trajiste las cartas coleccionables?

—Ya te dije que lo haría. ¿Qué tal ha ido la semana?

No contesta. Pide tiempo, ha traído su consola portátil y al momento ha ido a cogerla de encima de la mesa. Le dice a mi hermana que ya hemos prerreservado un juego nuevo. Mi madre le pregunta si quiere encargarse del paseo vespertino del abuelo. Le advierte de que no puede dejarlo solo y asiente con entusiasmo mientras va abriendo el estuche donde guarda la consola. En cuanto la ha encendido sale corriendo del salón y grita que va a enseñarle al abuelo como ha «crafteado» una

nueva espada en el Minecraft. Mi hermana me mira. Y yo miro las fotos de la mesa del comedor, en especial una en la que está en brazos de su tía, con solo unos días.

Como todas las parejas en esa situación, cuando se sale de las cuentas que han echado otros, teníamos una maleta preparada con todo un kit personalizado para el momento. Muchos de los elementos, seleccionados gracias a los miles de consejos que todos dan, tienen su nombre, otros llevan una enorme «H». No deja de ser un detalle que no se va a pronunciar, que podrá ignorar, que todos sabrán, que él podrá obviar al presentarse, pero que estará siempre latente en su nombre. Cada vez que escriba su nombre, caligrafiará mis ganas de él, tendrá que repetir esa letra sin sonido todas las veces que diga nuestro nombre. Repasaba todo en voz alta: trajes de primera puesta, bodis, muselina, una manta de algodón pequeña, pijamas, gorros, pañales y neceser, patucos y manoplas. La primera maleta se la había hecho yo. Su primer viaje será llegar con la mochila que le tengo preparada. De igual manera, como si estuviera a punto de emprender la marcha, preparo las nuestras. Más pequeñas, más improvisadas. Volví a conducir imaginando que iba de visita al pueblo de mis padres, donde las montañas dejan su piel al descubierto: son tan pocos los árboles que las cubren, que no les merece la pena disimular tal escasez. Allí es donde se encuentran las mejores tierras. Vuelvo a conducir imaginado que es la primera vez que mis padres viajan a Madrid, así que ya no veo dehesas resguardadas, porque voy de camino a la capital del Reino, donde se disfrazan vidas y los recién llegados se embelesan con las nuevas rutinas, buscando un futuro para sus hijos. Saben que tendrán que procurarse nuevos amigos, pues los que tenían en el pueblo quedarán tan lejos que empezarán a idealizarlos;

tendrán que crear familias artificiales, temporales, con miembros indefinidos, pero tan necesitados unos de otros que los lazos se volverán eternos. Volví a conducir porque ella me dijo con la cara descompuesta que nos fuéramos al hospital, que Hugo venía de camino. En unas horas, con suerte, vería su cara y empezaría a tener miedo por todo.

Una vez que ingresamos en el hospital, llegaron sus refuerzos. La madre de ella se sentó en la única silla, yo deambulaba por los pasillos. Cuando llegaron más familiares dio comienzo el soniquete de la enfermera que hacía de mala y que no dejaba de repetir que, como máximo, dos familiares por habitación. De igual manera, ya echaba de menos una crema antiestrías. Llamé a los míos. Mi madre respondió feliz porque estaba a punto de llegar su tercer nieto y al mismo tiempo triste por no poder acudir al instante para poder ver sus ojitos cerrados, pues mi abuela necesitaba que la cuidasen las veinticuatro horas. Llamé a mi padre al móvil que mi hermana y yo le habíamos regalado las pasadas Navidades. No contestó. La enfermera que hacía de buena hablaba de la importancia de la leche materna, nos apuntaba a cursos y quería enseñarle a amamantarlo. Yo le hacía miles de preguntas, pero ella sabía dirigir la conversación una y otra vez a lo que le interesaba. Pasaron las horas y volví a llamar a mi madre, solo por hablar. Por oírla. En medio de la conversación oía como le contaba a mi padre que Hugo iba a nacer ese día, pero él respondió, casi sin dejarle terminar la frase, que dónde estaba su baraja de cartas española. Iba en coche, conduciendo lo más despacio posible. Imaginaba que las luces eran de otra ciudad, que las calles me llevarían a otra casa. Elegí carreteras secundarias mientras aminoraba la marcha, caminos sin asfaltar llenos de barro que me hacían ir tan despacio que no se podían notar los baches. No dejaba de pensar en calles, edificios, señales de tráfico que me resultaban desconocidas. Una mudanza no

resolverá lo que tú no eres capaz de solventar, para acabar finalmente en el mismo punto del que has huido. En otra ciudad, con otras caras. Conducía encorvado, sujetando el volante de una forma tan incorrecta que dificultaba el manejo del coche. Tomaba mal las curvas aposta, apuraba las marchas con tal lentitud que el motor protestaba y gruñía. Buscaba cualquier escollo en el camino para desacelerar tanto que el coche parecía que quisiera pararse.

Cuando volví de casa ya estaba cenando. Le enseñé lo que le había traído, me pidió que la incorporase un poco más. Me habló de la dilatación, de la compañera de al lado que no ha podido ver a su bebé hasta hace unas horas, de una enfermera tosca, de que su madre se había peleado con la vecina... Vacié todo en el armario, lo ordené por ejes temáticos, siguiendo sus indicaciones, con la luz tan tenue ya que no distinguía bien las tonalidades de azul. Bajé a comer algo. Andaba en silencio porque todo estaba ya tan oscuro, tan callado, tan sombrío a esas horas, que solo deambulan por los pasillos embarazadas a punto de dar a luz. Animaban la llegada de sus retoños por aquellos correderos con una clandestinidad que las hacía parecer yonquis. Arrastraban los pies todo el rato, en busca de su inminente porvenir. Paliaban daños. Acompañadas las unas, solas las otras, se hablaban entre ellas en susurros cuando se encontraban en sus idas y venidas, se preguntaban cuántas horas llevaban, cuántos días, cuándo empezaría el dolor que llegaría con la nueva vida y que haría que les volviera a doler todo. Eso se me ocurrió mientras el ascensor se abría proyectando una luz tan intensa que hizo que el reflejo que me devolvía el espejo me molestase, me hiciera ver que no estaba sufriendo por la espera y que, quizá, parecería que no me estaba pasando a mí. En la cafetería del hospital saqué de mi

mochila el libro de cuentos que siempre imaginé que leería si alguna vez me encontraba en esa situación. Ya solo quedaban horas para conocerlo. Siempre libros de bolsillo, livianos, fáciles de llevar, de estropear, para finalmente acabar comprando una edición de tapa dura con la que rellenar huecos de estantes. Eran los únicos que había leído, aquellos que durante las siestas de Vallecas me acompañaban en el sopor. Lo abrí por donde lo había dejado esa mañana, *Cuentos al amor de la lumbre*; ese día no me esperaban en esa cafetería ni yo sabía que me serviría la cena en una bandeja roja, un bocata frío de algo que se suponía que era beicon y una botella de agua que tuve que reponer enseguida, porque la espera ya me estaba dando una sed considerable. Cuando subí a la habitación, ya se había dormido. Me extrañaba tanto que pudiera descansar así, que no le molestase nada. Le separé el pelo de la cara, casi sin tocarla, me acoplé en el sillón después de ponerme un pantalón de chándal, como si estuviera en un *casting* para mimos, haciendo unos gestos tan impostados, tan forzados y lentos, que habría provocado la desesperación de mi público.

Mientras Hugo habla con su abuelo, mi hermana se interesa por nosotros. Por saber en qué momentos estamos los dos.

—¿Has hablado con él?

—Lo intenté por teléfono, pero no hubo manera.

—Explícale lo que está pasando, háblale sereno, tranquilo. Nunca hay que dar nada por sabido.

—Me cuesta. No quiero perderlo ni que crea que no lo quiero. No dejo de pensar que no debería de ser tan difícil. Somos dos personas que hace años que no se quieren, pero que a él lo adoran.

Pensamos que son nuestros y somos nosotros quienes somos suyos. Desde donde nos encontramos lo oímos decir, casi a gritos:

—Abu, es una espada diamante, la segunda mejor que hay.

Su abuelo le cuenta que él tuvo una, que se la dieron en Ceuta, en la mili, pero que no era de verdad, solo servía para lucirla en los desfiles.

—La siguiente es la de netherita, pero esa es casi imposible de conseguir. Uno de quinto dice que la tiene, pero yo no le creo.

Escribo en el grupo de los amigos del barrio, en el «Boys, Boys, Boys», que intentaré pasarme por el bar de la esquina. Antes quiero que demos un paseo los tres, sentarnos en un banco. Si hace falta, que sea en silencio. Le pregunto a Hugo si quiere que bajemos ya. Su abuela va a despertar a mi padre, que acaba de quedarse adormilado en el sofá y que da un respingo de alegría cuando le dicen que va a bajar a la calle. Hugo vuelve a decir que su madre le ha dicho que a las seis viene a recogerlo, tienen un cumpleaños en el centro comercial. Mientras lo peinan, el abuelo explica que ha quedado con no sé quién, que después de la taberna tiene que esperar al de las naranjas, que seguro que necesita ayuda para descargarlas. Oigo el ruido de la maquinilla eléctrica, el cerrar y abrir de armarios, y al cabo de unos minutos aparece un señor peinado y perfumado que me mete prisa porque lo están esperando. Hugo lo mira, con ganas de preguntar. Al momento mi hermana lo sujeta desde atrás, lo abraza, y entonces él sabe que no es el momento. Lo entiende. Como si de un juego se tratase, pasa de mirarlo con curiosidad a ser su cómplice. Sin que le digamos nada lo coge un momento del antebrazo y le empieza a contar que a él también le gustan mucho las naranjas. Voy llamando el ascensor mientras los miro llegar despacio. Ahora ambos confirman que tienen citas ineludibles dentro de un rato, pero que sacarán unos momentos para estar juntos.

Van al mismo compás, Hugo con las manos en los bolsillos, mi padre apoyándose en cada mueble que va encontrando. Le pide ayuda y Hugo le coge la mano. El abuelo le susurra algo,

pero no puedo oírlo desde la entrada. Vamos al jardín de enfrente. Se llama jardín, aunque mi padre lo llamaba «la landa de los recién mudados». Bien podría seguir teniendo ese nombre, porque su mantenimiento, en según qué temporadas, deja mucho que desear. Aún no hay mucha gente, pues a estas horas el calor aprieta. Hay un banco que suele ser el más solicitado, por estar debajo de los dos árboles más frondosos, y en cuanto Hugo ve que está libre, celebra que nuestro banco del parque no esté ocupado. Él llama parque a lo que yo llamaba descampado. Se oye el chirrido de algunos gorriones que caen a plomo sobre el asfalto y aún no saben volar. Pasa una joven de pelo negro y liso que acompaña a un señor con cara de abuelo que a duras penas puede andar con el bastón, mientras ella, diligente y dulce, lo va a animando a cada paso y le recuerda que debe andar un rato antes de merendar. Hay algunas bicicletas apoyadas junto a un edificio cuyos bajos hacen las veces de hogar; pasan pocos coches por la calle de enfrente del portal donde siempre me recordaban que allí habían atropellado a un niño. Con el paso del tiempo, el accidentado ha ido creciendo tanto en edad —ya casi va por los diez años— como en la gravedad de su diagnóstico, llegando a afirmarse en algunas versiones que fue víctima de un accidente mortal. Los monos de trabajo recién lavados, convertidos en banderines y banderolas, se agitan mecidos al son de la brisa que sopla en los días de fiesta, cuando los marineros regresan a tierra. Puedo oír, si quiero, el graznar de una gaviota, aun sabiendo que la ola más cercana dista más de cuatrocientos kilómetros.

—Si pasa alguna moza, me sueltas —le repite guiñándole un ojo.

Nos sentamos los tres en el banco, Hugo en medio. Le pregunto por ella. Decidimos que estaremos sentados aquí un rato mientras bajan otros niños. La tienda de los chinos de la

esquina está cerrada, porque durante estos meses de final de verano incluso ellos duermen la siesta. Para alguien de su edad, estar un rato sentado nunca excederá los quince minutos antes de que se le haya ocurrido algún otro plan. Le pregunto por ella.

—Bien. La vi llorar tres veces. No me gustó ninguna de las tres, pero la última vez que lloró no la oía, como si ya no quisiera llorar.

—¿Y tú?

—El miércoles, cuando ya entendí que te habías ido, pensé que era por mí.

—No es por ti, mamá y yo no paramos de discutir.

—Ya, pero no quería que nadie lo notase en mi clase. Mamá también me lo dijo, que era por vosotros.

—¿Que nadie notase qué?

—Que iba a tener padres por turnos, como casi todos. Yo era uno de los pocos que sus padres seguían juntos.

—¿Y lo notaron?

—El jueves lo dije en el primer recreo. Solo dije que te habías ido. Todos me abrazaron. Mi enemigo declarado me pasó un papelito en clase de *Science* en el que ponía: «Bienvenido al Club de los Dobles Regalos».

Me cuenta, muy tranquilo y sosegado, que desde que decidió confesar que sus padres se iban a separar todos se han volcado con él y que en el fondo, aunque vea a mamá llorar, sus compañeros le han contado que todo son ventajas. Dobles regalos, dobles vacaciones, dobles planes de fin de semana. También que ella ha vuelto a pintar, ha cogido un cuadro del garaje. El mismo Hugo que estuvo tan distante por teléfono, ahora se muestra cercano y complaciente. Aunque no me mire como me gustaría que lo hiciera, como sé que lo ha hecho durante años, ni se haya acercado, ni me haya cogido la mano. Aun así, está aquí sentado con su abuelo, y aun sabiéndose, en

cierta forma, contra las cuerdas, ha decidido que por unas horas puede dejar de sentir ese hueco que ya se quedará ahí, siempre que recuerde que un día, al despertar, la casa se quedó coja. Sigue contándome despreocupado cómo le ha ido la semana.

—Cuando pinta pone música, y ayer la vi menear la cintura. No pude aguantarme la risa.

—¿Lo has visto?

—Sí, es un hombre triste leyendo un periódico. Al lado hay otra figura, pero no se ve aún muy bien.

Yo sí lo reconozco. Tiene una lámina que saca a menudo y que siempre quiere pintar. Los transforma, los dibuja, cambia la tonalidad, los actualiza y los mira. Se frustra por días, a veces termina destruyéndolos. Otras veces quedan ocultos bajo sábanas viejas, envueltos individualmente y apilados como columnas dóricas que hacen de sostén en su vida en la casa.

—Creo que ha sido la peor semana de mi vida.

Empieza a sonar un ruido de niños que cogen bicicletas, pájaros que cantan mientras comprueban que cada uno de sus gorriones sigan en el nido y abuelos protestando porque no quieren andar. Y miles de gaviotas. Escucho todo junto mientras en la cuenca del oído se instala su última frase en bucle con diferentes tonalidades y volúmenes, para quedarse ahí con el paso de los meses. La peor. De su vida.

El abuelo, que nos observa en silencio, no parece interesarse por nuestros vaivenes. Nos pregunta la hora. Hugo quiere comprar ya las pipas y, puede que más tarde, un cucurucho de vainilla. Le ofrezco dinero, pero mientras se toca el bolsillo derecho me dice que ya tiene, que no le hace falta. Lo veo alejarse con ese andar nuestro desgarbado, que no evidencia hacia dónde nos dirigimos, un andar dudoso que se tambalea de derecha a izquierda y que en cualquier momento puede cambiar de dirección. Vuelve a preguntar la hora y murmura

que se está retrasando. Le pregunto a quién espera sin sorna, intentado entender en qué momento de su vida cree que está.

Me cuenta que acaba de volver de la mili, pero su discurso es muy desordenado. Lo mismo cree que acaba de salir del cuartel que pregunta por su madre. Así que por momentos callamos. No llega a desesperarse y, cuando no entiende la situación, habla con su silencio. Y se le ponen los ojos llorosos. Hugo regresa, anunciando que ha visto a alguno de los niños con los que suele jugar, han subido a coger un balón, porque aquí aún hay momentos en que los gritos desordenados, agudos y chirriantes de la niñez se pueden oír algunas tardes.

Ha comprado tres bolsas grandes de pipas. Nos reparte una a cada uno y enseguida abre la suya. Son saladas, así que pregunto si quiere algo de beber. Contesta que solo agua. Voy un momento a comprar unas botellas pequeñas para que el calor y las pipas se disfruten más. Cuando vuelvo, Hugo le está abriendo la bolsa de pipas al abuelo. El abuelo intenta comerlas, pero le tiembla mucho la mano y cuando consigue llevarlas a la boca terminan cayéndose. Hugo lo mira, primero en silencio mientras él las devora a una velocidad endiablada. A los poco minutos empieza a darle instrucciones de cómo comer las pipas. En vista de que la guía no termina de funcionar, le coge la mano al abuelo y lo ayuda. El abuelo lo mira con cariño. Imagino que mientras no pase alguna moza, no le importará que lo auxilie. A los pocos minutos Hugo se acaba sus pipas.

—¿Me das dinero?

Le pregunto cuánto quiere y dice que dos o tres euros. Querrá su helado de vainilla y me ofrezco a ir a por él, y así estirar otra vez las piernas. Declina mi oferta. Vuelve al momento con tres bolsas de pipas, peladas. Recoge las anteriores bolsas, las cierra como puede y las mete en la bolsa blanca de plástico fino que ha traído. Solo dice «estas son

mejores». Abre una bolsa, le pide a su abuelo que abra la mano y le echa un buen puñado, tantas que se le rebosan entre los dedos. Le indica que así es más divertido tomarlas. El abuelo se las lleva a la boca, algunas se le siguen cayendo. Al ver como las mastica, Hugo le hace un guiño.

Mi padre parece contrariado mientras subimos en el ascensor de vuelta a casa. Sin darnos cuenta nos hemos colocado los tres de frente al pasillo. Yo voy en medio y ahora mismo soy el más alto. Me viene la imagen de que, si la vida no se tuerce, en unos años el más alto será Hugo, y como repetir esta imagen frente al espejo de un ascensor que huele a humedad y destella una luz manida será otro momento para comprobar que todo va, ni bien ni mal, pero va. Nada más llegar, Hugo besa a la abuela, pregunta por su tía y se va al cuarto donde le he dicho que tengo los cromos que no son cromos. Se sienta en la cama y mira ensimismado los pósteres que tapan el gotelé. Pregunta por el de los Héroes del Silencio, recuerda haberlos escuchado en casa. Se fija en la colección de libros, todos iguales, uniformados. Lee algunos títulos en voz alta. Le pregunto si los ha leído, no le suena ninguno. Le enseño mi preferido, me siento a su lado y durante unos minutos creo que me escucha. Le leo el principio: «Llamadme Ismael», y le cuento de qué va. Mientras lo hojea y busca las ilustraciones le doy los cromos con una ilusión desmesurada en comparación con el coste del regalo. Un ramo de flores de quien llega nervioso a una primera cita, un comienzo. Mejor, una reconciliación.

—Ves como no me escuchaste. Estos son los de la temporada pasada, te dije «Escudo y Espada». No pasa nada, se los pido a mamá.

Llaman por el portero automático y mi madre nos avisa de que ella ya ha llegado. Hugo salta de la cama como un resorte al que acaban de pulsar el botón e intento balbucear un «espera unos segundos, que bajamos juntos», pero solo me sale un

sonido ininteligible. Pulso el mismo botón de su resorte. El mío debe de estar más oxidado, porque cuando estoy saliendo por la puerta él ya está despidiéndose de los abuelos. Decido bajar, así podremos hablar de nuestra reunión con el abogado. Me atuso el poco pelo que me queda, intento hacer lo mismo con el suyo, me devuelve una mueca. Nos miramos los dos al espejo y noto como se está aupando, tiene el semblante serio. Levanto los talones y volvemos a tener la misma diferencia de altura y ahí, por primera vez en esta nuestra primera cita con alcahueta, ha sonreído. Aunque le sonría a un espejo, sé que era para mí.

Ella mira el móvil y en cuanto oye abrir la puerta y un grito de su hijo que la llama a voces, alargando todo lo que puede la última sílaba, lo mete en el bolso y se abrazan como si llevaran días sin verse. Cambia a un gesto tosco, seco y casi duro en cuanto me ve. Creo que se ha cortado el pelo, no quiero preguntar, por si acaso. Quizá se lo ha lavado y lo ha dejado secar sin más, o solo han sido las puntas. Mientras intento saber qué es lo que ha cambiado, pregunta algo que no logro entender. Los mismos niños siguen jugando en el descampado que fue y han debido de enfadarse porque, aunque solo son tres, dan tantas voces que junto con el ruido de los coches cuesta oírse. Será que ya no estamos acostumbrados a que las calles estén llenas de niños y que sus gritos pueden llenar lo que nosotros no sabemos decirnos ni escuchar.

—Te preguntaba si habéis estado bien.

—Creo que sí, intenté hablar con él, que hablásemos.

—Hugo, espérame en el coche. Es todo tan absurdo, tan raro. ¿Tú estás mejor así?

—No sé si mejor, pero sí más tranquilo.

—Intento entenderlo, me cuesta. Intento imaginar que te estabas despidiendo poco a poco. Tu preocupación por el físico, por la bicicleta, depilarte las piernas, preguntar por injertos de

pelo..., todo en los últimos meses. Estaré bien, aunque a ratos me apetece odiarte, sin más. Solo quiero saber una cosa, ya te dije que me da igual si hay otra, solo quiero saber...

No puede terminar, porque desde la ventanilla Hugo está gritando que tiene un cumpleaños y quiere irse ya. El grito de tu hijo siempre es audible, aunque sea a medianoche. Puedes reconocer sus llantos, su forma de gritar, sus prisas. Puedes reconocer en ese tono que le habían prometido llevarlo a la fiesta con la condición de que fuera a verte y en esos momentos quieres claudicar. Porque eres tú el que les falla, el que está descontrolándolo todo. Le hace un gesto con la mano, le responde con tanta suavidad que me cuesta creer que pueda haber oído que le ha dicho «ya va», que les da tiempo de llegar al cumpleaños. Puedes entender que para ella tampoco debe de estar siendo la mejor semana de su vida.

—Solo dime si hay vuelta atrás, si lo tienes claro. Si es así, me facilitará saberlo. Dime si queda algo a lo que me pueda agarrar.

Me quedo bloqueado, intento no mirarla a los ojos. No quiero ser brusco y decir lo que me sube del esófago, que arranca desde la tripa y asciende de volumen. La boca lo detiene, lo calla. La mantengo cerrada. No quiero simplificarlo todo con un «ya no te quiero». Sí la quiero, ese cariño dudo que desaparezca, pero no de la manera que alguien merece ser querido.

—Estoy cansada de tus silencios. Llevamos años alrededor de ellos y yo subordinándome a no saber qué piensas. Ya te aviso: no voy a volver a conformarme con un silencio como respuesta y a tener que jugar a adivinar qué le pasa al señorito.

—No nos queda nada. Tú no crees en el amor, crees solo en su ideal romántico, en ese imaginario donde los tres paseamos juntos, pero donde sabemos que no somos felices.

—Lo éramos. Acuérdate de que el martes vamos al abogado.

Se va, se aleja a un lugar tan lejano que no va a poder volver. Se acerca al coche, con mi hijo, que me mira sin despedirse. Arranca y de ese viaje que acaba de emprender noto que no va a haber vuelta atrás. Y yo aquí, en el portal, sin saber si entrar o salir, solo pienso que, seguramente, esta será la última vez que intente arreglar los restos de lo que queda.

Una oferta irrechazable

Se alarga la tarde, las cervezas y las abundantes tapas con sabor a fritanga que devoro con los primeros tragos. Pienso en pasar a copas en cuanto aún sean todo risas. No dejo de repetirme que tampoco pasa nada, solo es un divorcio. Solo dos que no se soportan. Me mantengo en mis trece. Me oigo decir que Hugo es igual de suyo que mío y, tras unos segundos, uno grita, casi escupiendo, que claro que sí. Jalean como si con sus gritos quisieran acallar a la hinchada rival. Otros callan, otros te advierten de que te habían avisado. Pero yo me uno a mi hinchada y me vengo arriba. Tiraría a puerta desde el medio del campo, así, sin más, yo solo. Voy dejando de lado las raciones porque el cuerpo me va pidiendo alcohol.

—Tan estirada, cómo se te ocurrió.

—Con lo que había en esa época en el barrio.

Preguntan, otorgan y desmontan mis planes para llevar la separación de una manera racional. Amistosa, diría, pero para eso deberíamos volver tan atrás, deshacer tanto y saber perdonarnos media vida juntos. No creo que exista una forma correcta de proceder. Todos tienen sus soluciones, consejos no pedidos que agradezco tanto como este trago frío de cerveza. Los creo, o los quiero creer. Los escucho, porque he pasado de sentir que sobro en mi propio hogar a darme cuenta de que fuera de este importo aún menos. Brindo las veces que hagan falta, escucho y vuelvo a brindar, brindo por todo lo que me propongan. Pido copas, pago rondas. Se meten con mi sudadera en cuanto explico que es la misma desde el domingo pasado y me obligan a quitármela. Uno de ellos, de los de siempre, de

aquellos del colegio y de la primera comunión, en un arranque de efusividad se levanta y la tira al contenedor. Agradezco que las noches de finales de verano sean cálidas y perezosas. Se está alargando tanto que deja de ser una tarde de verano para empezar a ser una de sus últimas noches.

—Eso pertenece al pasado, ahora estás con nosotros.

—Lo mejor sería que te abrieras un Tinder. Ya verás qué cambio de vida.

—Yo tengo una amiga que acaba de divorciarse, también tiene niños.

Por suerte, las conversaciones van cambiando: mañana juega el Atleti de local; me han echado de la empresa de ascensores y no sé si tengo derecho al paro; las mejores bravas se comen en el barrio; no he tenido vacaciones este verano; mi hija está inaguantable y me contesta por todo...

Se diluyen las voces formando lagos quizá, presas que atrapan conversaciones y las cruzan a nado hasta la otra orilla; pequeños monólogos que se interrumpen con bromas que en ocasiones sonrojan; parejas de amigos que se cuentan que la semana ha ido bien, porque nadie dice que todo es una mierda. Nadie quiere contar que en el barrio las cosas siguen igual de mal para todos. Nadie quiere hablar de pozos sin fondo.

Pasan los años y ya ni sabes si soñabas con algo.

Acaba de cambiar la silla de sitio, porque para entendernos en una terraza y con tanta gente hay que jugar al juego de las sillas musicales, aunque no haya música. Mi nueva vecina de silla pregunta qué tal estoy, me dice que se alegra de verme. Llevaba años sin recordarla. Empezamos a hablar. Ya casi borroso noto que me está riendo todas las gracias, incluso las que no tenían una intención cómica. Me hace sentir atractivo, o interesante, o simplemente que soy capaz de tener una conversación que no gire en torno a Hugo, a ella. Esta sensación de hablar sin preocuparme de lo que digo me

reconforta. No deja de tocarme el brazo y arrima su silla con la excusa de que hay mucho ruido, que no me oye bien. Eso es lo que quiero, ausencia de ruido, no pensar. Miro a mi derecha y vuelvo a sentirme en un lugar conocido, aunque distinto al de esta mañana, pero, a su vez, igual de protegido. Miro a mi izquierda y nos veo personas mayores y no dejo de pensar en qué momento quisimos ser adultos, cuándo empezamos a perdernos. Cuándo fue la última vez que le dimos patadas a un balón sin más motivo.

Reviso el móvil de la misma forma que se pestañea. Me sube un calor desde el esófago hasta las mejillas y sé que quiero llamar a Hugo como quien llama borracho a una ex que lleva años sin ver. Gritarle, a voces, que lo quiero en mi vida. Debería comprarle uno de esos móviles de última generación para poder cagarla más en momentos así y llamarlo de madrugada para confesarle que lo quiero desde aquí dentro, aunque no sepa cómo hacerlo. Ni cómo decirlo. Pedirle disculpas por no saber ser mejor padre. Aunque no sepa cómo enmendarlo. Poco a poco dejo de hablar con el resto y empiezo a fijarme en sus ojos que brillan, en su escote generoso y, sobre todo, en sus ganas de reír. Alguien pide chupitos y me apunto. Solo uno, que no me suelen sentar muy bien. Sigue a mi lado, muy cerca. Tanto que noto su colonia y durante unos instantes dudo que la solución sea tan simple como tener cerca a quien te hace sentir alguien. Me recuerda entre risas que suenan muy bajas y con cierto pudor aquella vez, hace muchos años, que nos enrollamos. Así, con esa expresión. Tan lejos como quedan las adolescencias, en un lugar desde donde solo consigo rescatar dos destellos de esa noche y la sensación de que a algunos recuerdos les pasa como a esos objetos que solo brillan cuando les da el sol y sin su centelleo pasarían inadvertidos. Un sol que, como los recuerdos, no conviene tocar. Yo solo logro rastrear en mi memoria dos besos mal dados con un

desagradable sabor a tabaco.

Se levanta y me canturrea al oído algo que me suena a «te he echado de menos todo este tiempo». Entonces, atónito, vuelvo a mirar a los amigos, porque su risa iba en serio y yo ahora mismo me siento una ameba. Una ameba que va a por su segunda copa. Intento volver a engancharme a las conversaciones de los amigos y decir que Koke es un gran capitán. Aquí la mayoría es del equipo del barrio, pero al no estar en primera división esta temporada, está permitido tener otros equipos como sucedáneos. Algunos vecinos empiezan a quejarse del ruido mientras se oye como bajan las persianas bruscamente. Los camareros empiezan a recoger las mesas y las sillas con publicidad de refrescos. Vagas despedidas de algunas parejas aduciendo ese tipo de responsabilidades que no se pueden evitar. Volvemos a jugar al juego de las sillas. Esta vez sí hay música desde algunos de los móviles. «Se ha puesto la noche rara», algunos hacen amago de bailar, cuando un señor bajito e irrisorio manda quitar la música y amenaza con dar por terminada la velada; «han salío luna y estrellas», le piden un par de botellines, le juran silencio eterno; «me lo dijo esa gitana»; cada vez las conversaciones cuestan más de mantener, me está empezando a entrar cierta modorra. Sé que así no debería coger el coche, que está a pocos cientos de metros; «mejor no salir a verla», tengo un refugio, estoy entre amigos, que crecimos juntos; «sueño que estoy andando», y aun así, no se puede hablar de mi primera revisión de próstata, o de los tres últimos gatillazos con ella, o de la falta de apetito sexual tan patente que prefiero pasar todo el tiempo escondido tras un móvil a tener que tocarla; «por un puente y que la acera», no nos gustan esos temas entre amigos, somos más de enardecer nuestras proezas; «cuanto más quiero cruzarlo», entonces ¿con quién hay que hablar de cómo mi cuerpo cada vez está más flácido y que después de haber salido con la bicicleta me cuesta

andar?; «más se mueve y tambalea», con el viento a favor, o con el viento en contra, las canciones siempre hablan de lo mismo.

Vamos quedando menos y yo vuelvo a dudar entre dormir un rato en el coche y conducir de vuelta al hotel cuando despierte o regresar a casa de mis padres. Me decido por lo segundo en cuanto los demás opinan que es una locura conducir teniendo a mis padres al lado. Así que me despido y prometo volver pronto. Hay abrazos acompañados de palmadas en la espalda; uno en especial resulta más tierno: cuando mi vecina de silla me da dos besos, roza la comisura de mis labios con los suyos y durante todo el camino de vuelta tengo la sensación inequívoca de que le gusto, de que hay alguien a quien mi cuerpo en marcha atrás le sigue pareciendo apetecible. Voy andando, cuesta abajo, intentando no parecer que voy algo bebido y sabiéndome infeliz, pero al menos me siento uno de esos tipos taciturnos, casi solitarios, que no ha necesitado que otra mujer le tuviera que descubrir que su vida era una piscina sin agua. Cuando ya creen que no los oigo, suena un «ahí va el triunfador del barrio, a casa de sus padres».

Me duermo con la ventana abierta, buscando imágenes agradables. Hugo en mis brazos. En las fotos que salen en el marco electrónico que solo actualizamos una vez, justo cuando lo compramos hace seis años porque lo vimos en casa de una pareja de amigos y a los dos nos dieron envidia sus fotos, sus vidas. Se repiten unas cuarenta fotos, siempre en bucle. Desde que quedan pocos meses para que nazca hasta cuando cumple dos años. Pienso en una foto, la típica que se hace al salir del hospital. Estamos los tres posando y él entre ambos. Salió por cesárea, así que estuvimos cuatro días allí. Menudo, poco peso, poca altura. Mi antebrazo lo cubría. Ella estaba cansada, pero ya andaba. Le dolía ir al baño, imposible que se duchara sola. Estaba guapa y de buen humor. Irradiaba luz. Hugo

enganchaba bien la teta. Los momentos que más disfrutábamos durante aquellos días, en los que nos hacíamos más fotos, era cuando nos quedábamos los tres a solas, cuando las visitas desaparecían. Otras fotos: el Atleti jugaba la Champions y lo vimos juntos por primera vez aún en el hospital, ella a la izquierda no dejaba de mirarnos y de decir que era la cosa más bonita que había visto; Hugo en la cama con ella, yo desde atrás intentando abrazarlos y acabar siendo el único que mira al objetivo del móvil.

Y en esos momentos solo pensaba en buscar ratos para mí.

En ratos para quedarme a solas.

Había temporadas en que se iba la luz, o la batería y el portafotos digital se quedaban semanas apagados, hasta que Hugo se daba cuenta y volvían las fotos de otra familia, esa que fuimos, una y otra vez. En bucle.

Ahora mismo solo deseo no tener que intentar llegar cada día más tarde y más cansado a casa para evitar verla y que a su vez me arrepienta enseguida, porque si llego a esas horas tampoco veré a Hugo. Y que ya no tenga que creerme cuando piense que me da igual no verlos.

Me despierta el sol que entra atravesando unas finas cortinas. Puedo bajar la persiana y que detrás de ella quede ese calor, esa música de vecinos que empezará a sonar en breve. Ese mundo externo en cuyos jardines ya no sé estar, justo al cruzar la calle. Donde me imagino feliz cuando todo parecía sencillo y solo existía lo que podías ver. No quiero despertar a mis padres, desayuno lo primero que pillo, me doy una ducha rápida y sin que noten mi presencia desando el camino al coche.

Anoche, justo antes de dormir, mandé un wasap que revisé una y otra vez con un ojo guiñado.

«Ya sé que es un poco tarde. ¿Le puedes decir a Hugo que lo recojo a las doce y que vamos a ir a comprar el álbum entero?».

Lo dejé en la mesilla sin esperar una respuesta a esas horas. Sin embargo, a los pocos minutos, cuando ya había empezado a cerrar los ojos, sonó el mensaje de vuelta.

«Ok. En cuanto se levante se lo digo».

Son casi las diez de la mañana cuando salgo de casa, media hora andando hasta el coche, media hora en coche hasta el hotel. Cambiarme de ropa, comer algo y pasar la mañana con Hugo. Justo cuando voy a cerrar la puerta de la entrada veo a mi padre al final del pasillo. Me indica con una voz tan tenue como la luz que entra ahora mismo en el piso que me acerque. Cuando estoy cerca carraspea y me pregunta casi en susurros, como si me hablara al oído, si el niño tan simpático de ayer vendrá hoy. Lo miro, sin saber si es parte de su sorna o si realmente no recuerda a su nieto.

—El sábado que viene vendremos otra vez.

—A mi mujer también le ha caído bien.

He vuelto a sudar, tengo la boca seca y me está empezando a doler la cabeza. Casi estoy celebrando tener un poco de resaca. Subo a paso ligero por la avenida Pablo Neruda sin querer reconocer a nadie. Paso por la terraza de anoche, atravieso el parque y oigo como la persiana del bar donde solíamos desayunar los fines de semana cuando aún éramos solo dos sube de un solo golpe, provocando un ruido encadenado que despierta al vecindario. Giro a la derecha hasta el callejón y me da un vuelco el corazón. Me acerco más, pero el coche no está. Avanzo un poco, miro a derecha e izquierda. Pero el coche no está. Noto como me bombea tan rápido el corazón que me recuerda que aún está ahí, un ojo está a punto de estallarme. Vuelvo al parque, por si estuviera despistado. Miro entre las filas de coches, por momentos desesperado; en otros momentos, los menos, pienso que aparecerá y me dirá que anoche estuve a escasos cien metros y no me pasé a darle las buenas noches. Que Sombragris seguirá galopando.

El bar donde desayunábamos cuando éramos dos ya está abierto. Una pareja de amigos con andares de no haber dormido acaban de entrar entrelazados por los hombros, juntos se tambalean mientras se ríen sin mesura. Vuelvo al callejón, piso el hueco como quien necesita sentir que no hay nada mientras me siento en el pequeño borde que hace la acera. Ahora mismo, por dentro, oigo a un señor ya octogenario que se está riendo a carcajadas y me mira sin disimulo mientras me señala. Pienso en ansiolíticos para no tener que gestionar nada. Pienso que solo es un coche viejo. Pienso en que hoy será otro de esos días de ausencias que no sabré gestionar.

Recalculo el día. Llamarla, comisaría, metro y cercanías hasta Tres Cantos. Medio día, o casi un domingo entero de resaca y dolor de cabeza. No llego a recoger a Hugo. Voy al bar, admito mi derrota. Pido un café con leche y unas tostadas con tomate.

Busco su nombre en las llamadas.

No lo coge.

Llamo a un tito abogado, amigo de la familia. El mismo que nos ayudó cuando a ella le cambiaron el turno de trabajo después de nacer Hugo. Todo aquel que cuando eres niño ya es un adulto, y cercano a la familia, pasa a llamarse tito. Algunos van y vienen, otros crecen contigo. No sé en qué momento llegó el tito abogado. Lo recuerdo en casa, moviendo papeles de forma airada y hablando de pago de impuestos.

—Dichosos los oídos.

—No te habré despertado. Solo te llamamos por problemas.

—Para eso estamos, anteayer ya me llamó tu mujer.

—La idea sería verte esta semana, imagino que ella te habrá contado.

—Mira, sobrino postizo, esto hay muchas formas de llevarlo y en ninguna vais a ganar. Ahora no lo sabéis, pero vais a perder ambos. Si queréis, y tenéis claro que será un divorcio lo

más amistoso posible, yo, como ya sabes, soy vuestro hombre. Si no llegáis a un acuerdo y hay que ir por lo contencioso, prefiero no involucrarme. Por respeto a ambos, por respeto a los tres. Por tus padres.

Suenan palabras por dentro, en una herida que ya está abierta, que ya está hecha y no se puede evitar. Una que ya solo queremos curar dejando una cicatriz mínima que vaya desapareciendo con los años, con pieles nuevas, pero que al pasar por encima la yema del dedo índice la notes. Que ya solo duela las noches de insomnio, cuando cambie la temperatura que anuncia lluvias. Para que nunca termine de desaparecer.

La máquina de café hace que deje de oírlo con la nitidez que la conversación precisaría. Me despido rápido, con un «lo entiendo» y la promesa de llamarlo anunciando la índole de nuestra guerra.

Derramo el bote de tomate sobre las tostadas, limpio el sobrante con una cuchara y dejo caer un par de gotas de aceite. Con el primer sorbo de café imagino al camarero del hotel sin saber qué hacer con el que me trae de su casa. Hay mensajes sobre lo bien que lo pasamos anoche y promesas de volver a juntarnos pronto. Los dos amigos se han pedido un bocata de tortilla para compartir y una caña para cada uno.

Vuelvo a llamarla.

Me contesta con un buenos días perezoso y con su usual tono me pregunta que qué quiero tan temprano. Me recuerda su mal despertar de los últimos quince años. Le cuento, muy bajo como sin querer soliviantarla hasta que no se haya tomado el primer café, que me han robado el coche, que ahora iré a la comisaría, que no podré recoger a Hugo.

—Puedes decírselo tú, estamos desayunando en la terraza. Ha subido a vestirse emocionado porque iba a tener el álbum entero.

Le propondré que nos veamos por la tarde. El álbum

completo, el de la temporada pasada, reservar el de la siguiente. Lo que quiera.

—Hugo, no podré pasar a buscarte.

—No pasa nada. Ya me pareció muy raro. Querrías ir con la bicicleta.

—Podemos ir por la tarde, si quieres.

—Se lo pregunto a mamá.

—No tienes que preguntarle, si quieres podemos ir.

—Tengo que preguntarle porque tú ya no vives aquí.

Me despido con un «luego hablamos» y espero que se ponga su madre. Nadie vuelve a hablarme. Se me hace largo el poco menos de un minuto que me tienen a la espera. No sé dónde vivo ni sé si lo estoy. En un hotel, ahí vivo, mientras voy y vengo del barrio a la urbanización, de una habitación prestada a un trabajo, a pisotear a quien se deje. Si me brillaran los ojos, si fuera capaz de encontrar ese destello, eso sería una señal inequívoca de que algo escuece. El escozor sería capaz de saltarme y decirme: «oye, que estás bien, que solo es una racha». Las rachas, cuando se juega a la ruleta rusa a doble o nada, siempre acaban. Solo hay que saber cuándo ha terminado. Con la ruleta, como con las separaciones, siempre se pierde.

Apuro el café, vuelvo a comprobar el hueco del coche y me apresuro en llegar a la comisaría. Allí, casi sin tener que esperar, me dicen que seguramente lo hayan cogido para ir a pillar. Por lo visto hay modelos de coches fáciles de abrir y para lo que lo necesitan les vale casi cualquiera. Mira mi carnet, la dirección, y aunque no lo pregunta, intenta descubrir qué andaba haciendo por aquí. Yo me fijo en su acento sureño, su juventud, su pelo engominado y tampoco pretendo que sacie mi curiosidad por saber el momento en que pensó que transcribir denuncias un domingo por la mañana sería una idea excelente. No sacio su curiosidad, doblo el resguardo de la

denuncia y lo meto en el bolsillo de atrás mientras me dice que seguramente aparecerá en unos días. No sabe que Sombragris tiene reuma, no está para esos trotes. Además, no tengo tiempo para explicaciones. Cuando se les acabe la gasolina lo dejarán en cualquier descampado. Ambos no hemos dejado de sudar durante toda la conversación.

Alto del Arenal, línea 1.

Tienen las estaciones de esta línea un olor especial. No diría que es un olor desagradable, pero sí uno muy característico, que hace que puedas saber cuándo has pasado ya la estación de Pacífico. Tiene, este olor, un tono identificativo que te hace saber que ya vas llegando al barrio. Recuerdo otros olores de metros, el de París cuando llevamos a Disneylandia a Hugo; el de Londres, uno de los primeros viajes juntos.

Pacífico, línea 6.

Cuando fuimos a Londres llevábamos unos pocos meses saliendo. Yo ya había ido algunos veranos, con la intención de ir ganando fluidez con el inglés y evitar a todo español que se me cruzara. Le enseñé pubs, monumentos, restaurantes de cada trozo del mundo, y en un hotel de mala muerte de East Court ella me enseñó a tocarla.

Príncipe Pío, línea R.

Fue por aquel curso de primaria que le costó tanto terminar; visitamos al jefe de estudios para celebrar que había aprobado y que no volvería a tener a la misma tutora. Con la efusividad del momento, le dije que lo llevaríamos a donde quisiera. No lo dudó ni un momento. Tres días, dos noches y un suplicio. Ni nos miramos en todo el viaje. Ni nos tocamos. Solo recuerdo colas interminables, perritos calientes y a Hugo feliz. Los tres íbamos de la mano, Hugo en medio.

Colonia Jardín, metro ligero línea 3.

No volvimos a viajar. Empezamos a ponernos excusas. Yo me inventé que tenía miedo a volar; ella, a dejar sola a su madre. A

ambos nos valieron los pretextos del otro. Hugo se consolaba con los veranos en el pueblo, con la piscina de la urbanización, con algún viaje con mi hermana y sus primos.

Aún tengo las llaves. Dudo si usarlas o admitir que ellos viven ahí y yo fuera. No es tarde, calculo que puedo pasar algunas horas con Hugo. Llamo al timbre y me contestan que pase. Vuelvo a dudar, miro su ventana, las cortinas blancas con estampados de coches de Fórmula 1, la puerta entreabierta, el jardín descuidado. Podría ir alguna tarde y configurar de nuevo el riego automático. La entrada está cercada por unas orquídeas y al fondo, unos frutales que tapan las vistas de la casa.

El ruido del timbre hace que ella se asome tras las cortinas de la cocina. Se abre el portón y me quedo esperando en la entrada. Me saluda desde la puerta y casi al instante se gira y grita un seco «¡Hugo, baja, es papá!».

Tendría que coger más ropa. Hacer una maleta más grande.

—¿Fuiste a comisaría?

—Puse la denuncia al momento.

—Deberíamos organizarnos, hacer un preacuerdo.

—Sí, imagino. También es difícil para mí. Salir así de casa, no querer volver a entrar.

—No me gustaría verte hacer las maletas. Cuando volváis llévate todo lo que necesites. Estaré por aquí cerca, quizá en la casa de alguno de los amigos de la urbanización. Solo avísame cuando lo tengas todo en el coche.

—Cogeré el de la empresa.

—Mejor.

Cuando baja Hugo, noto que se ha arreglado de una forma un poco estrafalaria. Entre la odisea del transporte, pasar por el hotel, asearme y volver a venir hasta aquí ha pasado el día. Ella se gira y noto que también pone cara de sorpresa al verlo así, todo repeinado con la raya a un lado. Trata de disimular la risa que se le escapa entre los dedos de la mano que usa para

contenerla. Al acercarse distingo que lleva puesta una pajarita y una chaqueta marinera de su primera comunión sobre el antebrazo.

Se planta delante de ambos, muy tieso, y suelta con tono solemne lo que debe de llevar horas ensayando:

—Hoy es domingo y siempre me habéis dicho que los domingos por la tarde eran para nosotros tres. Intuyo que papá no quiere entrar en casa a cenar pizza.

Lo miro anonadado. La camisa de cuadros rojos y manga corta metida por dentro. Los pantalones cortos vaqueros, las manos en los bolsillos sin tener que sacarlas para hacer aspavientos. La miro a ella, lleva puestos unos pantalones de un tejido suave, una sudadera abierta con capucha y mangas largas que se coge con los dedos. Me miro a mí, que toda la semana he tenido que ir alternando la poca ropa que me llevé.

Deja pasar unos segundos y prosigue su discurso:

—Así que quiero que vayamos los tres a cenar pizza.

No seré yo quien rechace la oferta.

Cada casa es un pueblo

Desayunar con gente desconocida, donde nadie mira a nadie. Despertares sin prisas, sin voces ni llamadas al orden. Buscar rostros entre tanta desidia, sentirse uno más que nadie reconoce. El camarero es ahora mi única constante en las primeras horas del día. Me pregunta por ayer, por mi ausencia, con la misma curiosidad que un niño preguntando razones.

—Yo también me acordé de ti. A decir verdad, de mi café del hotel.

—Me temo que los cafés no son acumulables.

Le sonrío y al instante ya está recogiendo la mesa de al lado, que ha quedado vacía. Saco el portátil, actualizo la agenda con el móvil y llamo a la secretaria. Reuniones a las 11:00 y a las 13:00. Presentación de un nuevo producto vía online a media mañana. Contesto mails, escribo a los directores de las sucursales bancarias informando de que las próximas semanas mi equipo y yo pasaremos a convencerlos de lo importante que es que ellos convenzan a los empleados de la importancia de convencer a los clientes de este producto.

Podría haber seguido todo el día en la cama sin que el mundo notara mi ausencia, sin que nadie reclamase la presencia de alguien que ya no es capaz de producir nada. Lo peor de todo es que yo creí que eso era lo que nos hacía dichosos: media sonrisa, trato agradable y hacer lo que se me pide. Agradecer tener trabajo, agradecer tu horario, agradecer que tienes qué comer. Poder estudiar, poder trabajar, poder consumir, poder viajar, poder mentir, poder hacer el amor, poder...

Anoche hice una foto y ahora mismo la estoy mirando.

No diría que fue un rato agradable. Ella dudó si sería buena idea cuando Hugo nos propuso salir a cenar los tres. Inventó una cena a medio hacer y tareas de la casa indispensables. Aprovechó la ocasión para hacerme ver que el jardín lleva una semana sin cuidados. Cuando ella aceptó que fuéramos a cenar cogimos el coche familiar, como si no pasara nada, como si tuviéramos que volver a ponernos las caretas que durante unos días creí rotas. Hugo insistió y esgrimió sus razones.

—Lo que se promete se hace, cuando algún domingo yo he querido que me llevarais a casa de un amigo no habéis querido. Ni un solo día. ¿Por qué este domingo tiene que ser diferente?

Ahora hay una cita que vamos a tener que gestionar y mantener cada domingo.

De manera casi intuitiva me senté en el asiento del conductor. Ahí estábamos los tres, igual que siempre. Hugo sonreía por el espejo retrovisor, casi celebrando una victoria que le debió de parecer fácil. No nos miró durante el trayecto en coche, bajó la ventanilla y miró hacia un lugar indeterminado. Pregunté a qué restaurante quería ir, aunque sabía la respuesta. Quiso ir al Telepizza que está a pocos kilómetros. Le ofrecí ir al centro comercial, argumentando que podríamos aprovechar para ver si tenían lo que quería comprar.

—No, prefiero solo pizza. Así, durante la semana tendrás que venir a recogerme otro día.

Ella lo miraba, él no notaba que lo estaba observando. Lo veía desde su espejo superior, mientras se terminaba de perfilar los labios. Disimulaba.

Mirarlos desde lejos, acompañarlos viendo como se alejan. Seguir mirándolos.

De este lunes no voy a recordar nada las próximas semanas. De anoche, sí. Recordaré cuando llegamos, la gente

amontonándose para pedir, los trabajadores y la juventud llevándose las pizzas mientras desfilaban en desorden por el local. Hubiera preferido algo más convencional, con mesa y camarero, y aprovechar para darle a entender a Hugo que sigo aquí. Hacérselo ver a ella también. El restaurante parecía una algarabía: dificultad para coger una minúscula mesa con sillas sin respaldo, cola para pedir una pizza familiar cuyos ingredientes hemos tenido que dividir en mitades a fin de poder ponernos de acuerdo, previa petición de añadir salchichas a la parte de él; espera prolongada que obliga a que uno se termine dos cervezas mientras no paran de salir otras pizzas para otras familias. Empecé a desesperarme. Todo me molestaba. Ella callaba y su silencio contribuía a que mi malestar se incrementara. También me observaba, pero yo sí era consciente de ello.

Llegó la pizza y Hugo lo celebró como si fuera una tarta de cumpleaños. Se mostró tan efusivo que le pregunté si quería hacerse una foto. Hacía como que mordía la pizza, pero se reía tanto que no paraba de moverse y de señalar lo inmensa que era. La mitad era suya, así que lo primero que hizo fue separarla en dos mitades con las manos. Me fijé en sus dedos diminutos señalando su comida preferida y descubrí que tenía las uñas tan comidas que parecían heridas. El problema es que no sabía si las tenía así desde hacía unos días o llevaban meses en aquel estado.

Me molestaban las personas que se tropezaban por el estrecho pasillo que quedaba entre las mesas, las sillas incómodas, tener que levantarme a coger servilletas. Y me importunó especialmente que ella sí supiera disfrutar de estar con Hugo, mientras yo seguía buscando siempre un entorno ideal para poder realizar cualquier actividad.

Le pregunté por la cercanía de su cumpleaños, por juegos de consola que no recordaba.

—Me he descargado el Fortnite. Mamá me dio permiso.

Debería de haber sabido qué quería bajarse y por qué había tenido que pedirle permiso para ese juego en concreto. Me ofrecí a jugar con él. Recordé antiguas batallas que pensé ganadas cuando jugábamos juntos, luchas en la cama, en la piscina, carreras en las que tenía que pillarlo. Siempre deseando que el juego terminara pronto.

—No creo que te guste, es para niños o para *gamers*. Además, no tienes consola.

Hasta que un día dejó de pedirme que jugara con él.

Pierdo el primer asalto. Ella mastica despacio, contemplando la escena. Lo corrige al comer y él reacciona a su leve reprimenda dándole un efusivo abrazo con el que deja patente su estado de euforia. Siguió comiendo mientras comentaba que podría empezar por comprarme una guía sobre el juego, que la consola es cara, que a él se la compró su madrina. Que si yo tengo madrina, que si a mi edad se siguen recibiendo regalos por Pascuas.

—También podrías enseñarme tú.

Me miró fascinado, pero al instante cambió de expresión. Arrimé la mesa, tan pesada que hizo un ruido considerable, y Hugo se quejó de que ahora le pillaba más lejos. Ella observaba, paciente, cómo nos adaptábamos al momento. Ella sí sabe reconocer esos instantes, esas chispas que saltan con un destello particular, que gritan un «lánzate a las vías que el tren ya suena, aunque no se vea». Los destellos se dividen en dos clases: cuando eres feliz y no lo notas; cuando sabes que será la última vez que algo te provoque esa sensación tan pasajera y mentirosa que consiste en sentirse bien.

No me sentí cómodo ni dichoso cenando los tres, no creo que volvamos a salir a cenar juntos, jugando a la familia feliz. Si le preguntara a ella, diría que estuvo bien, que pasó un rato agradable, y tendría la capacidad de contarme la velada de una

manera tan distinta a como yo la había vivido, que me enfadaría más. Terminaría diciendo que lo importante había sido que estuviéramos los tres. Los tres juntos.

Cuando los llevaba a casa me dio un bajón, uno bastante hondo. De esos que te entran cuando estás en el fondo de un pozo y solo puedes escuchar una música de verbena lejana, en la que sabes que todos están bailando agarrados. Ahora, aquí, mientras desayuno un bol con ensalada de frutas que dejaré de tomar en cuanto vuelva a tener una casa, me parece que podría ser una escena de una película americana digna de recordar.

La escena se abre con un plano general donde se puede ver al padre en la puerta, sujetando el pomo mientras ellos entran en vuestra casa o en la suya o en la de quien sea. En un plano americano tú te excusas y dices que mañana te pasarás a recoger más ropa, porque recuerdas que ella te ha dicho que no quiere verte hacerlo. Hugo se despide sin dar muchas muestras de cariño, quizá con un primer plano del niño. Sabes que ha dejado una nueva cita pendiente, aunque sea para comprar algo que desea. En el siguiente plano, ella no sabe cómo despedirse y le suelta un «bueno, no estuvo tan mal, ¿verdad?». Él no sabe qué decir que no haya dicho ya los últimos días, a sabiendas de que en ningún momento ha disfrutado; sin embargo, ellos dos van a seguir juntos, mientras que él tendrá que coger el coche y conducir hasta un hotel a pocos kilómetros. Ambos pueden salir en un plano americano que contraste sus reacciones. Cuando él vuelve a un hotel donde no lo espera nadie, la película retoma el plano general, haciendo patente lo alejado que está el lugar mediante una fotografía que mezcle los tonos azulados con algún gris. De vuelta a una habitación que no es suya, una voz en *off* le da la razón admitiendo, aunque sea por unos instantes, que quizá todo consista simplemente en eso, en estar los tres. Aunque así él nunca estará bien. Allí tumbado en una cama que todos los días

los demás hacen por él, se dará cuenta de que para jugar al escondite con la soledad, tal vez deba empezar admitiendo que ha perdido a la familia que entraba en esa casa. O que ahora la familia solo puede constar de dos miembros. Dos, ese es el número más armónico.

Bajé la basura, recopilé todo lo acumulado durante la semana y lo metí en la bolsa de la papelera de la habitación. La anudé y, con la ropa de estar por mi nueva casa-habitación de hotel, fui hasta el contenedor más cercano. Las noches tibias siempre resultan placenteras. Pude andar por donde quise, porque el sol no iba a dejar sombras que pudieran marcar mis huellas. Caminar de noche para que nadie pueda ver que no voy acompañado. Sin prisas, porque cuando es de noche, aquel a quien nadie espera no tiene ni la necesidad ni un lugar a donde volver. Bordeo los muros que rodean el hotel por hacer tiempo, por preparar el asalto al castillo de manera minuciosa. Maulló un gato, por oírse, por saberse vivo. La música de la verbena cada vez sonaba más baja.

Llamó mi hermana y no tenía dónde esconderme. Me contó que ayer mi madre se quedó con ganas de comentarme que necesita ayuda con papá. No es el abuelo bonachón y despistado que yo quiero ver y que está pasando por la vida sin saber quién lo espera. Solo habla mi hermana.

—Cuesta mucho cuidarlo, a veces se pone violento. No la agrede, aún, pero el médico dijo que tampoco lo descartemos. Fíjate, no hace ni dos años que se murió su madre después de pasarse muchísimo tiempo en cama, y ahora parece como si papá estuviera esperando su turno para ser cuidado. Yo no puedo todas las tardes, ya sé que es lo que mamá espera, que nosotros los cuidemos. Pero no va a ser así, no es tu mejor momento; mamá no se ve con fuerzas de volver a empezar a cuidar a otra persona, tú tienes tu trabajo, a Hugo, y un lío a la vista para los próximos meses, y yo estoy exactamente en la

misma situación. Mamá no tiene fuerzas para cuidar de nadie.

Cuelgo casi sin hablar, sin saber qué decir, y menos sin saber lo que se espera de mí. Al menos, a mi hermana sí le parezco necesario.

Me paso el día intentando concentrarme en el trabajo. Recuperándome de la semana pasada, poniendo al día lo atrasado y dejando claro al resto que mi ritmo va a seguir igual. Me tomo un descanso muy breve al mediodía, almuerzo en la mesa de la oficina. Mi jefa se pasa por el despacho para preguntarme por una bicicleta de montaña, suena a lo que es, a una excusa para hablar un rato y de paso controlar el trabajo, preocuparse por cómo estoy. Desde fuera sonaría a leve coqueteo, pero no es el caso. Existe la suficiente confianza como para seguir rindiendo al nivel exigible sin tener que caer en esa clase de corporativismo que hace que todo pueda dañar personalmente. La pongo al corriente, muy brevemente, dos pinceladas con brocha gorda, le hago un resumen rápido de las últimas semanas y acabo concluyendo:

—Los cambios, todos, siempre son a mejor.

Salgo relativamente temprano del trabajo, sobre las 18:00. Eludo la invitación a cañas en una taberna de barrio que algunos usamos cuando queremos alargar el día. Aviso de que iré a hacer la maleta. Por si no quiere estar, por si quiere estar. Pregunto por Hugo. Aviso de que llevo mis llaves. Me doy cuenta de que estoy pidiendo permiso para entrar. Les doy la oportunidad de que salgan mientras yo entro. Así que, a la hora prevista, con el sigilo y la alevosía que la luz del día ofrece, abro la casa de Hugo, porque así he decidido llamarla. No quiero preguntar dónde están. Cojo dos maletas grandes, las lleno de ropa. Recojo algunos objetos que echo de menos: auriculares, champú anticaída, cremas hidratantes para pieles secas y con tendencia a enrojecer y todos los utensilios que uso para mi higiene dental.

No hay nadie en la casa de Hugo. Me siento como un ladrón que saquea una casa ajena; en otros momentos me da la sensación de que estoy en la casa de los vecinos de enfrente. Recorro varias veces el breve trecho del pasillo que va desde la habitación de matrimonio al cuarto de Hugo. Me asomo varias veces a mirar su habitación, tratando de retener todos los detalles. La casa de enfrente es exacta a esta, solo que se refleja en un espejo. Aquí somos desgraciados, allí felices. Aquí no nos emocionamos con nada, allí hablan de vinos que han probado, de viajes a lugares exóticos, y su coche siempre está limpio, como recién comprado.

Vuelvo a la habitación del hotel. El tiempo se condensa de repente, se estira como un chicle de fresa ácida, tanto que termina rompiéndose. Me aburro viéndome a mí mismo releer la guía de Madrid, la carta del servicio de habitaciones y vídeos, tutoriales en YouTube de manualidades que nunca haré. Quietud. Al menos podría tener unas vistas de edificios y así poder imaginarme otras vidas desde mi ventana.

Entra un mensaje de ella.

«Hola, papá. Te dejé la guía de juego del Fortnite encima de la mesa de la cocina. No la has cogido».

Contesto rápido, esperando que siga con el móvil de ella en la mano.

«No lo vi, ¿me lo traes la próxima vez que nos veamos?».

Espero unos segundos. No está en línea. Dejo el teléfono boca arriba sobre la mesilla. Miro al techo, observo las puntas de mis pies. Miro a la ventana cubierta por la cortina mullida de color arena que me separa tanto como me protege del resto del mundo. Miro otra vez al techo, se me hace eterno estar esperando una respuesta. Cojo el teléfono. Está en línea. Lo suelto encima de la cama y decido servirme un trago. Uno que solo me dé sueño, que me corte los pensamientos. Lo sirvo rápido, con un solo gesto. Echo un único hielo pequeño y me lo

bebo de un trago, notando el frío seco en el labio superior. El móvil notifica con luces y sonido que ha entrado un mensaje de ella, como si de fuegos artificiales se tratara.

«Hugo acaba de subir a su cuarto. Se lo digo mañana».

Me pongo música en el móvil, me coloco bien los auriculares y empiezo a crear una *playlist* a la que aún no pongo título, donde incluyo toda la música nueva que creo que le puede gustar a Hugo. Empiezo con unas ocho canciones que no conozco, todas novedades. Resulta curioso que ya no hay bajo, ni bombo ni guitarras. Solo voces particularmente agudas. Selecciono una lista de reproducción con las canciones imprescindibles de Héroes del Silencio y antes de dormirme canto en voz baja, con rabia, sabiendo lo inútil que es cantar en voz alta cuando ni tú mismo puedes oírte: «No sé distinguir entre besos y raíces».

Me da por comprobar si la puerta de la habitación está abierta, por si alguien quiere visitarme. No me quiero dormir otra vez a medio desvestir encima de la colcha, me lo quito todo y antes de fijar la vista en la televisión me dejo deslizar entre las sábanas sin dejar de mirar las imágenes en ningún momento, sin sonido.

Estoy soñando con Sombragris. Aparece galopando con la cola al viento y las crines mojadas por su propio sudor.

Sí que voy a recordar por siempre este día, porque iremos a hablar con el tito abogado y oficialmente empezaré a decir que estoy separado. O que me estoy separando. Mejor seguir callado, sin contar mucho. Me ducho y en el espejo solo veo un cuerpo magullado, como ganado fofo que espera con cautela la hora del matadero. Al menos vuelvo a oler a mí, a ese aroma artificial que me proporciona el gel y champú todo en uno de marca deportiva que llevo usando los últimos años. Camisa recién lavada y planchada por el hotel. Me seco el pelo con la toalla de ayer. Será el momento de decir que llevábamos años

separados, que no sé cuándo empezamos, porque es casi imposible saber la primera vez que necesité un abrazo, o simplemente que me escuchara, y no se lo pedí.

Hemos quedado una hora antes para comer. Nos oiremos decir lo importante que es Hugo para nosotros. El tráfico es tan horrendo que casi celebro con júbilo pagar por dejar el coche de la empresa en uno de los aparcamientos del centro y andar un rato. Las ciudades están llenas de gente con bolsas que exhiben logotipos con unas gafas de sol más grandes que las caras. Al menos, esa cantinela sobre Hugo es la que llevo ensayando bajo esta cara de estar entregado a mi trabajo, enfundado en un traje negro y una corbata que ya estoy repitiendo esta semana, y eso que solo es martes. Antes de subir al despacho del tito abogado nos encontraremos en un bar que hay detrás de la Gran Vía y que conserva el mismo aspecto desde que lo inauguraron. Los clientes deben de haber cambiado, unos porque se mudaron de casa, otros porque cambiaron de trabajo, envejeciendo a la par que los antiguos dueños, y otros, sin más, porque van a otros bares. Buscan otros rostros, convertirse en caras desconocidas. Las fotos de las raciones de tortilla, calamares y bravas siguen siendo las mismas desde la inauguración. Pasan por delante de nosotros hasta que un día los dejamos de ver y no volvemos a recordar esa cara anodina que hemos encontrado durante años en el metro camino del trabajo. ¿Adónde irán? Me acerco a ella, decidido a demostrarle que su cara no se va a perder entre los vagones ni en otras líneas de metro. La mueca de sorpresa que hace al verme en cuanto me aproximo se convierte en una leve sonrisa. Si hace unos días no sabía si me sobraba más de lo que la quería, ahora la balanza se hunde en el peso del querer. En la base de aluminio dorado, donde está escrito que te ha dado lo mejor que recuerdas. La abrazo, sin dos besos, como a un familiar al que aprecias de una manera sincera, firme y sin

plantearte la razón. Nuestras fotos seguirán iguales, seguirán pasando los años y nos recordarán dónde hay que poner el peso de la balanza.

Intercambiamos preguntas practicadas, con sus respuestas igualmente preparadas. Me sudan las manos, no dejo de mover las piernas y cambio a cada segundo de posición. Me oigo hablar rápido, sin pensar, me repito que debo escucharla, que la deje hablar con el mismo tono con que nos enseñaron a recitar las tablas de multiplicar, el mismo que usas cuando empiezas a rezar para que te dejen hacer la primera comunión. Me obligo a estar callado, a concentrarme en lo que dice. A entender por lo que debe de estar pasando, a imaginarme lo que debe de ser que de repente te den la espantada, como hacen las palomas cuando oyen un ruido fuerte y, al cesar el ruido, vuelven a revolotear pidiendo más comida, sin mirarte, solo con su presencia. Pronuncia un «de acuerdo», casi sin mover los labios.

Balbucea «custodia compartida» mientras me sostiene la mirada, con firmeza. La voz no va acorde con la expresión de seguridad que exhibe su rostro. Achica los ojos, como cada vez que quiere concentrarse. Nos interrumpe la camarera que nos pregunta, sin mirarnos:

—¿Los atiendo ya?

Pedimos dos platos, a compartir. Una tarde le comenté que comía despacio porque era hija única. No le hizo demasiada gracia la apreciación; de hecho, hay momentos en que creo que, desde ese día, comenzó a comer más lento aún. Hoy sigue comiendo con la misma parsimonia y coge poca cantidad cada vez que se lleva un bocado a la boca. Aparto la mirada por minutos buscando distraerme viendo a la gente pasar. Hablamos, cedemos, no me enroco. Cede, más de lo que esperaba. Cedo. Llegamos a unos mínimos acuerdos. Sin sonreír, sin darnos voces. Casi disculpándonos cuando nos

interrumpimos. No puede ver que tengo los dedos cruzados. El móvil está encima de la mesa y no dejo de mirarla, apacible. No quiero estropear nada. Me baja el escozor hasta la tripa. No quiero mostrar una efusividad que me delate y me haga parecer ganador. Mido cada una de las palabras que digo, tan artificioso que resulta efectivo, y así logro no sacarla de quicio. Tan intranquilo estoy que me sobra todo en los bolsillos y he ocupado media mesa con las llaves y los dos móviles que siempre llevo encima. Ella también ha dejado la cajetilla de tabaco encima de la mesa, anunciándome, sin decirlo, que ha vuelto a fumar.

Me pregunta dónde voy a vivir. Le cuento que voy a hablar con mis padres, que vuelvo a su casa, de la que me fui hace veinte años.

Asumo los gastos de la casa, lo que haga falta. Me dice que va a volver a trabajar. Pregunto si vería muy mal que compartiéramos la casa de Hugo.

—Una semana o una quincena cada uno. Así Hugo no se movería.

Separación de mutuo acuerdo. La mesa es tan estrecha que por momentos nos sobramos, nos tocamos, nos estorbamos. El ruido de fondo, los murmullos de la clientela, los hipidos del café, la voz al contestar un «¡oído cocina!»..., todos parecen estar esperando que responda al órdago que acabo de lanzar. Miro al precipicio cuando ya me he lanzado desde las rocas sin saber cuán alta está la marea. Un convenio regulador conjunto. Eso hacemos, hablamos de medidas provisionales. De mínimos, de máximos. Contemplar la posibilidad —puertas y ventanas sin cerrar— de compartir la casa que compramos juntos.

Entra un mensaje que retumba en medio de tan apacible escena. Los dos alcanzamos a leerlo desde nuestra posición.

«¿Vendrás el sábado?, me encantaría volver a verte. Podremos volver a cantar».

Número desconocido. Miro la pantalla, esperando que al levantar la vista no me encuentre con una represalia. Una cara que ya conozco, un gesto, igual de conocido, que me demande explicaciones, dándole la razón a quienes opinan que nadie deja a su familia sin tener donde agarrarse cuando en invierno aprieta el frío. No imagino un mensaje ni un momento más inoportuno. En lugar de volver a mirarla, opto por girar la cabeza y volver a fijarme en la gente que pasa por la calle, hacia algún lugar que desconozco.

—¿No vas a contestar?

—Ahora no es el momento. Aunque es un número desconocido intuyo que debe de ser el de una amiga del barrio que volví a ver el sábado junto con los de la pandilla. ¿Te acuerdas de ellos?

—No te estoy pidiendo explicaciones, dáselas a ella. Quiere volver a verte. No te veo capaz de rechazar una oferta como esa.

Me callo, pego los labios e incluso empiezo a morderme el labio inferior buscando un poco de dolor, un ligero pinchazo. Pongo una mano encima de la pantalla del móvil como si al tapar la pantalla pudiera silenciarlo, guardo las llaves en el bolsillo y vuelvo a mirar a través de los amplios ventanales. De repente, todo ha enmudecido. Me concentro en los coches que pasan, en el ruido de la ciudad, en la gente que anda muy deprisa. «Si pasa uno de color rojo, giro la cabeza». Se hace el silencio, porque para que surja el silencio entre dos personas tiene que desearse. Se instala e intenta quedarse, y entonces vuelve a crearse esa distancia infranqueable entre los dos. No sé si contestar; si explicar más o no decir nada; si contestar el mensaje, dejando claro que no es el momento; gritar que no quiero mensajes de nadie o limitarme a borrarlo delante de ella para demostrarle que mi único interés, ahora mismo, es Hugo. Y elegir un bar para hablar, un escenario neutro, un lugar

donde nadie debe sentirse su dueño y así debe seguir. Dejarlo pasar, ni siquiera quiero dejarlo en «visto» porque un «visto» ya implica una respuesta. Solo con que se fijase en mi cara descompuesta vería el poco valor que le doy al mensaje.

Nos interrumpe, como una tormenta de verano que agradeces después de un día de bochorno, el tito, que no es tito ni nada, pero que lleva décadas insistiendo en que lo llamemos así. Nos saluda tan serio como su traje azul, su camisa blanca y su corbata del mismo tono le permiten. Le ofrece la mano a ella, que la aparta con dulzura para plantarle dos besos. Me toca el hombro y dice que me acerque, que lo salude en condiciones. Paga lo consumido mientras nos veo a los dos tan pequeños, tan poco resolutivos, que empiezo a dudar si ya es el momento de contar con un abogado, aunque sea alguien que me ha visto crecer.

Sale decidido del bar, saludando a todo el mundo como si lo conocieran y, sin decirnos nada, nos sentimos invitados a seguirlo. El bufete está en la misma Gran Vía, en un edificio que busca impresionar al cliente antes de entrar. Justo enfrente está en cartel *El Rey León*. En la ostentosa entrada que debió de diseñarse a finales de los setenta cuelga una lámpara que ahora mismo está encendida. Van hablando delante, con la distancia justa requerida entre un cliente y una sobrina igual de postiza que yo. Ella gesticula, él asiente a menudo y le va abriendo las puertas en un alarde de caballerosidad trasnochada que persigue hacerle más accesible el camino y no interrumpir su discurso.

Avanzamos por un pasillo con moqueta que huele a polvo, aunque en apariencia todo reluce. Cuadros iluminados individualmente, dorados pulidos, personas que nos saludan con amabilidad al cruzarnos. La mesa de madera noble ocupa casi la mitad del pequeño despacho y decenas de manuales de derecho inundan las estanterías. Dudo que la plática que nos

larga sea improvisada.

—Cada casa es un pueblo. Tiene alcaldías, tiendas, parques y todo lo que te puedas imaginar. Cada pueblo tiene sus reglas y he visto durante años como algunos pueblos han acabado ardiendo. La culpa siempre es nuestra, y permíteme que diga «nuestra», porque yo lo he sufrido. Ahora mismo ya no usaría la palabra «sufrir» para definir ese periodo, diría «lo he vivido», pero, claro, ya han pasado más de veinte años. Así que, como ya os avancé, si solo buscáis un abogado, teniendo claro que llegaréis a un acuerdo para la custodia compartida, contad conmigo. Hablamos, empezamos por unos acuerdos y durante estos días resolvemos el convenio regulador los tres, siempre aquí, hablando juntos. Habrá discusiones, que intentaremos que sean lo más breves que podamos. Pero si estáis de acuerdo, iremos juntos, con enfados, con tira y afloja, hasta el final. Y ese final solo llega cuando empezáis a olvidar lo que fuisteis, cuando empezáis a ser otra vez familia, pero otra diferente.

Nos miramos y no sabemos por dónde empezar. Empieza a soltarse, sin ganas, sin pretender que yo la escuche. Lanza un «yo también tengo que empezar de nuevo, sin lastres diarios, aunque sea lo que más amo». Sin pensar, solo por liberar aire, quizá, un poco de peso. Más ligera. A ella también la estarán aconsejando. También será una montaña rusa de emociones, de comentarios no pedidos. Un vaivén de sentimientos durante el cual es fácil pasar del odio a algo que no es odio, pero huele igual. Por fin lo materializa en voz alta.

—Ya hemos hablado de algunos aspectos, otros los tenemos que ir viendo.

—No hay prisa, redactemos los mínimos a los que habéis llegado y empecemos así. Id viendo cómo os vais ajustando, tanto a lo emocional como a lo económico. Son muchos cambios, así, casi de repente.

Yo no creo que tenga que añadir nada, porque desde que en

el bar pronunció las palabras «custodia compartida» tengo en la mano una bengala que me acaban de encender y el brillo de las centellas ilumina toda mi cara. Le volvemos a comentar cuál es nuestro punto de partida.

Pasan las horas, como si se tratara de un examen en el que has decidido soltar todo lo que sabes, todo lo que has leído y estudiado en las últimas semanas independientemente de lo que te estén preguntando. Funciona, me quedo vacío, sin nada en el estómago, y percibo que esa sensación es compartida. Produce la misma sensación de hambre. Una catarsis rara, no buscada, a partir de la cual hemos empezado a llamar a las cosas por su nombre. El fin de semana haré otra mudanza de tres maletas. Eso es cuanto arrastro. Pensaba que con la edad llevaría más equipaje, que con los años cargaría con un sinfín de cosas. Pero todo queda reducido a unas maletas. Y ahora, de la habitación del hotel a casa de mis padres.

Exhaustos, nos despedimos en el metro; ella sí tiene adónde volver, cuando ya han encendido el letrero luminoso y se ha formado una gran cola de gente que antes iba con prisas y ahora quiere soñar que unas personas disfrazadas de animales son reales, que están en la sabana africana, y durante unas horas serán solo eso, niños ilusionados que quieren creer mentiras. Le pregunto si le parece bien empezar este jueves. Hugo y yo, de seis a ocho.

—Cuando llegue se lo digo.

—Voy cerca de casa, de casa de Hugo. Tengo el coche en el aparcamiento. Si quieres te acerco y te ahorro el trayecto en metro.

—No necesito que nadie me lleve, que nadie me salve. No soy una damisela en apuros.

—No quería dar a entender nada. Solo que yo voy al lado. Sin más.

Baja las escaleras, despacio, dudando mientras mueve la

cabeza como si lo que yo le había propuesto fuese una fantochada, una idiotez. Me quedo parado, pensando si la pregunta sobraba. Cuando está a punto de bajar el último escalón se gira y me llama. Busco las llaves entre los bolsillos, mientras la veo subir esquivando a la gente que baja atropelladamente con ganas de regresar a sus barrios. Se tropieza con una joven que se disculpa al momento. Yo también quiero pedir perdón, por todo y a casi todos. Por no saber perder.

No hablamos mucho. Me cuenta que su madre la está ayudando con Hugo, que a ratos ha llorado y a ratos, me entiende. Me dice que todas las mañanas Hugo pregunta por mí, que las veces que comen juntos al mediodía sigue poniendo mi plato. No quiero que se me salten las lágrimas, así que me despisto mirando las luces de las compañías que bordean la M-30 y que pasan a toda velocidad formando halos de colores. Agradezco que me lo cuente, que no soy ese ogro que pienso que soy. Llama su madre y salta el manos libres. Duda si quitarlo con un gesto al oír la voz de Hugo, me mira y lo deja emparejado.

—Mamá, ¿cuánto tardarás?

—Vamos de camino, voy con papá en el coche.

—¿Se queda papá a cenar?

—No, pero el jueves vas a verlo de seis a ocho. Tú y él a solas.

—El jueves no puedo. Tengo partido de fútbol.

Y ese ogro que sé que puedo ser empieza a pensar que no será tan fácil. Si lo obligaré a estar esas horas que hemos acordado o le dejaré que siga con sus planes diarios. Si me conformaré con sentirme un segundo plato, uno de esos que si ya has comido mucho de primero ni te apetece tomar y, si lo haces, es con una desgana considerable. Aun así, sigo siendo parte del menú. Podría ser que a veces Hugo tuviera mucha

hambre.

Días de fútbol

Siguen despertares bastantes angustiosos. Ayer, tras la reunión con el tito abogado, comenzamos una nueva vida que necesita tanta organización como cualquier empresa multinacional. Tiendo a volver a dramatizar cada gesto, cada sentencia dada. No soy capaz de entender las conversaciones, los tonos que modulan razones, hasta que no vuelvo a reproducirlos otra vez, una y otra vez. Busco repetirme a diario, al menos entre semana, todo lo que pueda, para caer en una desidia que me impida pensar de más. Flotando en una piscina de esas que tienen olas artificiales o dejando que el río arrastre los acontecimientos y, cuando parezca que ya no quedan sedimentos que arrastrar, que otra riada arrase con todo. Mi única obligación es mirar cómo se asientan los residuos en las orillas, sentado en mi porche, vigilando que no me molesten. Despertares en soledad, despertares empapados en sudor.

—Necesitas, necesitamos, dar un salto hacia delante. Ya no será juntos —me soltó ella al despedirse.

—Ábrete un Tinder —me dijeron los amigos el fin de semana pasado.

Uno ambos consejos, descargo aplicaciones. El salto en busca de sexo mediante apps me parece muy brusco, así que estoy abriendo una cuenta en Facebook. Salen contactos del teléfono y empiezo a seguirlos. La veo a ella, su foto de perfil con Hugo en brazos, cuando tendría unos cuatro años. Intento acceder a sus fotos para verme con ellos, pero casi no aparecen fotos. Solicitud de amistad vía online, a ella. A mi ex. Configurar el perfil. Buscar viejas amistades. Ver cómo viajan, comen, leen y

posan. Siempre felices. Subo canciones de cuando conseguían aislarme de los demás, aforismos de libros juveniles que disfrutaba y fotos mías con Hugo cuando aún íbamos de la mano. En los próximos días hablaré con desconocidos, con antiguos compañeros de facultad y trabajo y con primos a los que llevo sin ver desde la infancia.

De repente, abro una puerta por donde podemos llegar los unos a los otros para saber lo calvos que estamos. Durante semanas comentaré fotos de viajes, de aniversarios y de nietos. Comienzo a subir cada día lo que como, preparo la foto a conciencia, siempre debajo de la ventana los días soleados, distribuir bien los elementos para que parezcan apetecibles y me den likes. Comentan «vaya pitanza, qué suerte, un festín...».

Llegará el momento, pasarán meses y terminaré aburriéndome, como de casi todo. Cansado de mirar sin el riesgo de ser visto. Dejaré abierto el perfil, aunque sin usarlo. Ella nunca me admitirá en sus redes, no le preguntaré el porqué de mi castigo divino. Me quedaré a las puertas del cielo, sin entrar. Lo cambiaré por ver vídeos de cantantes de *trap* con entrevistas sin guion para tener conversación con mi hijo y que cuando me cuente y se entusiasme con cualquier cosa que hayan hablado en clase no me suene al discurso de un alienígena que me habla de otros mundos.

Aviso, a través del grupo de la familia, de que me pasaré por la tarde. Somos cuatro, pero solo hablamos tres. Mi hermana contesta casi al instante, como si estuviera esperando el mensaje, que también vendrá. Hay una delgada, casi etérea y a ratos invisible línea entre proponer y entrometerse en tus decisiones. La misma que cruzamos, deshacemos y volvemos a dibujar para proteger y sobreproteger. Las rectas no siempre van en ángulo recto, se retuercen por los costados, se atraviesan y se vuelven a fijar. Mi hermana me protege, así en general, pero a veces se pasa de frenada y no deja que me la

pegue fuerte, sin saber que eso es lo que necesito, que duela, que escueza, que me arrepienta.

Aprovecho el hueco del mediodía para comprar algunos juegos de mesa. Dos tableros, cuatro juegos. Hace unos domingos me acerqué a Hugo de forma muy inconsciente para preguntarle si quería jugar al parchís. No es que me apasionara, pero había empezado a diluviar de pronto, con esas gotas gruesas que abren los otoños. No iba a poder salir con la bicicleta, así que me pareció, si no un buen plan, algo con lo que pasar la tarde. La respuesta de Hugo fue que no teníamos descargada esa aplicación en la *tablet*. Empezaba a salir el sol entre los huecos de los nubarrones que se iban alejando. Hugo dijo algo sobre buscar por los cajones o hacer nosotros un tablero, pero yo ya andaba mirando el móvil y comprobando que la lluvia nos iba a dar unas pocas horas de tregua. Era de ayuda en esos momentos en los que no había un «ella» ni un «él». Tener momentos durante los cuales lo que pasara por mi cerebro solo fuera pedalear, mantener el control y jugármela en cada curva. Sin que me pudiera equivocar, ni defraudar ni presionar. Esa es la libertad que creía tener y no dejaba que nada ni nadie me privase de ella. Era un trozo de pastel de chocolate y almendras que no quería compartir, esas horas eran mías. Volví al cabo de una hora y media, lleno de barro y con la cabeza vacía, dispuesto a que me la llenaran de reproches. Dispuesto a comer pizza siempre en domingo. Juntos, los tres. Tampoco presté mucha atención. Era obvio que nunca hubo partida de parchís ni del juego de la oca. Reconduciré esos huecos, los cubriré con yeso recién hecho y con una prisa desmesurada por recorrer lo que debimos haber andado. Los caminos siempre pueden ser de vuelta para encontrar de nuevo a quien adelantaste, solo hay que tapar los socavones.

Intento pensar en otros espacios que podamos compartir, preguntar solo una vez por los estudios, por lo que ha

aprendido, y saber encontrar conversaciones, ocio compartido y demás responsabilidades suyas, sobre las que volvamos a versar nuestras conversaciones una y otra vez. El abuelo tiene un juego de naipes de cuando aún bajaba a jugar la partida de chinchón que ya está muy desgastado, con algunas cartas rotas que dificultan las partidas. Elijo un diseño clásico entre la poca variedad de juegos de cartas a nuestro alcance. Mentiría si me preguntaran si sé si Hugo tiene bicicleta. Recuerdo una roja sin pedales con la cual se arrojaba temerario por cualquier rampa que encontrase; se caía, pero al momento se levantaba muy digno, exclamando «¡No, papá, no pupa!», aunque tuviera la rodilla raspada. Solo por no preocuparme.

No tengo una hora fija para salir de la oficina, dependo de tantas variables que mejor no estar pendiente, y no puedo andar todos los días con excusas por salir antes que los demás. Tampoco es que hasta ahora haya tenido mucha prisa por salir. He hablado con mi jefa para explicarle que algunos martes y jueves —en mi fuero interno yo quería dar a entender que serían todos— saldré sobre las 17:30 debido a que tengo cuatro horas entre semana para ver a Hugo y un fin de semana sí y otro no. Quería explicarle más acerca de los términos de la separación, como por ejemplo: por el cumpleaños del padre, con el padre; cuando sea el de la madre, con ella. Con los abuelos cada uno hace lo que puede. Su cumpleaños no lo tengo claro.

—Entiendo la situación, serán momentos difíciles.

Complicados, tanto como que estoy en mitad de un atasco, queda media hora para recogerlo y llevo diez minutos parado en la M-30. Hugo tiene partido a las 18:30 y yo ya no sé si empezar a llamar para declararme vencido en mi nueva condición de padre por turnos que no consigue llegar a tiempo a su primera guardia. Empiezo a tocar el claxon desesperado, grito con la ventanilla bajada, miro todo el rato a la derecha,

preparando una salida alternativa por el arcén. Nos movemos, paramos y avanzamos pocos metros. Lo que antes serían momentos de relax escuchando música o cualquier otra cosa por la radio, hoy son prisas por llegar a casa de Hugo. Esta vez no me voy a sentar en la acera a quejarme de mi suerte y esperar que un señor mayor se ría divertido. Tras mirar por el espejo de la derecha doy un giro brusco y convierto el arcén en otro carril por el que me pongo a circular dándole al claxon para indicar que es una urgencia. Al instante una moto imita mi maniobra de evasión y, como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito, me persigue. No voy muy rápido, el hueco es estrecho y, en ocasiones, la salida a la derecha me obliga a detenerme. Aun así, voy ganándole segundos al reloj del coche. Otros conductores me increpan, bajo la ventanilla y los molesto yo, con rabia, aduciendo que se trata de una emergencia.

La llamo y solo recibo un bufido por respuesta; es la señal de salida de la carrera que acabamos de comenzar y en la que los horarios y las llegadas a meta tienen que ser perfectos para que no nos descalifiquen. Cuelgo al instante para no tener que contestar. Quince minutos después de haber llamado, a las 18:07 estoy en la puerta de la casa de Hugo y detengo el coche en el preciso instante en que salen. Hugo ya lleva puesto el chándal del colegio, ella está cerrando la puerta y yo he llegado tan alterado que me parece buena idea tocar otra vez el claxon provocando un ruido enternecedor a la par que molesto, y nada más tocarlo me doy cuenta de que tanta algarabía no se ajusta al momento. Bajo la ventanilla, le guiño un ojo y sin bajarme le propongo que se suba al coche. La felicidad que refleja la cara de Hugo, que muy probablemente ya no esperaba que llegase a la hora acordada, contrasta con la expresión severa de ella, que no duda en comentar la jugada. Intercambiamos miradas, alza el entrecejo.

—Llegas tarde. Yo también tengo cosas que hacer.

—Son solo unos minutos. Cuando antes volvía más tarde de trabajar no te recuerdo ni una queja.

Quiere seguir, lo noto en su cara. Los años enseñan a saber en qué momento podemos pinchar al contrario. Hugo da por zanjada la breve discusión al sentenciar que solo son unos minutos y que aún estamos a tiempo de llegar. Sube detrás en dos o tres movimientos, calculando cada uno de sus gestos. Baja su ventanilla, saca la mano y la agita con su característica vitalidad. En cuanto arranco me dice que mamá se quedará sola este rato.

—Yo también llevo solo ya bastantes días.

—Tú no nos necesitas, estás solo porque así lo has decidido.

Lo ha dicho sin alterar el tono de su voz. No lo ha dicho como un reproche, lo cuenta porque así lo cree y lo sabe cierto. Estamos llegando al colegio. Durante el trayecto hemos ido escuchando las novedades musicales que he ido localizando y añadiendo a una lista que he titulado «Reconquista». La paradoja es que a mí empieza a sonarme, llevo unos días escuchando una y otra vez la misma lista de reproducción. Hugo no ha hecho ningún comentario al respecto y mucho menos las ha cantado, tarareado o hecho el menor amago de mover los hombros, como suele hacer cuando le gusta alguna canción. No hay tantos coches aparcados como otras mañanas en que he podido acercarlo yo. Eso sí, siguen las mismas ganas de ser yo quien deje a mi hijo justo en la puerta. Aparco cerca de la entrada y en cuanto salgo del coche noto un ambiente festivo, algo que incita a dejarse llevar y disfrutar de la excursión. Lo que Hugo llama partido solo son clases extraescolares de fútbol mixto en las que entrenan a lo largo de todo el curso escolar. Según me ha dicho, durante el mes de junio juegan un torneo veraniego con otros equipos, así que tiene que entrenar duro para ser titular. Saluda a sus compañeros, algunos van solos, otros acompañados por madres

y algunos padres. Se acerca a cada niño pequeño para decirle un hola más afectuoso y, cuando la distancia lo permite, se acerca a tocarles la mejilla esperando que le devuelvan el saludo e insiste hasta que lo consigue. Cuando se cruza con dos o tres de su curso, cuyas caras me resultan familiares, así como algunos nombres sueltos, me mira sin decir nada, dándome a entender que se adelanta con sus amigos. Coge del hombro a uno de ellos, se miran y sueltan unas carcajadas de celebración sin ni siquiera haber hablado. Eso es ser amigos, no tener que hacer nada juntos, ningún plan exuberante, solo bajar a la calle y tener compañía. No reconozco a ningún padre. Hay un grupo justo en la baranda que divide el campo de la grada. Exhalan una competitividad que intentan transmitirles a sus hijos a voces, alentándolos a que impriman más intensidad a su juego. Los miro curioso, a ratos sorprendido, lo notan y me devuelven la mirada, dándome a entender que no me conocen, que no saben quién soy, mientras intuyo que intentan ubicarme con breves comentarios. Las madres se han agrupado junto a sus carritos de bebé, mientras que otros hermanos menores han montado un partido paralelo que a ratos resulta más divertido. Caen incontables veces ante el balón, tan grande y pesado que desde aquí parece que busquen la caída y las risas de unos y otros, en lugar de chutar a las inexistentes porterías. Tanto me concentro en estos enanos toreros que no oigo que Hugo reclama mi atención. Desde donde estoy me cuesta oírlo, así que lo repite varias veces.

—¿Lo has visto? ¡Vaya tiro, eh!

Miento, le agrado. Le digo que he venido a verlo, pero a la primera de cambio ya estaba mirando a otras familias, perdiendo el tiempo imaginándome otras vidas. Me pongo de pie, lo aplaudo dos o tres veces y le levanto el pulgar en señal de conformidad. Veo, más que oigo, como le cuenta a los que acuden a abrazarlo que ese de ahí es su padre, y me señala

efusivo sin bajar el brazo hasta que consigue que la mayoría me miren y empiecen a agitar sus manos, saludándome. Los padres me ubican como padre de Hugo y no me parece que pueda haber mejor etiqueta. Necesito esa validación, ese saber que hago lo que se espera que tengo que hacer. Soy el papá de Hugo, he venido a animarlo. Miradme a mí también.

Termina el entreno. El otoño empieza a revelar sus verdaderos colores. Un ocre atardecer que va dando la bienvenida a noches más largas dentro de unas semanas con el cambio de hora. Los jueves hay entrenamiento, ahora mismo me quedan los martes. He de pensar qué haré cada martes, cuando el frío apriete, las farolas nos alumbren al volver a casa y tengamos que buscar ya no solo en qué ocuparnos, sino también dónde hacerlo. Ahora mismo, en otoño, el frío solo empieza a aparecer algunas noches.

Aunque llegué tarde, nervioso y alterado, el primer jueves estuvo bien. Tal vez tenga que actuar como el resto de los padres, que se exigen un alto grado de competitividad en todo lo que hacen, o al menos que Hugo note mi aliento al gritar su nombre. De vuelta a casa, ya sereno y tranquilo, lo miro confiado desde el espejo retrovisor indicándole que se seque el pelo con la toalla que guarda húmeda en la mochila. Es la única vez que lo interrumpo, pues me va contando cómo ha vivido él su partido, el gol que ha marcado, el regate que hizo a la derecha después de amagar y que le han escondido el champú a no sé quién.

Llegamos unos minutos antes y casi al momento de aparcar ella sale de la casa de Hugo. Él grita su característico «¡mamá!», sale del coche y empieza a contarle lo mismo que acabo de oír. Sobre esa hora llegaría yo a casa un jueves de nuestra otra vida, de esa que dejé escapar. No sé si hablaríamos de su partido en la otra vida, pero si lo hiciéramos sería una conversación corta, sesgada y con prisas, las mías, por abrirme

una cerveza, cenar cualquier cosa, echarme en el sofá e intentar que nos hundamos juntos. Se despide, ella también, y yo vuelvo a mi habitación, a comerme un bocata de calamares.

Los viernes en la oficina son relajados, el tono cambia, las sonrisas aumentan y se notan las ganas de acabar, de imaginar un fin de semana lleno de acciones que colmen esas vidas nuestras que nos estresan a diario. Incluso la forma de vestir cambia, así como las reuniones. Es el día en que nos permitimos algunas bromas, algún gesto que conlleve cierto roce; los días que pasamos juntos hacen cariño sin tener que decírnoslo. Solo en viernes se entiende que el hueco del mediodía se pueda alargar y que de forma esporádica algunos ya no vuelvan por la tarde. Esas normas no escritas, ese actuar por intuición hay que aprovecharlo y después de comer con mi jefa, los dos solos, porque dice que necesitábamos estar así para ver el pulso de los objetivos por cumplir en lo que queda de mes, tras pagar la cuenta doy por terminada mi semana y ella, aunque se excusa diciendo que tiene que volver al despacho, también anuncia que empieza el fin de semana.

Las mentiras del fin de semana se tapan con nuevos hábitos, con obligaciones que hasta ahora no tenías. Este fin de semana no voy a ver a Hugo, entre otras cosas, porque no quiero meterlo a vivir en una habitación insulsa de hotel. Cuando estoy llegando al barrio me encuentro con uno de la pandilla. Va con una moto de reparto de necesidades creadas, se para y me saluda con el motor en marcha.

—¿Otra vez por el barrio? Al final será verdad que nos echabas de menos.

— Imagínate cuánto, que quiero volver a vivir aquí.

—Genial, tampoco se me ocurre otro lugar mejor. Aunque no lo pongamos en el grupo, los sábados solemos pasar las tardes juntos, a veces estamos casi todos; en otras ocasiones, en cambio, las cervezas me las tengo que tomar yo solo.

—Mañana nos vemos, que te veo liado.

Arranca casi sin que haya terminado la frase, tan rápido que la moto suena gripada y el tubo de escape suelta dos o tres petardazos mientras desaparece esquivando el coche que le acaba de pitar. Subo los escalones de dos en dos. Abro con mis llaves, oigo que hablan en la cocina, no sé lo que están diciendo, pero discuten. En cuanto cierro la puerta dejan de hablar y al instante, desde donde me encuentro, solo se escucha un leve susurro casi inaudible. Salen a recibirme y me abrazan las dos. Seguimos los tres abrazados cuando mi padre se asoma por el pasillo, observa la escena y se vuelve, intuyo, a su sillón.

Dialogamos, mejor dicho, hablo con mi madre mientras mi hermana hace como que no escucha, fingiendo que está ocupada.

—No seré una carga. Eso es lo último que pretendo. Aparte de por motivos económicos, que también los hay, siento la necesidad de ser útil, de ayudar a cuidar a papá, acercarme a él, hacerle compañía y cuidarlo, todo el tiempo que el trabajo y Hugo me permitan. Si he de ser honesto, no sabría decir durante cuánto tiempo podré hacerlo. En mi cabeza la situación ideal sería compartir por semanas la casa de Hugo. Si eso ocurre, ni merece la pena ni puedo permitirme alquilar algo decente.

—Ya sabes lo que te iba a decir. Esta es y será siempre tu casa.

Después de pasarme un buen rato organizando los cuartos, recogiendo ropa vieja de mi hermana y mía, subiendo trastos al pequeño desván, miro mi barrio desde la misma ventana por la que lo miraba de niño. Encuentro cajas y más cajas de objetos que un día fueron indispensables. Apilo los que creo que puedo compartir con Hugo. Juegos de mesa, figuras de acción y algún que otro juguete.

Cae la tarde, quiero dormir en el hotel, pero no tengo prisa.

Mi madre ha aprovechado para salir con mi hermana y van a pasarse por el centro comercial. Empiezo a comprender que hasta que no haga las paces con mi padre, hasta que no cierre los reproches que han quedado pendientes, no seré capaz de entender a Hugo. Miro en calma como mi padre se bebe una manzanilla, algo propio de las tardes sin prisas, y reparto las cartas para echar unas partidas. Le cuento que encontré una caja precintada con algunos muñecos que conservo desde niño. Estamos en su salita, donde jugábamos de pequeños. Los muebles envejecen a la misma velocidad que envejecen sus dueños. Cumplen años a la vez. Descuadran las cocinas reformadas en casas amuebladas hace treinta años, lo mismo que se desnaturaliza una cara estirada por cirugía plástica. Me mira con esos ojos únicos que toda persona mayor tiene, porque acumulan tantas historias vividas que por algún sitio necesitan escapar, mientras con un hilo de voz, débil, pero constante, me dice que le gusta jugar a las cartas. Cuenta algo sobre un coche de hojalata que tenía un vecino suyo, de su misma edad, y que una tarde se lo robó. Arrepentido de haberlo hecho, lo tiró a un arroyo de detrás de su casa encalada, pero como no se hundió lo volvió a coger y terminó excavando un hueco para enterrarlo. Claro, todo esto me lo cuenta medio en serio, medio dormido, medio vivo lo que quiero, medio te cuento lo que quiero. Medio no sé qué me pasa, pero no me interesa lo que me rodea. Me gana al chinchón en menos de siete rondas.

En cuanto vuelve mi madre me excuso y, aunque insiste en que me quede a dormir, le contesto que de todas formas tendría que recoger mis cosas del hotel. Prometo volver mañana pronto, terminar de recoger los cuartos, pasar el día con ellos y, entonces *sí*, empezar ya de nuevo nuestra convivencia. Paro para comprar una botella de Chivas con la que celebrar junto a mi habitación la despedida del hotel. Me la bebo mirando fotos

antiguas, de las que no se comparten, de esas que te recuerdan que no eras tan infeliz. En las que todos ellos salen felices.

Otra familia

La boca pastosa delata el sabor del whisky que me viene una y otra vez, como un pensamiento en bucle que no deja de atormentarte. Desayuno, por nada me iría sin despedirme del camarero con mi cara de joven.

—Hasta aquí hemos llegado.

—No sé qué haré durante esos quince minutos que dedicaba a prepararte el café en mi casa.

—Recuerda que me tienes que llamar. Tienes mi tarjeta.

—No se me olvida. Llamaré antes de Navidad.

Lo recojo todo en las tres maletas y en la bolsa de viaje. Ordeno los trajes, camisas y corbatas de la mejor manera que el poco espacio de que dispongo me permite. Tendré que dedicar el domingo a plancharlo todo. Creo que por primera vez abro las cortinas del hotel de par en par y me despido de las vistas que nunca miré y que dejé de lado aun estando tan cerca todo lo de ahí fuera. Hay una pequeña cola para cumplimentar el *check out*: una pareja con dos niños de entre los nueve y doce años, que ya les están complicando la mañana a sus progenitores; resignados, los padres han decidido que uno hará de perro guardián y correrá tras los niños —rebosantes de energía— mientras el otro paga; y una señora con la piel llena de vida que mira la escena sin entender por qué en ese momento el padre no se está riendo de las ocurrencias de sus hijos, en lugar de amenazarlos con quitarles el móvil cuando estén en el coche. Yo, el tercero en discordia, los miro a ambos, callado, impertérrito ante todo cuanto sucede, pero sabiendo y entendiendo que durante años ni he sido el padre que corría

detrás ni la señora que deseaba ser ella quien se ocultara detrás de las cortinas.

No tardo mucho en tener cargado el coche. Hace una de esas mañanas que anticipan sin tregua el invierno que viene, con una cadencia tan regular que cuando llegue ya no sabrás mirar atrás. Dejarás la ilusión del amargo verano que pasaste por una nueva estación que llenarás pasando un mes a solas con Hugo. Me entretengo pensando dónde estaremos, que nos levantaremos juntos y, durante los días que languidecen hasta que llega el ocaso, nos encontraremos mirando cómo se despide el día mientras nos grita lo bien que hemos estado juntos. Conduzco con la tranquilidad de un sábado en que los coches no quieren acelerar, los atascos molestan menos y se achacan a que eso es lo que se espera de una metrópolis de semejante tamaño. Siempre hay que saber lo que se nos demanda y quedarse solo con lo que somos capaces de ofertar; y a veces, como ahora, que estamos en época de rebajas, con lo que se pueda.

Cuando llego a mi nueva casa, sin saber aún cómo la llamaré, todo está a oscuras. Tras cerrar la puerta, asiendo el pomo con la palma entera para no dar un portazo, dejo las tres maletas en el salón. Sin embargo, basta ese ruido casi imperceptible para que mi padre acuda a ver qué se cuece a esas horas. No me saluda, me mira extrañado. Se acerca arqueando bastante las piernas y, ya más cerca, el olor a pis actúa como un muro que me impide saber cómo reaccionar ante su presencia. El mismo ruido de alguien arrastrándose por la casa hace que mi madre también se levante. Juntos duchamos a mi padre, que sigue mirándome como quien mira a un amigo de la mili que sabes que conoces, pero, así de pronto, no recuerdas de dónde venía ni cómo se llamaba. Ese al que nunca volvió a ver, pero cuyo nombre me puso a mí, el mismo que yo le puse al mío.

Una vez aseado, me pregunta:

—¿Sabes jugar a las cartas?

La mañana se me hace muy llevadera. Muevo camas, limpio armarios, meto ropa en las mismas maletas que deshago. No paro de preguntárselo todo a mi madre y ella, a la tercera o cuarta vez, me dice que la deje tranquila, que me organice como quiera. El cuarto mío empieza a volver a ser mío, el cuarto de mi hermana, que tanto anhelaba, será de Hugo. Entre ayer y hoy he rehecho una vida. Al rayar el mediodía doy por terminada la nueva logística y bajo al bar de la esquina a tomar unos tercios. Tienen los barrios algo característico, que consiste en no tener que avisar de que vienes o vas, y si vas, ya sabes adónde ir para no saberte solo. Al menos durante unas horas. Llevo puestas las gafas de sol para que solo me puedan ver quienes yo quiera. Hace tanto que mi madre no me pregunta si vendré a comer que casi la propia invitación me produce una sensación tan placentera que me puedo permitir decirle que no sé qué haré, no solo para no dar nada por hecho, sino también para que repita a menudo que me esperan.

Son los mismos, pero aún no lo saben. Si hubiera hecho una foto hace diez años, cada uno seguiría ocupando su lugar y, casi me atrevería a asegurarlo, hablando de los mismos temas una y otra vez. Pido un vermut, aviso por el grupo de wasap de mi presencia, me arrimo a los del barrio, que me preguntan si vine a ver a mis padres y los escucho solucionar mundos y vidas ajenas. Al cabo de unos minutos van apareciendo más entre abrazos y palmadas en la espalda, celebrando la periodicidad de mi presencia. El segundo vermut entra mejor y ya empiezo a picar unas alitas de pollo grasientas, cuyos huesos dejo bien roídos. Lo mejor de este tipo de bares es no tener que preocuparse de lo que se cae al suelo y no se quiere recoger. Van apareciendo más amigos, algunos niños que se entretienen por momentos, mientras que otros exigen, piden y se enfadan los unos con los otros, arropados por las sonrisas apaciguadoras

de los padres, que intentan beber algo y distraerse de la semana. Me imagino a Hugo correteando por aquí en lugar de dar vueltas en círculo en el centro comercial.

Me acuerdo de que aún tengo que recoger la bicicleta de montaña, comprar una para Hugo y estrenar el anillo verde que bordea la M-40 con montañas llenas de ventanas que se iluminan por la noche. El tercer vermut ya me está sobrando y me levanta un leve dolor de cabeza. Aprovecho que los hijos de los amigos —cuyos nombres siempre confundo con los de sus padres— andan cerca para indagar sobre sus gustos con preguntas indirectas para que no se sientan entrevistados. Pido un botellín frío que me quita las ganas de comer con mis padres y de comer en general. Los que tienen dueños se van para casa, el resto alargamos el mediodía. Cuando a partir de las cuatro de la tarde la naturaleza ha filtrado quiénes se quedan y quiénes ya están haciendo la siesta o viendo la televisión, proponen un cambio de tercio y nos mudamos a una terraza donde algunos tomarán café, mientras otros pediremos alguna copa para seguir ocultando las pocas ganas que tenemos de pensar qué haremos el resto de la tarde.

Llamada de mi madre, intuyo que para certificar que no voy a comer en casa. Estoy rodeado y con más ganas de fumar que de hablar con ella. Dejo pasar la llamada anulando el sonido. Pienso en escribirle para que no se preocupe mientras bajamos hacia la cafetería. Seguimos animados, se incorporan nuevos amigos de amigos y me los presentan con un aire de novedad. La primera copa cae despacio, como si se tratara de un té caliente que le hará bien a mi estómago. Vuelvo a mirar el móvil y veo que tengo tres o cuatro llamadas de mi madre. Tras tanta insistencia, me decido a devolverle la llamada y la informo con buenas maneras de dónde estoy, como si, por el bien de nuestra convivencia, tuviéramos que dar cuenta de cada paso que damos. Lo coge al primer tono.

—Hugo está aquí.

«Aquí»; no sé si serán las horas de vermut y conversación, que pasan de ser trascendentales a convertirse en superficiales con solo cambiar el tono, pero ese «aquí» me parece tan lejano como inaccesible. Se me ocurre que venga aquí, que lo traiga mi madre, que deje solo a mi padre, que deje lo que esté haciendo para que yo pueda seguir con los amigos. Él, que habrá estado insistiendo hasta conseguir que ella lo lleve a casa de sus abuelos como cada sábado, tendría que acomodarse a mi plan, que consiste en beber un sábado con amigos de amigos.

—Voy para allá, no sabía que iba a venir. ¿Hay café hecho?

Pago la última ronda a toda prisa y entre exclamaciones y breves despedidas camino lo más recto posible y con el cuello erguido. Miro las zapatillas de deporte que ahora sirven para vestir el fin de semana. Pasamos la tarde jugando al Fortnite, él me va explicando cómo se desarrolla la partida y yo, cerca de él en el sofá, miro cómo lo hace e intento enterarme de algo. Me ha traído la guía del juego. Ha marcado las partes más importantes con pósits. No le pregunto qué hace aquí porque entiendo que no va a cambiar ninguna de nuestras rutinas. De vez en cuando hago como que leo la guía de mapas, de armas y de tipos de partida. Disimulo como si empezara a saber qué es lo que estamos haciendo. Pasadas unas pocas horas, llaman al portero automático y me abraza a modo de despedida. Así, de repente, noto su olor por unos instantes en un abrazo fuerte, tan breve como intenso. Sigo en el sofá, hablando con mi madre, que alaba a mi hijo como si tuviera que darme cuenta de la suerte que tenemos de que Hugo esté en nuestras vidas. Mañana será domingo y no quiero repetir la escena de las pizzas.

El domingo aprovecho para andar toda la mañana con un chándal usado. Pienso en la noche y en cómo seguir manteniendo otra constante que nos une. Sobre las ocho de la

tarde la llamo, compartimos unas breves frases sobre mi mudanza. Cuando lo coge Hugo le digo que no cene, que quiero sorprenderlo. Hago un pedido por teléfono a su franquicia preferida eligiendo cuidadosamente los ingredientes y les mando dos pizzas pequeñas. Me preparo yo una y la dejo en el horno y, cuando la página de la pizzería me indica que la pizza ya ha sido entregada, hago una videollamada. En cuanto Hugo responde y consigue poner el teléfono encima de la mesa, le pregunto si ya llegó el pedido. Así que cada uno desde su casa nos estamos comiendo una pizza a través de una videollamada. Hugo juega entre risas a dar mordiscos pequeños, porque así constata que la llamada será más larga. Ella, en la otra punta del sofá, no parece estar seria, de hecho, a veces observa la curiosa escena procurando que no nos demos cuenta. Así estamos también los tres, de otra manera, pero los tres.

Los siguientes jueves siguieron, más o menos, el mismo recorrido marcado por el primero, a saber: recogerlo, entrenamiento y vuelta a casa. A veces hablaba con algunos padres, comentaba jugadas y lo alentaba. Celebraba sus jugadas y sus goles y, de vuelta a casa, aprovechábamos para ir comentando cuánto habíamos disfrutado. Solo recalcaba los aspectos positivos del entrenamiento que él mismo relataba. Hay ocasiones en las que también venía en el coche algún compañero del fútbol y yo los escuchaba e iba recabando cada información sobre sus gustos, miedos, problemas, disputas...

Los martes aún nos siguen costando. El problema es que tenemos que hacer alguna actividad, pues no nos da tiempo a llegar a casa de los abuelos de Hugo y volver. Los primeros martes los pasamos en el centro comercial, donde tomábamos unas tortitas en el Vips procurando aprender que estar los dos, uno enfrente de otro, tomando algo, puede ser un plan recurrente que podemos poner en práctica. Lo noto, se aburre.

En cuanto hemos pasado por las tiendas de videojuegos, terminamos los dos sentados en la parte central, que hace las veces de plaza de un pueblo del sur, esperando a que pase el tiempo y lo devuelva con ella.

Propuse varias mejoras para ocupar esas horas, pero no terminaba de verlo nada claro. Por ejemplo, podría traerse los deberes y hacerlos juntos. Así, de pronto, suena a ejercer mi responsabilidad. Se negó en redondo, argumentando que solo teníamos unas horas libres y preguntándome si de verdad era así como queríamos pasar nuestro tiempo juntos. Decía que prefería empezar los deberes en cuanto llegase a casa y, en el caso de que le quedase algo sin hacer, terminarlo después de cenar.

Intento que compartamos *hobbies*. Una de las veces, un sábado por la tarde, cuando el abuelo se había cansado, saqué el tablero de ajedrez que hacía semanas que había comprado. De repente, el salón de casa que ya solo servía para dejarse caer delante del televisor vuelve a ser una sala de máquinas, un salón de juegos como los que nos rodeaban en mi infancia. Empezamos con mucho entusiasmo, colocando las piezas en el tablero. Él prestaba atención al orden en que yo las colocaba, mientras le explicaba los movimientos y la importancia de cada una de las piezas, tal como a mí me enseñó a jugar mi padre. Pero la excitación fue disminuyendo, le parecía lento, no entendía que una vez tocada la pieza tuviera que moverla, o detener el reloj después de cada jugada con una rapidez que contrastaba con la lentitud de las jugadas. En menos de media hora me preguntó por la otra caja de fichas, la del juego de damas. Echamos unas partidas bastante entretenidas a las damas, era un juego más rápido, más visceral, y no exigía la imposición de jugar teniendo que memorizar el movimiento de cada ficha. La siguiente tarde volví a sacar el ajedrez y las damas sugiriendo que si quería echar unas damas me gustaría

primero jugar un rato al ajedrez. Él quería que jugase a la consola, aunque yo ni siquiera era capaz de entender de qué iba el juego; yo, en cambio, que jugásemos al ajedrez o las damas, pero a las pocas partidas perdía el interés y me di cuenta de que solo lo hacía por complacerme y fingía divertirse.

Nos encontrábamos antes de dormir. Veíamos alguna película en el sofá ya los dos a solas y cuando empezaba a entrarle sueño me pedía que le contase historias que sustituyesen los cuentos tradicionales que me pedía de niño. Por entonces se los contaba tan deprisa como me permitía el argumento. Eran historias de lo más variadas: las suyas de cuando era pequeño, las mías con él cuando era un bebé, los abuelos cuando llegaron desde el pueblo, cómo conocí a su madre, pero, por encima de todas las demás historias, la que pide cada noche es la del niño que atropellaron al salir del portal cuando yo era pequeño. Es la única que no me sabía y me obligaba a reformular todas las noches, añadiendo cada vez más y más detalles que salían de mi inventiva.

Los fines de semana todo empezó a ser más fluido. Teníamos más tiempo y, por mi parte, tenía la sensación de que ya no se trataba de rellenar horas. Uno sí y otro no, lo recogía a la salida del colegio y cuando llegábamos a Vallecas se iluminaban las farolas que había cerca de mi portal, aunque fuera de día. Los viernes hacíamos la compra, preparábamos alguna salida para el sábado o nos quedábamos cuidando del abuelo, con quien, a veces, formaba un equipo al que no me dejaban pertenecer. La bicicleta que le compré a los pocos días contribuyó a que saliésemos juntos los domingos por la mañana y, aunque lo disfrutaba, no terminábamos de engancharnos: yo preferiría ir más rápido; él, en cambio, se pararía ante cada parque infantil que incluyera alguna flor, escarabajo o cualquier otra excusa para no tener que pedalear tanto rato

seguido.

Un fin de semana, tras ponerme de acuerdo con su madre —que no entendía qué necesidad había de hacerlo—, me lo llevé de viaje. Gracias a Google nos pasamos días mirando ciudades, pueblos, rutas y monumentos que quedaran a pocas horas de Madrid. El único requisito era que aún no los conociéramos. Al final añadimos otra condición: que pudiéramos llegar en tren. Nos perdimos por la judería de Córdoba, compramos helado de pistacho. Entramos en la mezquita y vimos un colmillo de elefante de marfil en el techo, y Hugo puso en duda si lo que contaba la guía turística era verdad o solo una leyenda más. Cogimos un pañuelo para medir la anchura de las callejuelas y su estrechez le hizo pensar que antes la gente no era gorda. Vimos columnas en las esquinas de las casas pintadas de cal y adornadas con geranios en los que se adivinaban las flores que colorean la primavera. Cruzamos el río y, cuando llegamos a una torre defensiva, a Hugo se le ocurrió que la recorriéramos cada uno en sentido contrario para que, al encontrarnos, pudiéramos simular una batalla entre romanos y almohades, tan imposible históricamente como factible de imaginar. Comimos una tortilla de varios pisos que regamos con salmorejo y le entró tanta sed que empezó a beber de cada una de las fuentes que regaban las calles. Ya había caído la tarde y estaban empezando a llamar a la oración. Nos encontrábamos cerca de una noria que jugueteaba con el río cuando nos sorprendió una tromba de agua que nos dejó paralizados.

Allí fue donde los vimos. Nos quedamos los dos mirándolos, petrificados, sin entender nada.

Eran un padre y sus tres hijos, también de excursión al río. Dos varones de entre nueve y doce años y una niña, más pequeña. Con toda aquella lluvia empapándonos empezamos a protestar por el despropósito que suponía semejante diluvio y por no saber muy bien qué hacer, mientras que, por el

contrario, ellos, los otros, no dejaban de reírse. Miraban al cielo, abrían la boca y gritaban que querían más lluvia. Al cabo de un momento, el padre, que también alentaba a las nubes, cogió en brazos a la pequeña y junto con los dos varones, que estaban jugando a perseguirse, se alejó, celebrando que solo estuviera lloviendo para ellos. Durante unos segundos los imaginé llegando a casa y a la madre secándolos y haciéndose la preocupada, mientras ellos le contaban —como harían a menudo en lo sucesivo— que habían bajado al río y habían vuelto empapados. Esos recuerdos permanecerán intactos, y esa supuesta familia volverá a revivirlos una y otra vez, siempre que se asomen a ver como baja el río desde el Puente Romano. Las familias solo son eso, un grupo de personas que se reúnen para contar sus infancias, las que pasaron juntos.

Llámame Hugo

A Hugo le toca estar conmigo. Existe una quietud en este cuarto de la que empiezo a disfrutar. Recuerdo una playa, un día que parecía ideal: desayunar mirando el mar, bajar a pasear mientras aprieta el sol, castillos en la arena, untarnos crema solar por cada recoveco, comer cualquier cosa en unas tumbonas, leer el periódico deportivo... Sonaban tan bien las expectativas de las vacaciones que cuando todo se convertía en tedio, aburrimiento y cierto hastío el bajón anímico era más fuerte que las ganas que me quedaban de nadar a contracorriente. Era por la tarde, una tarde cualquiera de esos veranos todos iguales y tan deseados. A saber: ilusión por que lleguen, la casa de los abuelos, días en *resorts* mediterráneos. A los tres o cuatro días, comprendes que será otro verano sin más.

Ese mismo silencio es el de Hugo y el mío estos días, por más que lo intente, por más que busque algo, cualquier cosa, que nos enganche, que podamos compartir solo nosotros, algo en lo que los demás, los que me sobran, no quepan, por más que empujen. Empiezo a rendirme, sin rencor, adivinando que la relación será así. Estar juntos sin tener por qué disfrutar. Dejaré de inventar planes, irá creciendo y empezará a tener los suyos, en los que no estaré incluido.

Hugo se viene a echar la siesta a mi cuarto. Acaba de entrar muy silencioso en el cuarto que ya fue mío. Se ha asomado a la ventana unos segundos y se acaba de echar en su cama. Imagino que la vista a más edificios, todos casi idénticos, lo habrá decepcionado. Lo miro de reojo, sin que se percate de

que lo observo. Ha sido una semana de dolor de cabeza continuo, así que después de recoger la cocina aduje esa molestia para echarme un rato. Sé que Hugo me mira, no abro los ojos. Me susurra que ha olvidado la consola, que está aburrido. Bromeo:

—¿No me estarás espiando?

Arquea las cejas, se acomoda para estar a la altura de mis ojos.

—Descansa un poco, luego vamos a dar un paseo.

—¿Descansar de qué?

—No sé, de la semana. Yo sí necesito relajarme un rato, echar una cabezada.

—Pero es que no sé qué hacer. No hay internet y la abuela pone programas en la televisión que no me gustan. Cuando se duerme cambio de canal y se despierta al instante, refunfuñando que ella siempre ve su programa después del telediario.

—¿No te has traído los deberes? Podría ser un buen momento para hacerlos y así tendríamos la tarde para nosotros.

—Ya te dije que me dejé la mochila con las cosas del colegio. ¿Llamamos a mamá que la traiga? Ahí también estaba la consola.

Dudo si lo dice por hacerme saber que forma parte de mi responsabilidad que vuelva con los deberes hechos. Es un farol que aprovecha para moverse como una anguila entre los dos ríos, que se va acercando a uno o al otro según le convenga. Serenamente, susurrándoselo como si le cantara una vieja nana a un bebé, le hago ver que la responsabilidad de coger lo que necesite es suya, le recuerdo su edad, pero procuro no compararlo con lo que yo ya tenía que hacer cuando tenía los mismos años que él. Lo hago por no buscar gresca en exceso, pues solo me quedan unas horas de estar con él y el reloj se pondrá a cero de nuevo hasta que vuelva a verlo.

—Tu verás, papá. Mañana llegaré a casa de mamá sin los deberes hechos.

—Ya sabes que mañana también duermes aquí.

—Peor aún. El lunes la profe me reñirá.

Protegerlo en exceso. Llamarla, que deje de hacer lo que esté haciendo. O coger el coche, hacer un viaje de ida y vuelta, y con mucha suerte estar de regreso a la hora. Traer su mochila, sentirme victorioso y esperar por un «gracias, papá» y, con un poco de suerte, un abrazo. Ser su héroe unos minutos, uno caduco y pasado de moda. Veré como coge la consola, se aísla y deja de molestar. Entonces, cuando ya lleve una hora, empezaré a sentirme mal padre, ese fraude que siempre creo ser. Comenzaré a recordarle que los deberes están sin hacer. Seguro que las primeras dos o tres veces que lo oiga me contestará que hay tiempo, que ya los hará, que mamá le deja jugar los fines de semana, que él sabe organizarse.

Protegerlos. Lo recuerdo con tres o cuatro años, como si fuera ayer. Como si ayer siguiera importando. Tan simpático, tan sociable. Se acercaba siempre sonriendo a cualquier grupo de niños. Los imitaba, trataba de jugar a lo mismo que ellos o a intentar que lo pillaran. Unas veces le funcionaba, otras, sin embargo, a los pocos minutos admitía su derrota y de una manera casi angelical, mientras levantaba los hombros, se acercaba y me decía «papá, no quieren». Dándome ínfulas de padre, me entraban ganas de acercarme y reprenderlos. De hacerles ver que tenían que jugar con mi hijo, que por lo demás ya se había acercado a otro grupo de niños o se había puesto a jugar con cualquier cosa que hubiera encontrado en el suelo.

Empiezo a sentirlo como una especie de hormigueo que parte del cuero cabelludo. A entender que, aunque sea noble, no deja de ser un niño, con sus manías, con su egoísmo. Como ese aburrimiento que lo impele a chantajear a cualquier adulto para lograr su objetivo: tener consigo su mochila con las tareas

del centro educativo, pero también una consola con la que poder entretenerse. No sucumbo a sus hombros encogidos, a sus rizos, a su mirada infantil de víctima. Le explico que así aprenderá, que le vendrá bien. Se enfada, hace amago de levantar la voz. Algo lo frena, alguien que no soy yo. Estará pensando que despertará al abuelo, que dormita en su sofá, o que la abuela habrá conseguido engancharse a algunas de las noticias de personajes de corazón. Yo solo quiero escuchar, por unos minutos, el rumor de mi respiración.

—Pues dime qué hago.

Me levanto de la cama, bajo de las estanterías tres o cuatro títulos de literatura juvenil. Le reprocho, para hacerlo callar, que no le guste leer.

—Leer, siempre decís que hay que leer. Nunca te he visto leyendo. Ni a mamá. Creo que no he visto a nadie en el mundo con un libro en las manos.

Siestas agobiantes y opresivas en las que no me dejaban moverme del cuarto hace décadas. Visitas clandestinas a otras estancias cuando solo entraban pequeños halos de luz por los agujeros de la persiana. Vueltas y más vueltas por mi cuarto, arriesgándome a molestar, a despertar a ese padre que tiene dos trabajos y dos siestas semanales. Volver reptando al cuarto, coger un libro y así calmarme la sed. Hacía tanto calor en verano que te despertabas sobresaltado, sudoroso.

Tiene razón. Le cuento lo que me gustaba leer. Le enseño la portada de *Moby Dick*, lo invito a que se venga a mi lado. Rehúsa, se revuelve. A falta de mejores perspectivas se tumba conmigo. Debe de hacer años que no estamos así. Abro el libro por la primera página y le vuelvo a leer lo que hace unas semanas comencé:

«Llamadme Ismael».

Hago una pausa, cierro el libro. Me pregunta por qué no sigo. Pregunto si sabe qué es una traducción. Asiente. Le digo que

literalmente se traduce así. Lo miro, ha perdido la cara del otro Hugo, la de aburrimiento mezclada con egoísmo. Está expectante.

—Hubo una profesora, cuando yo iba al instituto, que me explicó que lo que quiere decir el personaje es que lo puedes llamar por su nombre de pila. Que lo puedes tutear.

—¿Cómo, si no, ibas a llamarlo?

—Por su apellido, no existe el tuteo en inglés, por eso da a entender que puedes hacerlo.

—Tú también puedes tutearme si quieres. «Llamadme Hugo». Aunque suena muy serio. «Llámame Hugo» queda mejor. O incluso «Me llamo Hugo».

Me río, sin ruido. Sin quererlo. Abre él solo el libro y empezamos a leer un párrafo cada uno. Damos voces a los personajes, nos equivocamos, nos saltamos líneas, pregunta algunas palabras. Hace de Ismael, yo de tabernero, del caníbal Queequeg, y juntos empezamos a cazar cachalotes. De repente se pone de pie sobre la cama y empieza a simular que es el caníbal haciendo la demostración de que es apto para embarcar en el Pequod. Le pone el acento que imagina que tendría, mezclando un tono robótico con el deje de los indios de las películas de vaqueros de Telemadrid. Yo me apoyo en la cama, me incorporo y cruzo las piernas mientras le digo que se le da fatal, que así no cazará ninguno. Me mira y dice que ahora veré, incrementa la velocidad de los movimientos y se inventa nuevos avistamientos sin dejar de decir que necesitamos un timonel.

Se abre la puerta, despacio, casi sola, y el abuelo se nos queda mirando. Lleva un pijama que, a pesar de ser nuevo, recuerda los de los años setenta, con la parte de arriba que se abrocha, dejando al aire el vello canoso del pecho que, junto con el pelo revuelto, le da un aire de desaliño. Hugo no ceja en su empeño y le dice que se una a ellos, que le vendrá bien

alguien que limpie los camarotes. Mira sorprendido la escena en una siesta de otoño.

—¿Le habéis cambiado el aceite al coche este trimestre?

—Abuelo, que no es un coche. Es un barco.

—Yo nunca monté en un barco.

—¡Cómo que no! Estamos en uno.

El abuelo parpadea nervioso, dubitativo ante una situación en la que no sabe qué hacer. Se acerca a la cama y se queda mirando como Hugo sigue cazando. Ante el ímpetu de Hugo, la colcha de pequeños cuadros de colores sin ningún patrón de repetición se ha ido moviendo y está casi desparramada por el suelo. Al cabo de unos segundos Hugo lo invita a participar. En esta vida todo se resume en saber esperar. Vuelve a insistirle.

—Es tu oportunidad. Mi padre, el capitán, está buscando un timonel.

—¿Qué tengo que hacer?

—Siéntate ahí delante, yo te iré indicando hacia dónde tienes que ir.

Aquí estamos los tres, en una cama de noventa. A veces es un coche; otras, un taxi que lleva pasajeros desde Atocha a Barajas. Lo mismo el abuelo nos llama grumetes que de usted. Otras veces es un barco que navega mientras nos da la brisa del mar, suenan los graznidos de las gaviotas y el romper de las olas contra el barco ballenero. Hugo se ríe a carcajadas mientras le da órdenes al abuelo, que lo mira, unas veces con complicidad y otras como si fuera otro niño que quiere hacer naufragar nuestro barco. Tres marineros buscándose. Divisamos el puerto a pocas millas náuticas. Todos sabemos que Vallecas tiene puerto de mar y allí lo dejamos amarrado, prometiéndonos volver a salir al mar juntos.

El domingo me vuelve a pedir que lo leamos juntos. El abuelo no participa porque no tiene un buen día. Le cuento que es una adaptación juvenil, que la obra original se escribió hace

mucho tiempo y puede que nos costara mucho más leerlo. Duda, lo vuelve a leer un rato en la cama gemela que hay junto a la mía, donde ha decidido pasar las siestas. Cuando se cansa de leer termina concluyendo que, ya que la semana que viene será su cumpleaños, va a pedir la versión original de regalo. Me doy cuenta de que ese fin de semana le toca con su madre y no sé si el acuerdo incluye alguna cláusula según la cual cuando sea el cumpleaños del vástago, este podrá pasar medio día con cada progenitor.

Los lunes por la mañana nos tenemos que levantar temprano. Este lunes en particular, más. Hay prisas, malos modos, desayunos a la carrera que tenemos que empezar por el pasillo y terminar en el coche. Reviso todo a oscuras, sin querer encender nada porque al menor ruido aparece su abuelo a ver qué está pasando. Hoy vamos más tarde de lo normal, estoy desesperándome porque no llegaré a tiempo ni a la entrada del colegio ni al trabajo. La rudeza que suele acompañar a las situaciones apuradas hace que la mañana sea ruidosa e incómoda y el abuelo ya esté al final del pasillo, observando cómo terminamos de hacer la pequeña maleta que ha traído de casa. Hugo me recuerda, por enésima vez esta mañana, que tenemos que pasar por su casa para recoger la mochila del colegio que no trajo el fin de semana. Conseguimos salir casi a tiempo y cierro la puerta de un portazo que se me escapa, dada la velocidad que requiere la situación. Cuando ya he conseguido dos de los tres objetivos de la mañana, recoger la mochila y dejar a Hugo en la puerta del colegio, y solo me queda llegar a tiempo al trabajo después de recorrer medio Madrid, llama mi hermana. A voz en grito, entre lloros, nerviosa, solo consigue articular que han atropellado a nuestro padre al salir del portal y que lo están llevando al Doce de Octubre.

Instrucciones de uso II

Quédate quieto en mitad del atasco en la misma salida de la M-30 que tomas cada día, plantéate si no deberías salir del coche en marcha y echar a correr, aunque lluevan cláxones.

Disimula las ganas de estallar, de gritar.

Presta atención a cómo se cambia de sentido para volver a entrar en la M-30, desandar el camino recorrido.

Escúchala cuando vuelve a llamar y te dice igual de alterada que ya está en Urgencias, que no la dejan pasar.

Disfruta de que no haya tantos coches en ese sentido y conduce como si fuera otra carrera donde también se están jugando la vida. Llega rápido, aparca donde puedas y corre, al límite de tus fuerzas, mientras te ahogas, se te corta la respiración y necesitas coger aire.

Sal del coche que has dejado aparcado en cualquier parte, despacio. Mira el edificio desde la entrada, en silencio. Reconoce que no sabes a ciencia cierta si cerraste la puerta, si echaste la llave al salir, si sus apariciones ante cualquier ruido solo eran excusas para saber si era el momento de bajar a la calle a esperar a alguien que nunca termina de llegar.

Óyela decir que se extraña de que hayan atropellado a nuestro padre en pijama, que debe de haberse escapado de casa, y desde aquí nota su mirada, que habla sin que la estés oyendo. Escucha las dos palabras: hematoma craneal, y no dejes de repetirlas.

Estaba en pijama

Lo primero que reacciona siempre es el corazón, creo que para mal. Luego reaccionan los huesos y la sangre. No tiene por qué ser en ese orden. Trago tanta saliva como puedo, intentando no pensar en el golpe, no buscar imágenes inventadas que me taladren sin cesar. La carretera, el asfalto, los coches a ambos lados de la A-3 oscilan a su ritmo delante de mí sin preocuparse de si soy capaz de seguir las fluctuaciones que van marcando. Solo consigue ir a la par el trepidante bombeo que retumba en mi interior. Es otro hospital, tan diferente como necesario. No es un nacimiento esta vez, o quizá es otro donde ya conocemos al nacido, aunque él ya no sepa nuestros nombres. Otro laberinto de pasillos kilométricos que pasan de la luz a la oscuridad cuando nadie los transita. No sé si correr ante el bullicio que se forma en la entrada, donde todos son ajenos a lo que está viviendo el resto. No sé si limitarme a acelerar el paso, para no llamar la atención, y mirar hacia delante e ignorar el dolor ajeno. Antes de antes, antes de todo. Antes de una llamada de teléfono que consigue cambiar todo con solo cuatro palabras: han atropellado a papá. Otros lo han atropellado y ahora, otros van a dejarlo como estaba. No sé si solo sentarme, esperar, y dejar que las manos de otros, los desconocidos, los felices, salven a mi padre.

Lo imagino por un largo pasillo en una camilla flanqueado por el personal de urgencias. El ritmo frenético de las enfermeras, su predisposición, hace que a los pocos minutos esté en la sala de intervención. Con los ojos cerrados, dejando entrar únicamente las luces blancas que escapan entre los finos

párpados. Le hablan con dulzura, dando instrucciones por doquier. Alguna le contará a modo de anécdota que en la planta de arriba tienen dos helipuertos y que la próxima vez lo traerán en un helicóptero recién estrenado y así evitará cualquier atasco. Una médica, dos residentes, dos enfermeras, un auxiliar y un responsable de que todo vaya fluyendo mientras le hacen las pruebas pertinentes. Que despierte al finalizar la intervención y se dé cuenta de que lo han estado grabando y, ante tal osadía perpetrada sin permiso, decida saludar a la cámara, quizá levantar el dedo pulgar en señal de que todo ha ido bien. Para al final concluir que solo es una película muy mala, cutre y con diálogos artificiosos, con actores desganados y con anuncios interminables.

Llego ahogado a la sala de espera, donde ya están sentadas mi madre y mi hermana. Pregunto por los sobrinos sin darme cuenta de que hasta que salgan del instituto tenemos las vidas resueltas. Recupero el aliento, pierdo los nervios. Mi hermana lleva el pelo sucio. Suenan voces, algunos llantos, pero no son nuestros. Aquí todo parece en calma y al mirar solo intuyes que las paredes esconden todo el dolor que pueden, lo amortiguan y lo silencian. Hay pocos sonidos, quizá solo los ruidos que se cuelan entre puertas que no terminan de cerrarse. Las salas de espera de Urgencias son sonidos articulados al compás de los miedos que produce la falta de noticias. No saber qué es mejor, si querer tener alguna novedad o que la incertidumbre lo mantenga con vida. Pasan médicos, enfermeros y celadores. Se dejan ver siempre con batas verdes para pasar desapercibidos y no ser increpados por familiares que dudan si preguntar o esperar donde les han dicho. Siempre sabiendo adónde van, qué hacer. Caras desencajadas que buscan a otras caras que las consuelen. Mi madre no habla, mi hermana lo cuenta de oídas. Yo hablo nervioso, sin sentido, solo por tratar de distraerme. Los observo embobado queriendo memorizar cualquier detalle

por si fueran los últimos y no sea capaz de darme cuenta.

—Ha sido a primera hora. Estaba en pijama. Mamá ha oído el frenazo.

Nos cuenta que en el momento de oír un fuerte frenazo se ha despertado, intuyendo lo sucedido. No oyó el golpe. Dudó si integrar el accidente en su sueño y que así no fuera real. Al segundo, el grito desesperado de una mujer le hizo temerse lo peor. Solo pudo coger una bata, ni siquiera se puso un calzado adecuado. Al bajar, la conductora ya estaba llamando a urgencias mientras lidiaba con un ataque de pánico. Algunos vecinos empezaron a subir las persianas, otros ya estaban revoloteando alrededor.

Mi madre va recuperando las ganas de hablar, sacando la fuerza desde la tripa. Solo farfulla y repite las mismas cantinelas una y otra vez.

—Estaba en pijama. Debió de abrir la puerta. Lo ha reconocido la vecina del quinto, la que tiene un hijo encamado.

Se abrazan. Lo saben, no lo quieren decir. Saben que me dejé la puerta abierta. Yo lo sé.

—La conductora llamó a la ambulancia. No lo vio venir, dice que salió de entre los coches y no pudo frenar. Iba en pijama. Debió de coger la llave que guardo en los cajones de la sala de estar.

Cuando se hace el silencio en la sala de espera me preocupa que eso sea la antesala de malas noticias. Son unos breves segundos durante los cuales la sala de espera se queda muda; cuento en voz baja, desesperado, para que todo vuelva a su lugar.

La veo de perfil, en la entrada de la sala, mientras atiende una llamada de teléfono. Gesticula en exceso, agitando exageradamente las manos. Por unos instantes dudo si es ella. Lleva el pelo recogido con una coleta alta y un pañuelo anudado al cuello. Vista así, desde aquí, me parece una azafata

uniformada antes de un congreso. Parece más alta cuando al andar certifico que tiene el cuello rígido. Miro sorprendido como se acerca y abraza a mi hermana. Un abrazo lento de quien no te deja languidecer, ni perder el ánimo ni la fuerza. Plantada ya de pie, mi madre observa el largo abrazo. Se acerca y reclama el suyo. Las tres juntas no se sueltan entre sollozos. Ella les agradece que la hayan avisado. Mi abrazo es con ganas, sin prisas. Huelo su pelo de camomila. Olores que no quiero olvidar. Se separa y pregunta sobre lo que sabemos. Se sienta en la sala de espera y conversa con mi madre. Le cuentan las novedades, su coma inducido, su descarado atuendo.

Estoy todo lo nervioso que cabe estar en semejante contexto. Salgo a la puerta para mirar. Observo los taxis libres esperando familiares que vuelven a casa con sus enfermos, los taxis que llegan con familiares con la cara descompuesta. Miro la cafetería de enfrente, a una pareja que se está comiendo un bocadillo con alguna salsa que uno de ellos le está limpiando de la comisura de los labios al otro, a un despistado adolescente que pasea un perro minúsculo que no deja de ladrar para hacerse notar. Miro al hombre de mediana edad que está dando vueltas sobre sí mismo aparentemente emocionado. Me fijo en sus pantalones cortos, que forman un extraño equipo con su pelo largo y desaliñado. Lo que más me llama la atención es que coge el cigarro que se está fumando entre la unión de los dedos, tapándose toda la boca entre calada y calada. En la otra mano lleva un paquete de tabaco, de esos que en los años ochenta se anunciaban con un look vaquero.

—Perdona. ¿Tendrías un cigarrillo?

Se queda mudo, mirándome ensimismado. No sabe muy bien qué le estoy pidiendo hasta que le señalo el paquete de tabaco. Al darse cuenta vuelve al espacio y tiempo que se le presupone. Me indica que coja los que quiera y, aunque la oferta es

suculenta, solo quiero fumarme uno. Más que fumarlo quiero el olor de fumar, ese momento en que los dedos se te llenan de nicotina, volver a tener la posibilidad de volver a engancharme a algo. Le pido fuego y, con una parsimonia que contrasta con su apariencia nerviosa, saca una pequeña caja de cerillas con publicidad de algún comercio. Al encenderlo, el humo me molesta en los ojos, me los froto y solo consigo enrojecerlos. Me mira raro, como si yo fuera un adolescente que acaba de empezar a fumar. Cuando se me pasa un poco, y tras una leve tos, le pregunto el porqué de su presencia.

—¿También esperas?

—Eh..., imagino que sí. Mi primer hijo nació por cesárea ayer. Se complicó un poco el parto, pero todo salió aparentemente bien. Antes de que me lo preguntes, es chico. Y no sé si quería un chico o una chica.

—Ya mismo estaréis en casa.

—Si va todo bien, para el jueves volveremos a casa.

Es más fácil contarle la vida a un desconocido que acaba de soltar la suya a sabiendas de que ninguno nos juzgará, al no tener un pasado común. No sé si debo preguntar más o simplemente fumar.

—Intuyo por tu pregunta que también esperas, aunque nos encontremos lejos de nuestro edificio. Necesitaba no encontrarme durante unos minutos con ningún familiar.

—Claro. También es un varón. Con un poco de suerte volveremos a casa. Ahora mismo no sabría decirte cuándo. Yo tampoco quería ver a nadie conocido.

Ahora es él quien duda si preguntar, si incordiar, intuyendo que así ahondará en una información que, si la deja en ese punto, de una manera muy superficial, no dolerá y habrá servido para aunar fuerzas, soltar algún chascarrillo y despejarnos unos instantes. Sin más, en cuanto termina el cigarro se despide deseándome suerte. Le devuelvo el deseo de

una manera sincera y me prometo estar pendiente el jueves, por si logro ver cómo sale con su trofeo. Cuando vuelvo a la sala de espera preguntan por los familiares. No dejo que se acerque mi hermana, con un leve toque en el codo la aparto a un lado y ella, perpleja, cede ante mi sugerencia. Me habla a los ojos y me quedo con unas pocas frases y con un gesto afable, sincero, que me dice la verdad. No dejo de repetir las últimas palabras a modo de sentencia, de recordatorio.

—Tiene un golpe fortísimo en la cabeza. Si pasa de esta noche habrá esperanza.

Se empiezan a despedir llevándose un hilo de lana que la madre de Hugo ha ido anudando entre las muñecas mientras se despiden con el agradecimiento de mi madre y mi hermana y la promesa de volver en cuanto sepan algo. Se despide de mí con un simple «si necesitas algo, llámame». El día pasa, comemos allí, organizamos turnos que no necesitamos. Por la tarde me voy a la oficina y paso el resto del día allí, haciendo tareas que me parecen inútiles. Cenamos en silencio, con ausencias sin llenar.

A veces creo que, solo con poder dormir unas horas, cuando consiga despertar todo se habrá salvado. Al desvestirme y meterme en mi nueva/vieja cama a la que poco a poco voy acostumbrándome, me doy cuenta de que es lo que me hace sentir tan dichoso en estos momentos. Aunque estoy deseando cambiar el colchón, me cubro con las sábanas hasta la cara y aspiro el olor a suavizante de las sábanas tan fuerte como puedo, y así logro retraerme unos segundos hasta mi infancia. El olor. Ese fue el primer cambio que noté las primeras semanas, el olor a suavizante que ahora envuelve mi noche y me acompaña algunas mañanas durante unas horas, como si mi padre me volviera a llevar de la mano al colegio. Ese olor es como quien descubre a un viejo amigo que creía olvidado. Debajo de las sábanas no me importa tanto admitir que la vida

va por otro lado.

Recojo a Hugo el martes. A mediodía estuve en la sala de espera de Trauma, haciendo eso, esperar sin más. Cuando bajo la ventanilla para saludarlo afectuosamente, por toda respuesta me pide que lo lleve cerca del hospital, que ya le ha dicho ella que no puede ver al abuelo. Me excuso alegando que apenas tenemos dos horas para estar juntos.

—Nos da tiempo a ir y volver. No te demores.

Miro por el hueco de la puerta a ver si la veo. Vuelvo a recalcar que cuando lleguemos ya habrá pasado mucho tiempo. Insiste en estar cerca del abuelo. Me pregunta qué hay alrededor del hospital.

—Hay un colegio y un instituto. Más edificios que forman parte del complejo hospitalario. También hay un taller de coches, algún sitio que otro para comer. Al lado hay un parque, una comisaría y creo que un quiosco de música con vistas a un lago artificial.

Repito lo de que hay un lago dos o tres veces más por si quiere que aprovechemos los últimos momentos de sol para pasear mientras busco conversaciones que puedan engancharlo. Parece que la propuesta ha surtido efecto, pues me pide que, si puedo, deje el coche cerca del parque. En cuanto veo un hueco libre aparco el coche y recorremos el centenar de metros que nos separa de nuestro objetivo. Cuando localiza entre los árboles el edificio principal, pregunta si ahí está el abuelo.

—Es uno de los edificios. El abuelo aún está en el edificio de urgencias.

—Creo que servirá por ahora.

Cuando lo interpelo preguntándole cuál es el objetivo de la búsqueda, me cuenta que cuando lo vea, lo sabremos. Estamos andando en círculos entre plataneros y arbustos descuidados, a veces duda sobre los pasos que debe seguir y desandamos el camino sin perder de vista el edificio. En otro momento se

queda mirándolo unos instantes, tratando de cerciorarse de la disposición simétrica de las ventanas. Tras varias indecisiones, da marcha atrás, solo algunos pasos, y se sienta en un banco que ya sabíamos que estaba ahí. Uno que fue verde y tiene varias tablas astilladas. Se queda mirando la inmensa torre que recuerda edificios de ladrillo visto. Cuenta las ventanas, sus hileras. A veces cree que se equivoca y vuelve a comenzar el recuento. Cuando da por finalizada la enumeración, no duda en apostillar:

—Así es difícil saber dónde está el abuelo.

—Ya te conté donde estaba.

—Eso no me sirve, dime qué ventana es para que le pueda gritar desde aquí.

—Ahora mismo, mientras esté en la UCI, se encuentra en el edificio de Emergencias. Cuando lo pasen a planta, pasará al que ves desde aquí, al edificio general.

—Tendrás que avisar de que lo pongan en una habitación con vistas a este lado del parque, para que pueda verme.

Dudo si contarle lo que ya sabe, que desde aquí es imposible que lo oiga. Lo miro sin articular palabra. Está tapando parte del edificio con su palma, como si quisiera triangular o aislar una zona concreta. Las farolas acaban de decidir que ya es la hora de ponerse a trabajar, aunque aún hay bastante claridad. Pregunta, otra vez, cuándo podrá ver al abuelo, cómo se encuentra esta tarde.

—Está estable, dentro de la gravedad.

—«Gravedad» suena mal. Y un poco a naves espaciales.

—Significa que no va peor. Necesita tiempo. Todos necesitamos tiempo, y espacio.

—Tampoco va a mejor, entonces.

—Hasta dentro de unos días no sabremos mucho más.

—No me parece buena idea que lo dejen en las plantas de abajo, no lo veríamos tan bien entre los árboles.

Seguimos sentados. A veces me da la sensación de que se ha ido acercando mientras hemos ido hablando. Pongo el brazo sobre el respaldo del banco. Hugo tiene las rodillas sobre su tronco y con las manos juega con los cordones de sus zapatillas. Al cabo de unos minutos, durante los cuales hago tiempo con el móvil leyendo titulares de periódicos y respondiendo algunos wasaps, me hace una curiosa confesión:

—Hacía mucho que no sentía un miedo nuevo.

—No sabía que tenías miedo. Recuerdo algunas pesadillas. A decir verdad, hubo una época en que te despertabas entre gritos y bastante sudado.

—Siempre hay miedos. Los míos se van turnando. Creo que se organizan entre ellos. ¿Tú no tienes?

—Sí, claro. Me imagino que son inevitables. Pensaba que irían desapareciendo, pero no es así.

—¿Cada vez tienes más?

—Ahora los tengo todos. Siempre creí que sería al revés.

—Haz como con los míos, cambia unos por otros.

—Deben de haber decidido quedarse. Habrán cogido confianza y no querrán irse.

—Yo, a lo primero que le tuve miedo fue a las serpientes. No sé con cuántos años. Era pequeño. A lo mejor tres o cuatro años. Cuando estaba acostado no dejaba de imaginar que una serpiente estaría esperándome si bajaba de la cama.

—¿Para qué ibas a bajar de la cama por la noche?

—Para hacer pipí, por ejemplo. Una vez casi me lo hice encima. Llamé a mamá y al encender la luz debió de desaparecer. Se acostó un rato a mi lado, me contó alguna de las historias que me gustaban, esas que siempre le pedía, y me acompañó al baño. Me debí de volver a dormir cuando regresé del baño.

—No desapareció. La serpiente nunca estuvo allí. No recuerdo ese miedo tuyo.

—No lo has entendido. Lo que desapareció fue el miedo. La serpiente ya sabía que no estaba.

—Imagino que el miedo nuevo estará relacionado con el abuelo.

—Con su voz, tengo miedo de olvidarla. Que también desaparezca y no volver a oírla. ¿Lo has grabado alguna vez?

Empiezan a salir las pocas estrellas que se dejan ver entre las luces de la ciudad. De una manera tímida, sin voluntad de robarle el protagonismo al actor principal de ninguna escena, pues no quieren competir con las otras luces que la ciudad emite. El ruido se va apagando en las carreteras adyacentes a la par que se desplaza a los hogares. Refresca, solo lleva un jersey fino. Le ofrezco mi chaqueta y la acepta al momento. Se ríe solo cuando consigue ponérsela y certifica que no puede verse las manos. Antes de remangarse hace el zombi, emitiendo un ruido indescifrable que suena más a un fantasma en busca de una mansión encantada.

—No me va a escuchar desde aquí.

—No sabría decírtelo. Te vi muy entusiasmado con la idea.

—¿Y con un megáfono?

—Podríamos intentarlo.

Es hora de volver a casa. Solo tenemos que cruzar un semáforo que acaba de ponerse en ámbar. Una moto de pequeña cilindrada acaba de saltarse la obligatoriedad de pararse y ha sonado un claxon ahogado entre el ruido de los coches y las quejas de los peatones autómatas que tienen la misma prisa por volver a casa que tenían esta mañana por trabajar. Una madre, que lleva de la mano a dos niños con sus mochilas en los hombros, la increpa de manera ostentosa vociferando algo que no oigo, pero que entiendo de manera clara. Ellos van cogidos de la mano. El niño más alto se ha cambiado de lugar al cruzar el paso de peatones y ahora le queda una mano libre a la madre, y el pequeño va en medio.

Han empezado a cantar mientras mueven las manos hacia arriba y hacia abajo al son de la canción.

Yo también quiero andar así, parejo con él mientras hablamos de sus días. Eso es lo que dramatizo, lo que idealizo. La realidad será un portazo al cerrar el coche, dos o tres preguntas acerca del abuelo y bastantes sobre el hospital. Mira hacia arriba, volviendo a buscar el hospital, y dudo que lo de llegar a verlo lo convenza. Cuando ya vemos el coche me doy cuenta de que va andando a la par que yo. Disimula mientras observa cómo doy los pasos, a veces incluso tiene que acelerar el paso para no quedarse atrás. No me mira, solo se fija en mis pies. Llevamos zapatillas de deporte de la misma marca. Las mías, gastadas, destacan en comparación con lo relucientes que están las suyas. Yo también empiezo a mirarme los pies y a cambiar el paso, marcando intervalos irregulares para que pierda el compás. Se da cuenta al instante, me mira frunciendo el ceño, se coloca de cara a mí y apoya los pies encima de los míos. Yo no comento nada e intento andar así, pero él me dice que si eso era lo que yo quería, esbozando una sonrisita burlona. A los pocos metros tropiezo y caemos al suelo, y entonces me repite sin parar que me lo tengo merecido por intentar hacer trampas al andar. Acentuando los gestos y con un tono de voz que se podría confundir con un susurro le indico que se acerca la hora de volver a su casa.

En cuanto arranco, envío un breve audio avisando a su madre de que ya hemos salido, dando a entender que los atascos pueden hacer que no llegue a la hora indicada. Aparco justo en la puerta, donde ella ya está esperando impaciente. Me saluda, pregunta por el abuelo y con un escueto «sin novedad» resuelvo la conversación. El jardín está podado, el césped luce tan minúsculo que pasaría desapercibido si no te fijaras. Hay algunas hojas sin recoger que dan la impresión de haber sido colocadas a posta para darle al jardín un tono otoñal. Han

plantado unos injertos que desde aquí me parecen naranjos y empieza a crecer en mí una curiosidad inmensa por saber quién ha ocupado mi puesto de jardinero. Hugo me dice que espere, que quiere enseñarme algo, y con una velocidad envidiable desaparece detrás de la puerta principal. La sigo con la mirada cuando coge una pequeña regadera y empieza a regar los geranios que bordean la entrada. Vuelve a preguntarme, vuelve a ofrecer su ayuda, a sabiendas de que estos días solo son espera y es mejor no tener noticias.

—Estuve por la mañana antes de ir al trabajo, al mediodía y antes de recoger a Hugo. Si pasa a planta, me imagino que Hugo querrá ir a verlo.

—No te preocupes por eso. Lo llevaré el mismo día que podamos verlo.

—Hoy me ha hecho llevarlo al hospital.

—Me contó que tenía un plan. Dice que ha visto una película donde alguien en coma recupera la conciencia a través de la música. Ya ves, suena a cliché de película de siesta, pero insiste en que si sale en una película es porque a algún guionista le habrá funcionado. Lleva unos días obsesionado con cazar ballenas.

—Son cachalotes. Pero no importa. Tiene el libro en casa de los abuelos. Puedo traerlo el jueves.

—Creo que ese no es el plan que anda maquinando. Está esperando que le regalen este fin de semana, por su cumpleaños, la edición original, porque dice que la que tenéis en casa de los abuelos es una versión para niños.

Aún no ha terminado de hablar cuando Hugo nos interrumpe con un palo de poco más de un metro. Se ha cambiado y se ha anudado en la cabeza un pañuelo rojo con motivos florales en blanco. Me cuenta que tiene el palo en su cuarto desde ayer y que su intención es convertirlo en un arpón que sea lo suficientemente peligroso para poder cazar al gran cachalote

blanco.

—Así, a primera vista, necesita alguna mejora. Lo primero es que ha de lucir una punta afilada. Eso tiene fácil solución, solo necesitamos un cuchillo para darle un poco de forma. Para lo segundo tendría que mirar en el sótano. Necesitarás una cuerda que podamos entrelazar en el otro extremo. De esta manera no perderemos el arpón cada vez que lo lances.

—¿Lo hacemos ahora?

No me decido a mirarla, consciente de que sigue la escena discretamente desde el otro lado del porche. Se ofrece a hacernos unos bocatas e insinúa que necesitaremos algo de abrigo. Hugo da la callada por respuesta y grita que él va a por unas sudaderas. Me quedo solo en el porche, mirando la casa que abandoné hace ya más de dos meses. Si alguien viese esta bucólica escena nos imaginaría felices y acertaría. Hugo me lanza desde la entrada una sudadera con los puños gastados y de un color ya muy indefinido, que oscila entre el marrón y el gris, que usaba los últimos inviernos en casa. Cuando me quito la chaqueta y voy a dejarla en el coche, me dice que esa es la que más le gusta. Vuelvo al instante y le comento que necesitaré una cuerda y un cuchillo. Repite la palabra «cuchillo» sin que termine de convencerlo.

—¿No será muy peligroso un cuchillo?

—Se me ocurre otra opción, no sé si te gustará.

—Dímela. ¿No la querrás solo para tu arpón?

—Tráeme un tenedor de la cocina.

La madre de Hugo nos mira de soslayo mientras devoramos con un ansia inaudita los dos bocatas que acaba de prepararnos. Cada vez que muerdo, Hugo muerde un trozo más grande que el mío. Pido permiso para bajar al sótano a buscar alguna cuerda entre todo lo que la vida ha ido acumulando en nuestros bajos. Sin sorprenderse lo más mínimo, da la callada por respuesta y percibo que con una simple mirada me ha dado

a entender que no tengo por qué andar pidiendo permiso a cada momento.

Lo mejor para él

Es miércoles, ya deben de ser cerca de las ocho de la mañana y yo debería estar despierto; sin embargo, creo que aún estoy dormido. Si abriese los ojos vería la habitación de un adolescente que parece anclada en otras décadas y predispuesta a servir de plató a cualquier serie de televisión que quisiera echar mano de la irremediable nostalgia que despiertan los años ochenta. Un día normal, ya debería de tener los desayunos puestos y a mi padre sentado delante de la mesa de la cocina en la que desayunamos los tres. Mi madre debería de estar untando las tostadas con el tomate triturado que guarda cada noche en la nevera: una para ella, otra para él. La suya con mucho aceite y sal; la de él, solo tomate y una pizca de azúcar. Si estuviéramos los tres en la mesa de la cocina, mi madre me empezaría a contar cómo pensaba organizar el día, pues presupone que cada día necesita un nuevo orden, aunque en realidad todo seguirá ocurriendo igual, aun sin predisponerlo. Deben de ser las ocho pasadas cuando una imagen en concreto me hace caer en la cuenta de que es la primera vez, en casi cuarenta años, que estoy durmiendo solo en esta casa. Se oye el ruido de unas persianas subiendo, portazos al salir de los pisos, golpes en la puerta metálica del ascensor. Mi madre ha decidido irse unos días a casa de mi hermana, a fin de estar más cerca del hospital y también para sentirse útil en otra casa, con otras necesidades. Deben de ser las ocho y media y me tengo que despertar.

Dudo unos segundos, sucumbo, me levanto de la cama.

Tengo que poner al día todo lo relacionado con la empresa

que me está costando encauzar. Toca organizar las visitas a las sucursales, acompañar al nuevo empleado el primer día, presentarle a sus compañeros y apostar cuántos meses durará hasta que lo quememos con objetivos mensuales cada vez más difíciles de cumplir. Qué bien me vendría el camarero que me traía el café de su casa en mi equipo de trabajo. Hacemos repaso del grado de cumplimiento de las diferentes cuentas durante el mes y casi consigo olvidar que tengo a mi padre en coma inducido. Producir, eso es lo que se espera que haga. Y callar. Aprovecho el hueco que deja el horario entre la mañana y la tarde para avanzar y almuerzo un bol de pasta fría que caliento en el microondas que he comprado en el supermercado de la esquina. Me acompaña en este momento una tabla de Excel. Acabo de mancharme la corbata de algo que se suponía que era una vinagreta y no sé si me molestan más las miradas que va a provocar o el inconfundible olor que me acompañará el resto del día. Cuando la cabeza me pide calma, haciéndome ver que si no la distraigo con alguna ilusión empezará a dolerme, y ahí ya no habrá marcha atrás, navego por un portal inmobiliario buscando el piso ideal para Hugo y para mí. Dudo: ¿cerca de mi trabajo?, ¿cerca de su casa y del colegio? En cuanto la situación se estabilice, para bien o para mal, habrá que actualizar los términos de la separación. No he vuelto a sacar el tema de compartir la casa de Hugo por semanas o por quincenas. Los últimos cruces de mensajes han versado sobre ropa olvidada en casa de los abuelos, deberes sin hacer, pelo graso y mal lavado, y un último mensaje ayer noche al que aún le estoy dando vueltas:

«La tutora de Hugo quiere hablar con nosotros, con los dos. Me ha preguntado si vamos a ir juntos o por separado. Ya me dices».

Los dos juntos, si puede ser. Entiendo que, si no es posible, iríamos los dos por turnos y la tutora tendría que contar dos

veces lo mismo y escuchar como cada uno de los progenitores le echa la culpa al otro de lo que la profesora haya detectado que no está funcionando bien. Eso soy, un padre por turnos. Por turnos breves, escuetos, con pocas obligaciones. La llamé para evitar cruces de mensajes que pudieran suscitar malentendidos y, tras el saludo inicial, le pregunto:

—¿Te viene bien el jueves?

—Hugo tiene actividades hasta las seis. Nos vemos allí.

—¿Sabes por qué nos cita?

—Para eso vamos, para saber.

Cuando llego al día siguiente, ya me espera en la entrada del colegio. Lleva un vestido largo, negro, de algodón, con pequeños agujeros y que solo deja al descubierto los tobillos y los brazos. Las gafas oscuras le tapan toda la cara y se ha puesto una diadema, también negra, que le recoge el flequillo. Apoyada en la pared, me mira, pero, cuando va a saludarme levantando la barbilla, algunos compañeros de Hugo que están saliendo a esa hora del centro educativo empiezan a saludarla efusivos, diciendo «¡Hola, mamá de Hugo!». Casi sin cambiar el gesto, como queriendo evitar que la vean fumando, les devuelve cada saludo con una leve sonrisa. Cuando ya estoy a su lado, cuando podría acercarse y darme un breve abrazo, apaga el cigarrillo en la papelera colindante cerciorándose bien y me suelta un «vamos allá» que no me deja ninguna otra opción salvo la de avanzar hacia la cueva del lobo.

Las luces de los pasillos, tan impolutos, tan blancos, se van iluminando a medida que vamos pasando. Después de haber saludado a un popular conserje que ha intercambiado varias frases con ella y nos ha llamado por nuestros nombres, prosigue la marcha. Va delante de mí, muy recta, sabiendo hacia dónde vamos. Recovecos, giros inesperados, orlas colgadas en las paredes, algunas clases abiertas donde el alumnado revolotea en torno a mesas.

Clase de 4.º B. La tutora está detrás de la mesa del profesor. Lleva el pelo recogido y unos pantalones holgados que servirían para ir al gimnasio y calza unas sandalias, aunque ya estemos a finales de noviembre. En cuanto nos oye entrar se pone en pie y se dirige hacia nosotros. Nos da la bienvenida con un cálido apretón de manos y una sonrisa de oreja a oreja. Me gusta que se siente con nosotros en esas ridículas sillas del alumnado. De este modo, solo con un gesto, ha conseguido eliminar la barrera del «aquí, yo soy la que sabe, vosotros habéis venido a escucharme» que una mesa tan grande interpondría entre ella y nosotros.

«No te pongas a la defensiva, quiero lo mismo que tú, lo mejor para tu hijo», me repito al sentarme.

—Primero agradeceros a ambos que hayáis acudido tan rápido a mi petición y que hayáis venido los dos juntos. Aunque no pretendo inmiscuirme, dice mucho de vosotros.

Dudo de que lo piense sinceramente, solo son unos breves comentarios para que nos relajemos. Quiero creerla. Como también intento creer al médico que te dice lo que es mejor para ti, al abogado que nos dice qué es lo mejor para los tres, a mi jefa que me cuenta que cualquier cambio siempre es a mejor. Quiero creer porque necesito hacerlo. Me fijo en que sostiene un lápiz en la mano y no deja de hacerlo girar sin que se le caiga, en una pizarra llena de esquemas sobre algo que parece el curso de un río, en una pantalla digital apagada que representaría mejor el caudal de un río que el dibujo de tiza.

Ella le responde con un breve agradecimiento y seguimos a la espera de noticias sobre cómo es nuestro hijo cuando no lo vemos. El río debería dar al Mediterráneo para que cuando este verano lo lleve allí pueda recordárselo. Tres cuencas. Éramos tres.

—También quiero agradeceros la llamada de hace unos meses sobre vuestra separación. Todo lo que pasa en casa tiene

repercusión en el colegio.

Una llamada. La que yo no hice ni supe ver que era necesario hacerla. Esa llamada me dice que aún sigo siendo una estafa de padre y que cualquiera por la calle puede señalarme con el dedo índice para atestiguar que no soy lo que aparento. Tal vez solo puedo aspirar a ser un padre por turnos, quizá debo dejar que ella continúe tirando de los dos y yo, casi inmóvil, seguir haciéndome el muerto en un mar Mediterráneo lleno de sal. Allí podré dejarme arrastrar por primera ola que llegue y mi única preocupación será balancearme al ritmo que la marea decida. Debo concentrarme para que el vaivén no me haga perder de vista la orilla. Allí está ella, sentada sobre la toalla con una pamela que la protege del sol. Si me fijo más, puedo ver a Hugo, que está jugando a esquivar todas las olas. Aunque nado con furia, sigo sin llegar a la orilla. Ni siquiera sirvo para irme con él, los dos solos, quince días de vacaciones a la playa, lejos de toda preocupación, excepto comer y bañarnos hasta que nos queme el sol.

—Como suele ser habitual en estas situaciones, Hugo lleva una temporada distraído, ausente. Algo raro en él, ya que le gusta participar en todo lo que le vamos proponiendo desde el centro sin necesidad de hacerle ver que las actividades son obligatorias. Lo que ahora le sucede forma parte de lo que cabe esperar cuando se producen estos cambios en casa e imagino que podría acentuarse durante los próximos meses.

La llamada es un aviso, ella nos está confirmando lo que le ocurre a Hugo. Pero debe de haber más. Está soslayando la cuestión, poniéndonos sobre aviso de lo que suele suceder, de lo esperable, y así se sitúa en una posición prominente que le permita reprocharnos cuanto estime oportuno. Si no puedo llegar a la orilla, quizá pueda hacer que Hugo me ayude a salir de ella. Puedo llamarlo por algún nombre cariñoso, de esos que se van perdiendo con el paso de los años. O por un diminutivo

que le haga ver el cariño intrínseco que encierra mi lamento. O empezar a chapotear simulando que me estoy ahogando para que, diligente y leal como es, no le quede otro remedio que dejar de esquivar enemigos invisibles y lanzarse a salvar a su padre. Todo ello antes de que el mío sea un naufragio de gran magnitud, pues el mar se puede volver bravo en cualquier momento y entonces ya no sabríamos adónde irían a orillar mis restos.

—Sin embargo, hay algo que me preocupa. No es solo que se haya olvidado de hacer los deberes, trabajos o la maqueta sobre el sistema digestivo. Intuyo que es debido a que ya debe de haber cambios de casa, de ropas, de normas, y nos consta que los alumnos tardan en adaptarse a la nueva situación.

Suéltalo. Dime que nunca llegaré a la orilla. O miénteme. Dime que es mejor desear que poseer, que desde el mar lo puedo ver jugar con las conchas que va encontrando cuando la resaca de la ola lo permite.

—A ver..., la mayoría de los padres de los alumnos de su clase están separados o divorciados. La verdad es que hoy en día lo extraño puede parecer lo contrario. En la clase, cuando Hugo lo contó, enseguida todos lo acogieron. Ya os digo que no es el único, no es la excepción. Sé que dicen que pertenecen a un equipo, por no llamarlo grupo, que han bautizado algo así como el Club de los Dobles Regalos. Hasta ahí no le di mucha importancia. Identificarse con el prójimo nos parece una forma de compartir dificultades.

No responde a mis voces, así que dejaré que mi cuerpo flote hasta que la fortuna sea capaz de hacerme llegar tan cerca de él que pueda agarrarlo y hacerle ver que necesito que tire de mí.

—Ahora, junto con dos o tres compañeros más de su clase, se dedican a instigar, a molestar e incluso insultar a aquellos alumnos cuyos padres aún siguen juntos. Como es obvio, ya lo hemos hablado con el grupo-aula y con el resto de las familias

implicadas. Sé que son momentos duros para todos, estamos aquí por lo mismo. Pero esa clase de comportamientos no se pueden permitir. Siempre tenemos la posibilidad de pedir ayuda a la psicóloga escolar, a los orientadores del centro.

Me guardo las excusas, entiendo la gravedad. Quedamos en aprovechar esta misma tarde para hablar con Hugo. Propongo llegar antes de la hora señalada en el horario de visitas que incluye llevarlo a las actividades extraescolares dentro de las dos horas que tenemos para estar juntos y así poder disfrutar de un rato más. Intentar que sea tan agradable —aunque no resulte tarea fácil— como el pasado martes en el parque, en el banco desde el que Hugo observaba el majestuoso edificio donde imaginábamos que estaría la habitación del abuelo. Esa es la única imagen que evoco esta semana, cuando el sol se pone justo detrás de nosotros mientras hablamos. Acepta que me pase por casa antes de la hora pactada y conviene conmigo en que con relación a estos temas deberíamos estar los dos de acuerdo y no hacer la guerra por nuestro lado. Tiene razón, no abrir más frentes, mantener el nuestro en este *statu quo* cuya eventualidad conocemos ambos. Dejar pasar el invierno antes de reanudar la guerra.

Cuando me ve llegar, la expresión de su cara delata la extrañeza. Nos sentamos en el porche. Yo en una silla, ella y él en la escalera. Ella se levanta, se queda de pie unos instantes y vuelve a sentarse junto a Hugo. Nunca suenan bien las palabras cuando tenemos que hablar en serio los tres. Le contamos lo que nos ha comentado la tutora. Calla, mira al suelo de porcelana. Tontea con la poca tierra que anda perdida por el suelo con un pequeño palo de alguna rama.

—Estamos pensando que deberías ir a la psicóloga del colegio. ¿La conoces? Quiero decir que si se pasa por clase de vez en cuando.

—¿Quiénes lo estamos pensando? Porque yo no estoy

pensando en tener que ir a ningún sitio y menos con alguien que no conozco.

—Lo hemos hablado con tu tutora. Podríamos empezar con la orientadora del centro. También estamos de acuerdo tu padre y yo.

—¿Tú estás de acuerdo, papá?

Elige equipo. Posiciónate, lo mejor para él es lo único que anhelas. Decide qué crees que es lo que más le conviene. Justifica delante de todos lo mucho que te esfuerzas para que pueda ir cada tarde a otras clases extraescolares. Total, para acabar manteniéndolo ocupado las mismas horas que invierte un adulto en su jornada laboral. Y ahora contempla también la posibilidad de que asista a unas sesiones semanales con la psicóloga. Posiciónate, lo mejor para él.

—Yo quiero que vayas, es lo único que me preocupa, lo mejor para ti.

—¿Cómo sabes qué es lo mejor para mí?

—No lo sé, por eso lo hablamos los tres. Por eso estamos aquí.

—No lo entiendo.

Nos mira, abriendo mucho sus ojos castaños, sosteniéndonos la mirada, con el palo sobre el hombro. No recuerdo haber tenido antes ninguna charla así, aparte de cuando al principio tuvo algunas dificultades con la lectoescritura, pero todo quedó en un refuerzo en casa, casi siempre los fines de semana, que consistió en que yo me sentaba con él e intentaba que leyésemos un rato. Ambos aburridos y deseando acabar pronto con lo sugerido por el colegio. Yo, asumiendo que no podría salir con la bicicleta si se demoraba mucho, así que lo incitaba a ir rápido y daba por terminada la sesión de lectura al cabo de media hora; él, consciente de que no ponía mucho interés y de que, por poco que hiciera, daría por cumplida la tarea. Prisa por que empiecen a hablar, por que lean pronto y sin

tartamudear, por que empiecen a comprender lo que les pide el ejercicio, que sumen, resten o multipliquen antes de saber para qué sirven esas operaciones, por que empiecen a entender lo que leen y, por supuesto, lo disfruten. Prisas por que crezcan.

Toma la palabra ella y le pregunta, afectuosa y concisa:

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que sea yo el que tenga que ir al psicólogo.

—Ahora soy yo la que no te entiende.

—Fácil. Tú, mamá, no eres capaz de dormir sin esas pastillas. Las azules que guardas en el primer cajón de tu mesilla de noche. En cuanto te las tomas imagino que podrás dormir. El efecto no me gusta: dejas de hablar y de sonreír. Papá se ha ido de casa porque ya no os queréis y siempre actúa como si todo el mundo le tuviera manía. El rollo de que ya no sois novios, pero seguís siendo mis padres, ya me lo han contado en mi club del colegio. Además, hay algún cuento por la biblioteca sobre padres separados. Ahora, de repente, ya no os gritáis, pero, claro, no vivís juntos, así que es difícil que os gritéis. Vosotros no estáis tan bien como me queréis hacer ver. Y la única decisión que tomáis juntos desde el verano es que soy yo quien tengo que ir al psicólogo. No es justo.

Sucede que, a veces, es mejor dar la callada por respuesta. O al menos no contestar al instante. Dejar un minuto, dos, quizá. Dejar que sean tres y que los demás deseen que les contestes. Hugo no me ha parecido impertinente ni ha dado lugar a responderle «tú harás lo que tus padres por turnos decidan». No estamos bien, no estoy tan bien como imaginaba hace veinte años. Pero estoy mejor. Y lo más importante, estoy. Quizá tenga razón, yo necesito ayuda. Ella, no lo sé, pero lo puedo intuir.

—Tienes razón, Hugo. Papá no está bien. Llevo años sin estarlo, pero ahora, por fin, lo sé y quiero solucionarlo.

Ella ha empezado a llorar de una manera tan silenciosa, tan

tímida, que hasta que alguna lágrima logre llegar hasta la comisura de sus labios y pruebe la sal no será capaz de darse cuenta. Hugo, al instante, se levanta y con total serenidad le enjuga las lágrimas con el dedo pulgar, mientras apoya el resto de los dedos en su cara a modo de caricia. Ella le coge la otra mano, aprieta ambas y las besa sin pausa.

—No te preocupes, Hugo. No es nada. También creo que tienes razón, al menos en parte. Yo no quería ver que no estábamos bien y papá no sabía cómo decirlo. Si no quieres, no vayas. Lo solucionaremos juntos, los dos. Los tres, los que sean. Todo pasará y, cuando eso suceda, solo nos quedará reír.

—Estamos de acuerdo. Aun así, démonos unos días. O vayamos los tres, lo mismo hacen descuentos para familias.

Se ríe en cuanto lo suelto. No tiene claro si por lo fuera de tono que ha estado la broma o porque los nervios lo hacen defenderse con una risotada que en cualquier otro momento podría haber sonado falsa. Prolonga unos segundos más esa risa enlatada, la abraza fuerte y durante unos instantes no puedo por más que mirarlos intentando no perder el equilibrio. Porque un padre siempre se cae, se derrumba. Las falsas liebres nunca llegan a la meta. Un padre siempre termina desmayándose antes de cruzar la línea de llegada. Y lo mismo sucede con el que se mantiene misterioso en tu niñez. El mío, con sus dos trabajos que le robaban todo su tiempo de lunes a viernes: por las mañanas desde bien temprano; taxista por las tardes, hasta que los niños ya estaban bañados y cenados. Todo giraba en torno a su bienestar, a su trabajo, y con la eterna cantinela de que no nos faltaba nada a los que nada de él teníamos. Y las madres, esas tortugas que siempre ganaban la carrera. Con la casa a cuestas y casi sin sudar. Con sus batas roídas, su pelo canoso —se negaban a teñírselo— y sus pasitos cortos, sin necesidad de acelerar. Aunque no se la vea ni se la espere. Quizá pueda correr a su lado como hacen las liebres

con los corredores a los que no ven. Y aceptar que, a lo sumo, podré finalizar junto a ella la carrera. Cuando tropiezan, empezamos a reconstruir nuestra niñez. Y una vez se saben ganadoras, dudo que necesiten exhibirse con celebraciones cuando recogen sus medallas de oro.

Me dice que lo acompañe, aunque a mí no me abraza ni yo se lo pido. Que lo siga, pues tiene algo para mí. La miro a ella antes de entrar. Me avisa de que quiere enseñarme un paquete que llegó ayer. Entro en el salón, huele a incienso y ya lleva el envío de Amazon sujeto entre los brazos y el pecho. Lo agarra con ganas, dejando claro que es suyo. Este fin de semana es su cumpleaños, así que debe de ser el juego que compramos meses atrás. Me pregunta si quiero abrirlo yo. Dejamos de abrir paquetes con ilusión, dejamos tantas cosas atrás porque no podemos tenerlas entre las manos. Le digo que no, que no hace falta, que es su regalo.

—Antes era el regalo que más esperaba, ahora va en segundo lugar.

Va hacia la cocina; ella entra detrás de él, sabiendo qué es lo que busca. Sale con un pelapatatas y una sonrisa de tunante ensayada ante el espejo. Me lo entrega y lo abro con torpeza —como casi con todo—, despacio, intentando no romper el embalaje original. Coge la consola tras subir la parte de arriba de la mesa de enfrente del sofá y, de un salto, se abalanza sobre el sofá al tiempo que grita «¡ven!». Me siento a su lado, le paso la mano por encima del hombro, como en la primera cita de una película americana de los años cincuenta. Sutilmente, con un único gesto, se aparta mientras acomoda un cojín que se ha colocado en la espalda y me ordena que mire la pantalla. Empieza a contarme lo que espera ver. Su madre le indica que es la hora de merendar antes de ir a las clases extraescolares. Pide unos minutos, alega que tiene algo más que enseñarme. Vuelve a dejar la consola donde estaba.

Ella está sentada en el sillón de la derecha. Los compramos en un Corte Inglés de Vigo y tardaron tanto en traerlos a casa que casi volvemos a comprarlos aquí. Antes eran marrones, ahora empiezan a amarillear. Se aposenta en uno de sus brazos y, después de mirarme fijamente unos segundos, me confiesa lo que piensa. Nos quedan los viajes juntos, intento recordarle lo cutre que nos pareció una mariscada en el centro de la ciudad el mismo día que nos decidimos por los sofás.

—Te odio. Sin rencor, pero es un odio irreconciliable, al fin y al cabo. Un odio suave, perpetuo, que sopla como un viento cálido de verano. Uno de esos vientos que nos acompañaban algunos veranos en Tarragona. De esos cuya presencia es difícil de percibir, pero que nunca dejan de molestar. De esos que lo mismo te erizan la piel que son capaces de producir el mayor de los bochornos imaginables.

—Fíjate, yo, en cambio, cada vez soy más consciente de todo lo que te debo.

Dejamos de mirarnos las manos, el techo, los cojines árabes que adornan el sofá color tierra, cuando Hugo interrumpe la escena con tres palos. Los lleva en la misma mano y grita como si fuera un guerrero zulú. Uno de ellos, seguro que es el que montamos juntos, reluce. Le pusimos un tenedor en la punta a modo de rejón entrelazado con unos restos de cuerda. Deja dos sobre el suelo y me entrega uno. Lo observo detenidamente. Ha amarrado una cuerda a un extremo y lo ha pintado de naranja, aunque por momentos no sea capaz de identificar la diferencia entre mi color favorito y un tono marrón. Espera, paciente, mi veredicto.

—¡Naranja!

—Claro, papá. Tu color favorito.

—Está bien que tengamos uno siempre de repuesto.

—No es de repuesto. Es para nuestro timonel.

—Deberíamos ponerle algo al final de la cuerda para poder

dejarlo sujeto a la muñeca. Como esa tabla de *bodyboard* que de pequeño te atabas al tobillo.

— Aún la tengo abajo. La tabla está partida, aunque nunca llegamos a tirarla. Habrá que coger lo que nos venga bien. ¿Podemos, mamá?

Con un gesto de sus dedos sobre la muñeca me hace ver que debo estar pendiente de la hora. Saco el móvil y compruebo que son más de las seis. Le contesto que estaría bien que bajáramos juntos al sótano y terminar de armar los arpones para poder dar caza a nuestra ballena blanca. Si lo hiciéramos no nos quedaría tiempo suficiente para llevarlo al entrenamiento. Coge los tres palos con una mano y se acerca a su madre.

—Vale, ya lo haremos. No quiero ir a fútbol.

—Ya sabes que, aunque no es obligatorio, hemos pagado el mes. Nuestro trato es que si lo pagamos lo usábamos. No estamos para desperdiciar las actividades.

—Siempre cumplo mis pactos, mamá. No quiero ir a fútbol hoy. Solo por esta vez.

Me imagino dando vueltas en círculo en el centro comercial y me come la desgana. Tiendas iguales, caras iguales, andares iguales. Bolsas de la compra, mirar escaparates y volver a ver a las mismas personas en el otro sentido de la marcha. No cambio la expresión de mi cara porque la desidia no entiende de matices. Lo miro con cara de póquer, sin contestar, sin interrumpir ni objetar nada sobre los pactos acordados. Expectante, espero la resolución del acuerdo. Ella evalúa el día, sus ganas de entender su aspereza, las conversaciones que han derivado en otro acuerdo en el que estamos los tres juntos y todo serán risas en unos meses.

Y todo para terminar preguntándome adónde vamos a ir.

—Imagino que al centro comercial, ¿no, Hugo?

—Quiero ir a ver al abuelo.

—Ya sabes que aún no puedes verlo. La sala de espera del hospital no es lugar para niños.

—Para lo que queréis soy un niño, para lo que os conviene, un hombrecito. Entonces quiero ir otra vez al banco.

No rebato su comentario. Salgo hacia el coche. Aún sostiene los tres palos en la mano. Le pregunto que si se los va a llevar.

—Los dejare aquí hasta que los terminemos. No quiero que el abuelo piense que el suyo no es importante.

—Oye, ¿y cuál es el regalo qué más esperas?

—De lo que ya sé que tendré, el libro de verdad de *Moby Dick*. Tengo un plan infalible. Por ahora es secreto. Se lo he pedido a la madrina.

Me guiña un ojo y baja la mirada para que entienda que hay aspectos que no se pueden compartir. Sube al coche. Le pregunto si quiere que le ponga la lista de novedades que añadí a la biblioteca del Apple Music para él.

—Pensaba que era a ti a quien le gustaba.

—Yo pensaba casi lo mismo. Son las canciones más escuchadas, las novedades recién subidas a la aplicación.

—A mí esa música no me gusta. Ni siquiera la conozco. Mi preferida es una en la que no dejan de repetir *thunder*, de los AC/DC. ¿Los conoces?

No arranco el coche. Saco el móvil y busco la canción. La añado a la biblioteca y la descargo. Tras unos segundos repitiendo insistentemente el título de la canción, comienza a sonar la letra: *I was caught in the middle of a railroad track.* Grita con fuerza, con una alegría desbordante, cada *thunder* que, a modo de grito de guerra, no deja de repetir durante toda la canción. Me anima a cantarla con él a voz en grito, bajo la ventanilla y hago ver que yo también canto con mi hijo las canciones que nos gustan. Sonrío cuando la canción me recuerda que estamos cabalgando por la autovía hasta alcanzar la ciudad. Me acuerdo de mi Sombragris, de ella estrenándolo

conmigo. Ahora llevo una diligencia en la que cabemos los vaqueros y los indios. Grito tan fuerte que me rasca la garganta. Pasamos la tarde en el que ya es nuestro banco, haciendo planes, hablando de la celebración de su cumpleaños este sábado. De mamá, del abuelo y del Club de los Dobles Regalos, al que ha decidido dejar de pertenecer. Temo quedarme ronco y grito aún más fuerte.

De vuelta en el barrio aprovecho la tranquilidad de la ciudad que quiere dormir para volver a producir en cuanto amanezca y llamo a mi madre. Ha pasado el día en el hospital, el tono de su voz delata su cansancio. Dice que le reza cada noche a san José de la Montaña para que mi padre siga con nosotros.

—Fue un buen padre, no te faltó de nada.

—Tienes razón, nada. Y todo.

—No hables así.

Nada, nada material. Comida, ropa, juguetes. Nada, solo me faltó alguien que quisiera ser padre. Tengo ocho años, es sábado y mi padre sube del bar oliendo a alcohol. Llevo toda la tarde esperándolo porque me ha dicho que hoy íbamos a arreglar, por fin, la estantería del salón que no tiene libros. Una flamenca de vestido rojo y lunares negros con la que no se puede jugar, fotos de la primera comunión de mi hermana y de mi bautizo, y un mueble bar con las mismas botellas desde hace años, que ya cuesta abrirlas. Tras unos breves bufidos a modo de queja y una evidente borrachera nos ponemos manos a la obra. Intento que no le moleste mi presencia, solo procuro ayudar siguiendo sus indicaciones. No consigue atinar con el destornillador, las arandelas y los tornillos y su enfado va en aumento. Me va indicando cada paso que debo seguir. Soy muy torpe y no se me da muy bien; aun así, me reconforta una agradable sensación de sentirme útil. Lo hace él y su enfado sigue creciendo, aunque no consiga identificar con quién está enojado. No me muevo de su lado, soy su ayudante y estamos

arreglando las baldas que se han ido soltando. Él y yo. Solo los dos. No consigo apretar bien el tornillo, se me escurre el destornillador y rayo la balda de la estantería. Me aparta de su lado, dejándome claro lo inútil que soy. Me duermo con lágrimas en los ojos y sin cenar.

Tengo quince años y ya temo los fines de semana, los sábados de alcohol y vómitos, los domingos de resaca emocional. No es capaz de abrir la puerta. Ese tejemaneje en la cerradura con la llave es la alarma que me invita a irme a mi cuarto a leer. Echo la persiana dejando que se cuele un poco de luz de la calle entre las rendijas de las placas. Puedo oír como discute con mi madre porque mi hermana aún no ha llegado a casa, la cena está fría y el niño ya está acostado, y él quería que viéramos juntos el partido de fútbol que Telemadrid tiene a bien retransmitir. Si fuera al revés, se hubiera quejado igual de mi presencia, que le habría impedido ver el partido tranquilo porque no dejo de celebrar cada jugada del Atlético, de la cena demasiado caliente que le quema la lengua y de lo sosa que es mi hermana, que con veintiún años ya está en casa un sábado noche. Mañana me comerá a besos mientras trata de convencerme de que lo importante es que no me falte de nada y durante la semana será ese padre trabajador que llega tan cansado que casi me parece invisible. Hoy no puedo oírlo ni me molesta, porque estoy bajando al centro de la Tierra.

Tengo veintitrés años y es sábado, le quedan pocos años para jubilarse y yo sigo buscando agradarle. Los parciales de febrero serán en breve y estoy estudiando en el cuarto que mi hermana ha dejado libre al irse de casa con su tripa ya llena de otras dos vidas. Solo con la cadencia de sus pasos por el pasillo ya sé lo borracho que sube. Abre la puerta con una violencia inusual en él. Percibo su desilusión al ver que soy yo quien está en el escritorio de mi hermana y desata su furia contra los apuntes, contra los libros y contra todo el material que he ido

acumulando estos últimos días mientras le grita a alguien que no soy yo que ese cuarto es de su hija. Consigo agarrarlo del brazo y decirle que pare. Aprieta con ganas, pero la diferencia de fuerza que la edad equilibra y su estado le impiden zafarse de mi presa. Le vuelvo a decir, ahora ya sin levantar la voz, pero con el semblante serio y mucha determinación, que solo estoy estudiando. Detrás de la puerta mi madre ya le está suplicando que deje al niño. Me espeta que no sirvo para nada. No contesto, aunque aprieto los dientes y cierro el puño derecho tan fuerte que me dejo marcadas las uñas. Quiero que sean nuestras últimas palabras, esa noche decido que después del verano me iré de casa.

Necesito otra vez un piso, para no repetir errores, para que Hugo no decida un día que esas frases serán las últimas que me diga y así pasen veinte años, que no serán tanto, serán una vida perdida. Para que cuando quiera volver a hablarme ya tenga un modo de entenderlo. Para no ser como fueron con nosotros.

Ha vuelto

No hubo abucheos, ni gritos, ni nadie me señaló con el dedo cuando anoche cené yo solo en la sala de estar delante de un televisor apagado. Todas estas ensaladas que se pueden encontrar a precios desorbitados en la sección de refrigerados incluyen salsa para disimular su insípido sabor. No encendí ninguna luz del piso, la que entraba desde la ventana era suficiente para poder cenar casi sin ver la paupérrima ensalada preparada que acababa de comprar. Me costó reconocer mi propio reflejo en la pantalla negra. Yo no era ese señor que cena solo, que no tenía quien lo mirara ni a quien preocupar. Volví a mirar un rato los pisos de la zona, pero ahora mismo no me cuadraban las cuentas, empezaba a pensar que esta vez iba a resultarme más difícil salir de casa que hace veinte años. Podría coger nuevas cuentas, trabajar los sábados, aunque fuera en semanas alternas. Miré, también de nuevo, hoteles para este verano, con toboganes que zigzaguean hasta piscinas inmensas de azul pintado a mano, jardines con columpios en forma de barcos donde podríamos seguir pescando cachalotes, bufet de desayunos con zumos recién exprimidos y fotos de familias felices, casi todos rubios y sin aspecto de odiarse en demasía. Tampoco salían las cuentas para una quincena vacacional, así que empecé a restar días. Una semana. Un fin de semana. El resto del tiempo lo pasaremos al calor de una plaza de pueblo donde comer altramuces, escuchar las canciones de verano que las cigarras tengan a bien ofrecernos y mirar como las piedras del camino sueltan todo el calor acumulado del día. Podremos llevar a los abuelos y que, tal

como hicieron con nosotros, nos presenten a todo el pueblo. Que nos luzcan, mientras no dejan de repetir con orgullo: «es Hugo, el hijo de mi hijo» y, cada tarde, huela a dama de noche.

Anoche sacié las últimas horas del día haciendo la compra para este fin de semana. Aproveché la cercanía del supermercado de la casa de mis padres. Dejé el coche en la calle que daba a lo que antes era un descampado, cogí algunas bolsas del maletero, me lo tomé con resignación y puede que también como un ocio organizado. Aunque quedaba poco más de una hora para el cierre, tanto el centro comercial como el supermercado estaban abarrotados. Todos en la caja de dos en dos, una persona paga, otra distribuye lo comprado en las bolsas. Al pasar por la entrada, a la derecha, me fijo en los televisores, tan inmensos que cuesta imaginarlos en pisos tan pequeños. Le sigue un departamento de libros, cuentos y material escolar que está vacío. Paseaba, eso hacía. En lugar de adoptar una actitud distinguida, me conformaba con no parecer muy errático. Con aparentar que sabía lo que hacía. Un hombre y una mujer, que aún están en conjunción con la juventud que destila su piel, deciden qué tipo de leche van a empezar a consumir. Me niego a llamarlos pareja. Solo son dos personas que compran juntas.

Leche entera. Leche semidesnatada. Leche desnatada.

Me perdía entre tanta variedad, yo, que solo buscaba leche normal. Debería haber un apartado, un pasillo cerca de las cajas para disponer de lo indispensable y terminar pronto con la compra. Eso sería lo normal para mí, pero está claro que, ante la gran variedad que cada supermercado está ofreciendo estos últimos años, la leche entera será la menos comprada, la más insustancial, la única que no tiene ningún aliciente de marketing para ser consumida. Eso es ahora la normalidad, algo que nadie quiere. Imaginé que habría un pasillo dedicado a cumpleaños, a sus distintas modalidades. Cumpleaños con un

padre, con dos, con madre sin padre, y así sucesivamente, hasta cubrir todas las necesidades familiares.

Leche de soja. Leche de almendra. Leche de arroz. Leche de coco. Leche de nueces.

Recorría todo el pasillo mirando a derecha e izquierda, intentando no dejarme embaucar por los productos que me abordaban. Encontré la que buscaba arrinconada en una esquina. Abrí un paquete quitando el aparatoso plástico que lo envolvía todo, pero solo me llevé dos tetrabriks. Suficiente para este fin de semana, el lunes podría rellenar otros huecos volviendo a hacer la compra. Son pequeños detalles que marcan la diferencia en la vida de un recién separado. Uno de ellos es fundamental, sobra tiempo. Lo que echabas de menos, ya lo tienes. Cuidado con no añorar lo que tenías. Rellenaré el tiempo con clases de salsa o haré maquetas, más deporte, o beberé más. Pintaré cuadros con perspectivas horrendas o me apuntaré a algún curso de la universidad para adultos.

Leche descremada. Leche descremada cero grasas. Leche sin lactosa. Leche sin lactosa descremada.

Si se hubiera girado, podría haber confirmado que era la del mensaje a deshora y hubiera tenido la posibilidad de darme media vuelta y dejar para otro día los saludos, las excusas. O aparentar que sabía lo que le iba a decir, quizá que debería haber respondido aquel mensaje tan inoportuno. Pero se giró justo al doblar la esquina y se convirtió en un encuentro fortuito. No reaccionó al instante y casi se le escapó una disculpa. Me saludó efusivamente y me soltó un «ya me dijeron que te habías vuelto a vivir al barrio». Me fijé por primera vez en unas pecas a medio pintar que le alegraban la nariz, en su pelo recio con tonos pelirrojos, tan despeinado que parecía aposta para que pareciera que tenía vida propia, con algunos rizos cayéndole por la nuca.

—Hemos quedado para tomar algo. Seguro que te vendría

bien despejarte un rato.

—La verdad es que sí, no se me ocurre mejor plan.

—Pues lo dicho, nos vemos en un rato.

—Déjame que pase por casa y cene algo.

Me guiñó un ojo, creo que el derecho, utilizando todos los músculos de la cara y entreabriendo la boca. Y, sin más, encauzó el pasillo de los lácteos. Me quedé mirándola un rato mientras avanzaba por aquel pasillo lleno de posibilidades, lleno de decisiones. Solo se detuvo ante la leche desnatada. Cuatro paquetes. Los dispuso ordenados en el carro y colocó encima el pan de molde. Se volvió de pronto y, al ver que la seguía mirando, me lanzó una sonrisa y un beso que me pareció oír desde donde yo estaba. No reaccioné, pero algo por dentro, algo intangible y difícil de entender, se alegró casi tanto como envidió esa espontaneidad, ese «me da igual lo que pienses», ese «no me importa que no contestes mis mensajes».

Terminé de comprar pero, antes de ir hacia las cajas, busqué unos zumos con leche que Hugo suele pedir, por si después del cumpleaños o el domingo le daba por aparecer un rato por casa de los abuelos. Me sorprendí a mí mismo alzando el cuello para mirar por encima de las cabezas si la pelirroja pizpireta andaba todavía entre lineales de cajas esperando su turno para pagar. Cerraron la caja en la que estaba haciendo cola, el dependiente se apresuró a limpiar la cinta negra con papel de cocina poniendo cara de circunstancias en respuesta a nuestras quejas, las de los compradores, que también queremos volver a casa para cenar e irnos a beber con los amigos.

La cena me ha sabido a poco, así que antes de la ducha busco cualquier cosa en el frigorífico. Me quito el traje, lo cuelgo con delicadeza. Pongo la lavadora y espero acordarme de colgar la ropa recién lavada cuando llegue esta noche. En cuanto abro el agua caliente se oye saltar el viejo termo. Espero unos minutos, pero no termina de calentar el agua, así que me doy una ducha

rápida con agua tibia, dejando la tarea de lavarme la cabeza para otro momento. Siempre hay gorras de béisbol para disimular la cantidad y el estado del pelo. Cuando voy a vestirme, el sonido que notifica la entrada de un wasap de la madre de Hugo interrumpe mi gran interpretación de *La sirena varada* que estoy cantando bajito, por hacer como si hubiera alguien al que le pudiera molestar el ruido.

—Papá, ¿a qué hora llegarás mañana?

Vuelvo a fantasear con la idea de comprarle un móvil sin que me cueste discusión, ahora que, tras dos meses fuera de casa, la cosas están calmadas. A medio vestir, organizo el día de mañana. Quiero pasarme por el hospital, hablar con mi hermana y con mi madre, para turnarnos entre el hospital y el cumpleaños de Hugo.

—En cuanto pueda estaré allí.

No he dejado preparada la ropa, así que, casi a tientas, voy a vestirme al cuarto. Pantalón vaquero, camiseta usada. Zapatillas cómodas, con un color a medio gastar. Con la camiseta ya puesta vuelve a entrar un nuevo mensaje.

—Les dije a los amigos que vinieran vestidos de marineros. Hasta mañana, capitán.

Un capitán, de esos que deben dar el do de pecho a cada momento y no pueden llegar ni cansados ni con resaca al cumpleaños de su hijo. Si es su cumpleaños, si cumple nueve, yo cumpliré treinta y nueve a mediados de diciembre. Estaremos al límite de cambiar de decena. Números que sirven de frontera entre lo deseable y lo esperable de nuestra edad. Enciendo la luz de la sala de estar, echo las persianas, menos la de la derecha, que debe de llevar bajada unos años porque está desplomada, y antes de dormirme termino de leer la versión adaptada de *Moby Dick*.

Me despierto, salgo de casa casi sin desayunar, con el café a medias, y voy a recoger a mi madre a la casa de mi hermana para ir al hospital. He estado esperando el ascensor un buen rato, pero por más que he insistido pulsando el botón, no ha acudido a facilitarme la salida. Ha debido de llover, porque se han formado charcos fangosos, unos tipos rapados me miran al cerrar el portal. Cuando llego ya me espera abajo, con una falda larga gris oscuro y un bolso enorme de algo que pretende ser cuero. Casi no hablamos en todo el trayecto. Tiene la mirada vidriosa y sujeta el bolso con ambas manos contra el pecho. Masculla, más que dice, que no ha pasado buena noche. Tiene la cara cansada, a cada momento parece que se vaya a derrumbar. Cuando llegamos al hospital se alisa la falda y se echa el bolso al hombro con una diligencia que la hace crecer unos centímetros. Me indica que la siga y que no me rezague. Me advierte, como si estuviera leyendo un manual de instrucciones, que su marido está en una cápsula del tiempo, que se lo imagina como en las películas de ciencia ficción que le gustaban antes de que naciera mi hermana, las que no dejaba de ver cada vez que podía. Sigue contándome que la cápsula donde hiberna está hecha a su propia medida y solo la puede usar él. Es capaz de cubrirle todo el cuerpo y tiene una máscara ajustable en su rostro. Pero, aunque no le permite que hable, es generosa y le deja escuchar lo que queramos contarle. Así que me avisa de que, delante de mi padre, nada de hablar de su estado de salud, pues nos está escuchando en todo momento. No sabía que mi madre hubiese estado enganchada a las películas de serie B. Si me paro a pensar, no sé de ella más que lo que me revela su disfraz de madre.

Hemos estado toda la mañana, casi hasta la hora de almorzar. Le hacemos visitas cortas, hablamos con los médicos, bajamos a tomar un café. Cuando el estómago me empieza a pedir comida, mi hermana nos releva y nos anuncia que los

primos y ella irán a casa de Hugo a la hora del café. Avisa de que tenga café preparado y algún dulce con chocolate, como si aún fuera mi casa. Llevo a mi madre a su casa, me da el regalo de Hugo y me pide que la excuse por no ir. Le pregunto por lo que tiene para comer, duda, se queda en silencio y termina proponiendo, como una niña que pide un regalo que has olvidado, que la invite a comer a uno de esos restaurantes de comida rápida que no solo sirven hamburguesas y a los que mi padre nunca quiere ir. Recuerda que fuimos una vez con Hugo, un día que llovía a cántaros y no hicimos otra cosa que pasear por el centro comercial. Yo he pedido un sándwich de pollo y ella, después de tardar varios minutos en decidirse y preguntarle mil dudas al camarero, un burrito con todos los ingredientes que le han permitido.

Una vez nos hemos terminado los postres, aviso de que vamos a salir y cuando aparco justo enfrente de la casa de Hugo, están llegando mis ya más que adolescentes sobrinos y mi hermana. Hace una tarde bastante calurosa para ser finales de noviembre. Me saludan chocando las manos y casi sin detenerse y en cuanto ella abre la puerta salen disparados hacia el interior de la casa, gritando «¡primo!». Saben que cuanto antes estén con el primo, antes los dejarán irse con sus amigos a disfrutar de un sábado noche. Entro con mi hermana, que me coge de la cintura y me dice que todo irá bien. Ella saluda a mi hermana y a sus hijos con sincero afecto, le indica dónde están las jarras con el café preparado y, anticipándose a sus deseos, la bandeja con los postres. El desconchón del salón, que había salido el invierno pasado, está pintado. No veo a Hugo por ningún sitio, saludo a algunos vecinos que no había visto desde finales de verano mientras me pregunto si ha sido buena idea aparecer por aquí a estas horas tan concurridas. Pregunto por Hugo. Mi hermana ya está sentada hablando con unos y otros, contando y dejándose contar, asintiendo y alabando la

exquisitez de los postres. Hugo está en mi despacho, jugando con la consola en compañía de sus amigos, y ya se oye a sus primos acaparando el juego. Deberán de seguir llamándolo así, mi despacho. Me meto en el baño de la planta de abajo, el mismo que utilizaba antes de subir a dormir a nuestra cama. Ahora me parece el baño de un motel de carretera, tan impersonal como necesario. Miro el móvil y, por primera vez en años, inicio yo una conversación.

«No quise liarme, prometo pasarme otro día».

La cisterna ya no se queda colgada. Me lavo las manos, huelo las toallas, me refresco la cara. Vuelvo a mirar el móvil, pero no está en línea. Me quedo tranquilo una vez que he sido capaz de tomar yo la iniciativa. No tarda en llegar el mensaje de vuelta.

«Me debes un café la semana que viene».

Al salir del cuarto de baño, Hugo me espera junto a la puerta. Lleva una camisa de rayas azules y un pantalón blanco. Sus amigos llevan prendas parecidas, todos imitando a marineros. Uno de sus amigos va vestido de pirata y no para de levantarse el parche a cada momento. Los primos ríen con sorna la ocurrencia.

—¡Capitán, ya has llegado!

—Por supuesto, grumete.

Les cuenta a todos que una vez ha llegado el capitán, pueden empezar a cazar cachalotes blancos. Jubiloso, andando a pequeños pasos que desbordan energía, va hacia la cocina, de donde trae una voluminosa edición ilustrada de la novela. Pide que nos sentemos en los taburetes un momento mientras la hojea. Me encantaría que pasáramos unos minutos durante los cuales solo importásemos él, el libro y yo, pero alego que están sus amigos. Insiste, buscamos un lugar cómodo y empieza a pasar las ilustraciones, indicándome en qué me tengo que ir fijando. Por la forma en que me va narrando la aventura,

compruebo que se la sabe de memoria. Le confieso que anoche terminé de releerlo, que la última vez debería de tener más o menos su edad.

Los invitados llevan allí desde antes de comer, algunas familias empiezan a despedirse y Hugo, como buen anfitrión que es, los acompaña a la puerta y les da las gracias por venir. En menos de una hora solo quedamos su madrina, sus primos y yo. Ella ha empezado a recoger todo el menaje utilizado durante la celebración. Llevo todos los platos apilados a la cocina y empiezo a meterlos en el lavavajillas.

—Está bien. Si quieres, a partir de Navidades podemos cambiar el acuerdo. Compartiremos quincenalmente el piso. Creo que será mejor que semanalmente. De todas formas, lo hablamos tranquilamente con el tito abogado la semana que viene.

—A Hugo le vendrá bien. A mí también.

—No te confundas. No lo hago ni por Hugo ni por ti. Por una vez lo hago por mí. Yo también necesito recuperar todas las facetas de mi vida. Recuperar todo ese tiempo que, ahora mismo, me parece haber perdido junto a ti.

No contesto. Yo solo fui una pérdida de tiempo. Lo creo. Lo sé. No volverá a pasar. Mi hermana se acerca, aprovecha que estamos a solas para alabar nuestro buen hacer; experimento la misma sensación que cuando alguien me abraza, pero me da palmadas en la espalda; se alegra de que sepamos estar juntos en una circunstancia así, con el abuelo hospitalizado. A mí me sirve, lo admito. Avisa de que se irán en breve, que quiere volver a pasarse por el hospital. Unos minutos más tarde estamos los tres a solas. Le pregunto qué quiere qué hagamos ahora. Contesta que es la hora de activar su plan. Le pide a su madre que nos acompañe y ella —que sin duda ya lo debe de haber hablado con Hugo— le recuerda que solo será un rato. Me da un megáfono de varios colores y de un tamaño para

niños y me pide que lo lleve en la mochila junto con su libro.

Al cabo de veinte minutos estamos los tres sentados en el que hasta entonces era nuestro banco y que a partir de ahora tendremos que empezar a llamar «el banco de los tres». Me pide que le dé el libro y que le pase el megáfono de colores. No conseguimos que se encienda y yo no puedo abrirlo para comprobar que las baterías estén bien puestas, porque la tapa está fijada con unos pequeños tornillos. Pienso en cómo resolverlo. Hugo ha sacado su libro. Estoy de pie, alterado, sin saber qué hacer. Apoyo el pie encima del banco. Ella está mirando el móvil, mira la pantalla, no disimula cuando abre la boca, se le escapa una pequeña carcajada y escribe en la pantalla con los dos pulgares. Ya no es solo Hugo quien la hace reír. En casa de Hugo tengo la caja de herramientas que usaba para pequeños arreglos. Nunca fui un manitas, así que la variedad es mínima, aunque están en óptimas condiciones. Desde aquí a la casa de mis padres, con suerte, tardaría como mínimo una hora en ir y volver. Noto la cara de desilusión de Hugo. En casa de los abuelos no sabría decir dónde andará la caja de herramientas de mis padres, quizá en el trastero, donde terminan los recuerdos que no queremos tener a la vista, los objetos que nos precedieron, las manías que ya no queremos tener presentes. Lo único que se me ocurre es ir a un «chino» y comprar un destornillador de usar y tirar. En cuanto apriete fuerte se deshará, solo tengo que intentar que aguante los cuatro pequeños tornillos antes de que se pique el destornillador. Aviso de que voy a ir —será un momento— a comprar un destornillador a un «chino» cercano que acabo de localizar por el móvil. Los miro justo al salir del parque. Desde aquí solo son una madre y un hijo que pasan el tiempo en un banco solitario de un parque sin cuidar. No tardo más de quince minutos; tiene el pomo naranja, de un plástico malo que aparenta la misma fragilidad que exhibiría alguien que lleva

dos meses improvisando. Hugo celebra mi llegada. Primer tornillo. Voy con cautela. Le pregunto qué quiere hacer el martes. Se limita a responderme que ya veremos, que ahora lo importante es ejecutar bien su plan. Segundo tornillo. El destornillador suelta una pizca de residuo negro e intento ajustarlo bien antes de volver a girar la muñeca. Tercer tornillo. Intento sacar la tapa, pero está un poco hundida y no consigo que salga. Cuarto tornillo. En cuanto lo logro, quito las baterías, limpio con las yemas de los dedos el hueco de las pilas y el soplido es tan potente que elimina las pequeñas motas de polvo acumulado. Miro si hay algo oxidado. Coloco las nuevas baterías y muevo la pestaña al *on*. Se traba como si tuviera un poco de arena dentro, así que aprieto un poco y surge una luz roja de «encendido» que podría iluminar todo el parque. En cuanto nota el destello, salta desde el banco y, casi sin pedírmelo, me arrebata el megáfono de las manos y me da las gracias a gritos por haberlo conseguido. Lo deja sobre el banco, con la mano derecha abre el libro de par en par. Intenta sostenerlo por la primera página del relato, pero el libro se le descoloca y no consigue mantenerlo abierto por la parte que desea. Me mira, mira a su madre y, casi al instante, mira el edificio. Lo abre de forma que la cantidad de hojas a uno y otro lado sea capaz de mantener abierto el libro y sujetarlo con una mano. Ismael está escuchando el sermón del padre Mapple acerca de Jonás, que fue tragado por una ballena, pero nunca se volvió en contra de Dios, en una iglesia que bien pudiera ser un barco. Me da por pensar si eso, este relato, no es la historia de nuestra vida. Un cachalote que no se puede cazar, las obsesiones de un capitán de barco. Un hijo que ya no quiere ser mío, un padre que solo intenta acercarse cada día un poco más para cazarlo en cuanto lo tenga a tiro. Cuando comprueba que así puede leerlo y sujetarlo con una mano, se acerca al banco y con la otra empuña el megáfono y empieza a recitar en voz alta

lo que va leyendo, sin dejar de mirar hacia el edificio del hospital. De pronto, mientras sigue leyendo, el tono de su voz disminuye, se vuelve tan leve que a unos pocos metros de él ya no consigo escucharlo. El megáfono casi no consigue amplificar su voz; esta se pierde entre el ruido de los coches y el alboroto de un grupo de chavales que juegan a la pelota con una red en unas porterías, que no se ve pero se intuye; la algarabía de un grupo de amigos que festejan conocerse unos metros más allá, en otro banco, mientras beben cervezas; la risa intermitente de ella, que por momentos suena hueca y forzada y cuya vacuidad empieza a molestarme. Lo mira dos o tres veces, me pregunta si ya funciona y me lo pasa para que lo compruebe. Pego los labios al megáfono e imito lo que suele decirse en las pruebas de sonido de un concierto: «Sí, hola, probando, probando». La cercanía de la voz hace que se amplifique levemente, lo cual anima a Hugo, que vuelve a cogerlo y empieza a leer tan cerca del megáfono que su voz sale muy distorsionada y se vuelve ininteligible. Me mira y reconozco esa cara: quiere hacerme creer que todo está funcionando como él quería, como se lo había imaginado. Se acerca al borde de la ladera, lo más cerca que puede del edificio, y continúa leyendo cada vez más alto. Pasan unos minutos, se gira de nuevo. Me llama, me pide que me acerque a su lado con un leve gesto de cabeza, me pasa el libro y el megáfono. Ella se pone a nuestro lado, lo coge del brazo. Con el dedo índice señala justo el punto en que ha parado de leer y sigo leyendo yo a través del megáfono. Apenas llevo leídas unas frases sin que todavía se me haya secado la voz, cuando el timbre de una llamada consigue distraerme. Le paso el libro a ella, que en un primer momento lo rechaza, pero en cuanto ve cómo la mira Hugo, lo coge e intenta seguir por donde yo lo había dejado. Saco el móvil, es una llamada de mi hermana. Me vuelvo y decido sentarme en el banco antes de coger la llamada, necesito alejarme de ellos. Desde donde estoy

forman una estampa muy curiosa, ella lee en voz alta y él la mira obnubilado. Me siento, Hugo se acerca, coloca las manos en mis rodillas y deja caer todo su peso sobre mí. Pregunta quién es. Justo antes de cogerlo le digo que es su madrina. Creo que piensa que su idea ha surtido efecto y nos llaman para darnos la buena noticia. Sin tan siquiera pronunciar el saludo inicial, propio de cualquier conversación telefónica, mi hermana, nerviosa y alterada, empieza a hablar. Mi cuerpo reacciona por cuenta propia: sin pretenderlo, dos lágrimas, enormes y cálidas, se derraman y languidecen desde el lagrimal, se deslizan por las comisuras de mis ojos y consiguen llegar a mis labios. Hugo me mira, concentrado. A esas dos lágrimas les siguen otras muchas, tantas que no soy capaz de sentirlas de forma individual, como si llevaran años acumuladas y, en cuanto alguien abre la compuerta, el resto de las lágrimas deciden que es el momento de dejarse llevar por la corriente. Tantas, que empiezo a moquear y tengo que limpiarme con la manga para que el rostro no se me llene de unos mocos tan líquidos que acabarían mezclándose con las lágrimas. Tantas que me impiden seguir viendo con nitidez. Hugo llama a su madre, grita que soy papá, que he vuelto, que soy yo otra vez, que soy el que conocíamos. Me abraza tan fuerte que está a punto de tirarme el móvil, me sujeta la cara con sus manos y no para de preguntarme entre sollozos que dónde he estado todo este tiempo. Ante sus gritos de júbilo, ella, que hasta ahora ha estado observando la escena desde debajo de la farola que nos alumbraba, facilitándonos la lectura, se acerca. Cuando la distancia entre nosotros lo permite, confirma que sí, que soy yo, que he vuelto desde el lugar a donde me fui. Y nos abraza. Suena el estrepitoso piar de una bandada de pájaros que anuncian que se retiran a sus nidos, que vuelven a sus casas. Vuelvo a pensar que lo malo de los pájaros es que nunca se sabe si pían de alegría o de pena.

Volver a conocernos cuenta la historia de un padre y un hijo como podríamos ser cualquiera, con los silencios ruidosos, los secretos a voces y las sutilezas que hacen de las relaciones más íntimas, también, las más complicadas.

Hugo tiene ocho años y sus padres se están divorciando. Mientras se deciden los términos de la separación, su padre, el protagonista de esta novela, reflexiona sobre el tiempo que no ha pasado con él, sobre lo mucho que ha delegado en la madre de Hugo y sobre lo poco que se conocen en realidad. Es entonces cuando entiende que, en una nueva rutina —ahora solo compartida por ellos dos— deberá reconquistarlo, algo que solo conseguirá a través de la literatura.

Esta es una pequeña historia de amor que nos enseña lo que podemos ganar cuando creemos que estamos a punto de

perderlo todo. Con una sensibilidad conmovedora, José Luis Romero nos relata cómo, a veces, necesitamos empezar de cero para amarnos de nuevo y volver a conocer a las personas que más queremos.

José Luis Romero es maestro en un pequeño colegio de un pueblo gallego, donde puede llevar a cabo un trabajo pedagógico cercano con cada uno de sus alumnos. Es un gran amante de la literatura y, desde hace unos años, recomienda libros a través de su perfil de Instagram @IcaroBooks y en el programa de RNE *Libros de Arena.*

Edición en formato digital: febrero de 2022

© 2022, José Luis Romero
Autor representado por Editabundo Agencia Literaria, S.L.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Ilustración de portada: © Katya Evdokimova / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7087-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Volver a conocernos

Sombragris

Fotos que mienten

Como unos cromos

Sigue tu propia aventura

Las últimas veces

Instrucciones de uso

Bienvenido al Club

Una oferta irrechazable

Cada casa es un pueblo

Días de fútbol

Otra familia

Llámame Hugo

Instrucciones de uso II

Estaba en pijama

Lo mejor para él

Ha vuelto

Sobre este libro

Sobre José Luis Romero

Créditos